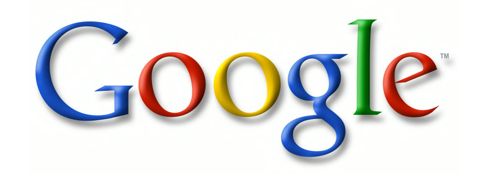

Google

VICENTE SANCHIS

(MISS-TERIOSA)

ISOLDA



ISOLDA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CIENTÍFICAS

Nikelado del hierro y acero.—Primera obra escrita en español sobre esta materia.

El armamento y la industria nacional.—Folleto reproducido en el extranjero.

Conferencias orales.—La civilización y las armas.—Las campañas del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba.—La batalla de Garellano.—El presente y el porvenir del ejército.—Heroismo y martirio.—La expedición de Catalanes y Aragoneses al Oriente en el siglo XIV.—La idea de la pátria.—El obrero y el artista.—La palabra y la idea.—La enseñanza técnica industrial y comercial, etc., etc. *(Contenidas en un tomo).*

DRAMÁTICAS

La Fé Bretona, drama en un acto y en prosa.

M. C. S., juguete cómico en un acto y en verso.

LITERARIAS

Amapolas y Cintarazos, un tomo en 8.°, prólogo de M. del Palacio, portada de M. Benlliure.

Chasquidos de Tralla, un tomo en 8.°, portada en colores, dibujo de Marcel d'Aubépine.

Isolda, un tomo en 8.°, portada en colores con grabados.

EN PREPARACIÓN

EL HONOR Y SUS LEYES

Vicente Sanchis
(MISS-TERIOSA)

Isolda

SAN SEBASTIÁN
Establecimiento tipográfico de «La Voz de Guipúzcoa»
1898

Sr. D. José de Navarrete.

Mí querido amigo: La gratitud y el cariño me ordenan que escriba el nombre de usted en la primera página de este libro.

Cuando publiqué en Mayo último mis «Chasquidos de tralla», *me reconvino usted cariñosamente porque no aparecía allí, al lado de la exposición de vicios sociales, el medio que debiera emplearse para combatirlos presentando una definición concreta de los ideales del porvenir.*

En la obra que hoy le dedico, encontrará usted la demostración de mi impenitencia porque me permito plantear otro problema social sin que á él vaya anexa la solución necesaria.

No me riña usted y reconozca conmigo la imposibilidad de aplicar las reglas matemáticas á una sociedad que castiga diariamente crímenes de los que es ella mucho más culpable que los criminales mismos y en la que muy pocos hombres honrados podrían transitar libremente si tu-

vieran que pedir el pasaporte en las oficinas de su propia conciencia.

Y en punto á ideales, usted y yo hemos conocido uno tan solo durante nuestra existencia.

¿Sabe usted cuál es? El que invadió por completo nuestra imaginación exaltada cuando, puesta en tierra la rodilla, prestamos el primer juramento ante ese girón de tela que, sujeto al extremo de una pica é iluminado por el sol de la gloria, representa el ropaje de la pátria!

Ese ideal..... ¿se ha realizado?

That is the question!

Luego si seguimos preguntando y dudando, nada tiene de extraño que yo enuncie pero no resuelva.

Y valiéndome de una locución que emplea usted frecuentemente, quedo suyísimo

Vicente Sanchis.

Febrero de 1898.

I

¡MORIR! ¡DORMIR!... SOÑAR ACASO!...

—*Requiem æternam dona eis Dómine!*
—*Et lux perpétua luceat eis!*
—*Requiescant in pace!*
—*Ame...e...en!!*

. . . .

Los sepultureros levantaron la caja mortuoria de las angarillas donde el cuerpo humano en aquella contenido, recibió los últimos hisopazos de la iglesia; obrando con esa inconsciencia que el génio de Shakespeare elevó al grado de sublimidad, dejaron caer el grotesco armatoste en el fondo de una de esas tumbas modernas que pretenden prestar á la carne la impermeabilidad de que ca-

recen los espíritus; cayeron sobre la caja de caoba cantoneada de nickel, coronas de flores sin perfume, puñados de tierra comprimidos por las falanjes de la indiferencia, rayos de luz refractados por el prisma del aburrimiento y gotas de hiel que impulsaba el movimiento acelerado de un corazón oprimido por el dolor; mientras que, en el molde de las conveniencias sociales, se fabricaba esa careta de cartón-piedra cuyo rugoso contacto desarrolla sobre la epidermis de nuestra sensibilidad, la erisipela del sufrimiento.

Era teatro de la escena que sirve de preludio á esta verídica historia, el cementerio de Anglet, situado en las proximidades del punto llamado «*Les cinq cantons*», enclavado en el territorio que se conoce por el poético y sugestivo nombre de «*La chambre d' Amour*», trozo de playa comprendido entre Biarritz y Bayona.

Casi todos los que habíamos asistido á la fúnebre ceremonia, éramos indiferentes ó curiosos, y por mi parte debo asegurar que, solamente esa solidaridad que nace del pa-

triotismo cuando el infortunio extiende sus alas sobre uno de los nuestros en país extranjero, me había llevado al cementerio de Anglet para rendir el último tributo al despojo mortal de un compatriota sin haberme fijado siquiera en el nombre inscripto sobre la esquela mortuoria.

Pocos éramos los espectadores de aquel drama cuyo desenlace tenía lugar en una fría y desapacible mañana de Enero, con acompañamiento de lluvia nivosa, cielo encapotado y sombrío y barruntos de tempestad de la que venía á ser heraldo precursor, un Noroeste que había ensayado su poder, desgajando las ramas de algunos árboles corpulentos y haciendo volar las tubulares chimeneas de varios edificios.

Oyóse un sollozo que nada tenía de humano porque aunábanse en él la queja triste y desesperada de la tórtola, al sentir su cuerpo desgarrado por las uñas del gavilán, y el rugido que atruena el espacio en la fragosidad de la selva, cuando se apercibe la leona de que le han sido arrebatados sus cachorros.

Volví la vista maquinalmente y entonces se fijaron mis ojos por vez primera en el personaje que desempeña el papel más importante en este relato, cuyas páginas ofrecen tristes enseñanzas para los que, mecidos por las engañadoras brisas del amor y de la ambición, dejan correr la nave de su deseo por el accidentado mar de las ilusiones, sin empuñar con mano firme la barra del timón de la prudencia, ni apercibirse de que son muy numerosos los bajos y arrecifes que han sembrado en su peligrosa ruta, la fatalidad y el desengaño.

Al borde de la fosa, que los sepultureros rellenaban con prisa para ganar más pronto el jornal estipulado y para hacer entrar en calor sus miembros ateridos por el soplo glacial que agitaba el ambiente, un hombre de elevada estatura, enjuto de carnes, de constitución nerviosa, porte distinguido, jóven (pues su edad apenas llegaría á los treinta y cinco años), mirada de águila y acusando su semblante esos rasgos salientes que, con líneas frenopáticas, dibujan el contorno de una

poderosa inteligencia, permanecía inmóvil, con los brazos cruzados, envuelto su pensamiento por la neblina del dolor, agarrotado su corazón por el dogal de la suprema angustia y atraído todo su ser por la fuerza magnética de potencial enorme que residía en el fondo de aquella sepultura, sin que fuera bastante para servir de aislador entre la muerte y la vida, la masa de tierra que apisonaban el egoismo y la inconsciencia.

Explique quien quiera esa atracción misteriosa que tiene el infortunio: por mi parte lo único que puedo asegurar es que, momentos antes de ocurrir lo que estoy describiendo, ni siquiera tenía noticia de que aquel hombre perteneciera al mundo de los vivos: es más, su nombre me era de todo punto desconocido cuando, cediendo á no sé qué impulso de extraña simpatía, franqueé la distancia exigua que de él me separaba y poniendo mi mano sobre su hombro, murmuré una frase banal que debió encontrar eco en su alma dolorida, porque, arrojándose en mis brazos, cedió el contrapeso que cerraba

la válvula de su dolor y, en lluvia de lágrimas bienhechoras, deshiciéronse las vesículas de amargura que formaban el nubarrón generador de las tempestades del alma.

—Llore usted—le dije—que por grande que sea su pena, no ha de faltar en el mundo algo que la consuele.

Apercibíme entonces de que los *convidados* á la triste ceremonia esperaban con alguna impaciencia el instante de cumplir con las formalidades de rúbrica, y aceptando el papel que la casualidad me deparaba, empujé suavemente á mi desconocido hacia la puerta del cementerio y, recobrando por un instante su poder la ley imperiosa de las conveniencias sociales, pudo aún la fuerza misteriosa de la serenidad salvar la resistencia del abatimiento y, en contacto de amistad improvisada y en chispazos de gratitud verdaderamente sentida, sellóse un pacto momentáneo, cambiaron un respetuoso saludo la simpatía y el dolor, y en el dintel mismo que separa la muerte de la vida, en esa penumbra ideal que actúa de fundente entre la

luz de lo que es y la sombra de lo que ya no existe, puso una vez más de manifiesto la casualidad ó el capricho, «que no es la humanidad tan mala como la presentan los empedernidos materialistas».

Al quedar sólos mi desconocido y yo, fué preciso romper el hielo declinando nuestros nombres respectivos.

—Tristán Moncelez de Altovara, amigo de usted si mi amistad acepta—dijo mi interlocutor inclinándose y tendiéndome su mano.

Pronuncié mi nombre al par que correspondía debidamente á aquella prueba de afecto, y le contesté:

—Parece raro que suene el nombre de amigo entre dos personas que no se conocían hace media hora; pero álguien ha dicho, y soy de su parecer, que basta un momento de verdadera simpatía para improvisar una vieja amistad.

—¿Vuelve usted á Biarritz—me preguntó Moncelez—ó quiere usted acompañarme hasta mi casa para hacerme el honor de almorzar conmigo?

—Estoy á su disposición...—le respondí—aun cuando quizás mi presencia sea á usted importuna en estos momentos.

—Al contrario—me replicó—y si nuestra naciente amistad pudiera otorgarme algún derecho, abusaría de él para rogarle que no me dejase sólo en tan tristes momentos.

Por toda respuesta enlacé mi brazo con el de mi nuevo amigo, y le dije resueltamente:

—En marcha: y más vale que vayamos á pié porque nos será de provecho el marchar un poco: la casa que usted habita no debe estar muy distante de aquí.

—Veinte minutos escasos de paseo: junto al bosque de pinos situado á la derecha del camino que conduce á la playa.

—*¡Marchons!* como dice el refrán del himno patriótico de esta tierra.

Atravesamos sin pronunciar una palabra el estrecho sendero formado por espesas vallas de zarzas-moras y madreselvas que conduce al camino principal por el que se desciende desde el punto llamado «Cinq

cantons» hasta la orilla del mar é inclinándonos un poco á la derecha en dirección á la carretera tan conocida por los que asisten á las fiestas hípicas que anualmente se celebran en el hipódromo de la Barra, entramos en un sendero muy bien cuidado, con honores de alameda ó calle de árboles á cuya entrada se leían en una tabla de color gris clavada en lo alto de un poste, estas palabras formadas por caracteres pintados de negro «propiedad particular».

No era de mucha extensión la alameda, por lo que tardamos muy pocos minutos en recorrerla: encontrábase al final una verja de hierro que servía de recinto exterior á una de las muchas villas que constituyen la especialidad de las inmediaciones de Biarritz, donde la vida del campo tiene atractivos deliciosos que solamente conocen aquellos que prácticamente han podido apreciarlos.

Empujó mi acompañante la puerta de entrada y penetramos en un hermoso y vasto jardín que presentaba un bonito golpe de vista á pesar de que estábamos á mediados

de Enero, es decir, en plena estación invernal, tan ingrata para que pueda lucir sus encantos la naturaleza.

Multitud de laureles, magnolias, cipreses, hortensias, osiacantos, geráneos, alhelíes, rosales y otras plantas y árboles, se agrupaban en lo que pudiera llamarse caprichosa armonía, completando aquel delicioso conjunto dos bosquecillos formados por crecidos arbustos cuyas tupidas ramas exhibían, cual si fuesen caprichosas joyas colocadas sobre grandioso estuche de terciopelo verde, millares de camelias de variados colores en cuyos pétalos se columpiaban, tomando el aspecto de ópalos y diamantes, pequeños copos de nieve derretida.

En medio de aquel hermoso jardín alzábase una *villa* parecida á otras muchas de las que pueblan aquellos contornos, y sobre la puerta de entrada leíase esta inscripción en letras de oro sombreadas de rojo oscuro, «*Villa Isolda*».

Mi anfitrión (pues tal era desde el instante el que me hacía los honores de sus domi-

nios), abrió la puerta invitándome á pasar adelante, entrando en una especie de *fumoir* ó despacho situado á la derecha del vestíbulo.

Un ligero, aunque penetrante olor de materias de las que se emplean de ordinario para la desinfección de las habitaciones y el desórden que en estas se nota cuando acaba de darse allí el triste espectáculo de una capilla ardiente, me dispensaron de formular una pregunta que la curiosidad empujaba hacia el borde de mis lábios desde que habíamos abandonado el cementerio.

No me cabía duda de que de aquella villa había salido el cadáver que acababa de recibir cristiana sepultura; pero como no se me había ocurrido leer el nombre impreso en la esquela mortuoria, no sabía en aquel instante, gracias á mi imprevisión, qué parentesco unía á la persona fallecida con el que parecía dueño de aquella morada.

Encargóse éste, sin excitación mía, de descifrarme el enigma, porque me dijo estas palabras:

—Acabo de ordenar que preparen el almuerzo inmediatamente y aprovecharé el breve espacio de tiempo que tenemos por delante para hacerle una confesión que acaso le sorprenda.

Al saber el nombre de usted, que conozco porque he leído casi todo lo que usted ha escrito y mucho de lo que ha hablado, cruzó por mi mente la idea, mientras regresábamos del campo santo, de que acaso tenga interés para usted la historia trágica de mis amores con la mujer que entregó su alma á Dios hace dos días y que, como habrá visto usted en la esquela mortuoria, llevó en vida mi nombre.

—Efectivamente—interrumpí por decir algo y para darme por enterado de lo que desconocía hasta aquel instante.

—No habrá usted olvidado, pues debe saberlo—continuó Moncelez—que todos los criminalistas aseguran que la mayor parte de los que se hallan en lucha abierta con la sociedad, suelen caer en manos de la justicia á causa de una incomprensible y misteriosa

atracción que tiene para el criminal el lugar donde cometió su fechoría; y más aún cierta necesidad de confiar á álguien los detalles del crímen para romper sin duda la monotonía de dialogar, acerca de él, con su propia conciencia.

Yo creo que el dolor es un criminal ó un desdichado que se halla también en lucha abierta con la resignación y con las leyes fundamentales del destino; por este motivo deduzco tal vez que he de experimentar una voluptuosidad inmensa, infinita, abriendo en presencia de usted las llaves de paso de mi alma para que salgan, formando surtidores, la hiel y la amargura que en sus estanques se encuentran represadas.

Es usted un escritor público que, en mi sentir, tiene contraído un solemne compromiso con aquellos que, en la sociedad actual, no forman parte ni de la camarilla de histriones y facinerosos encopetados que la saquean y la deshonran, ni de la manada in munda de hambrientos chacales que se contentan con las migajas de la comida del león;

sino, por el contrario, con aquellos que saben muy bien que no es la conciencia una enfermedad del espíritu, del propio modo que es producto la perla de una enfermedad de la concha.

A estos últimos podrá usted someter la historia que pienso contarle para que se ponga de manifiesto cómo, en esta época de civilización, de progreso y adelanto, comprenden la honradéz algunos que pretenden pasar por hombres honrados.

—-El señor está servido!—anunció, sin rebasar el dintel de la puerta, un criado vestido correctamente de negro.

—Vamos al comedor—dijo mi anfitrión —y recobren por un instante su poder Pantagruel, Falstaff, Sancho Panza y sus descendientes: tiempo tenemos para volver á lo ideal que, digan cuanto quieran los pesimistas, está muy distante de ser un sueño.

II

JUSTUM ET TENACEM

El almuerzo, es decir, el acto material de *hacer por la vida*, según reza la expresión vulgar, no ofreció incidente alguno digno de referirse.

Como había anunciado mi amigo de aquella mañana y cuya elevación de espíritu, corrección irreprochable y distinguidísimas maneras realzadas por el tinte simpático de una caballeresca melancolía, habían logrado interesarme, Sancho Panza impuso por breves instantes la ley de su criterio al sóbrio y exaltado D. Quijote; si bien, en honor de la verdad, no debió quedar muy satisfecho aquel día el descendiente de Vatel que en la

cocina imperaba, de los honores que hicimos á sus maravillas culinarias.

—Tomaremos el café en mi despacho—dijo Moncelez al terminar el almuerzo, y dirigiéndose al criado añadió:—que lo sirvan al instante y que nos dejen sólos.

Hízose así en efecto y poco después, cuando las agujas de un magnífico reloj, obra maestra de uno de los más renombrados artistas del primer Imperio, marcaba la una y media de la tarde próximamente, comenzó Don Tristán Moncelez de Altovara el relato interesantísimo y conmovedor en extremo, que trasmito íntegro á mis lectores.

*
* *

Ya he dicho á usted cuál es mi nombre. Me llamo Tristán Moncelez de Altovara y encuéntrase mi casa solariega en un pueblo situado á poca distancia de Búrgos.

No incurriré en la ridiculez de exhibir ante la vista de usted mi árbol genealógico: me limitaré tan sólo á consignar, y esto con el objeto único de que conozca usted el carácter distintivo de mi familia, que forma

parte de mi ejecutoria nobleza, el lema «*Justum et tenacem*», concebido por el gran Horacio, y además qne uno de mis antepasados murió gloriosamente en la batalla de Candespina donde el valor y el arrojo de los viejos castellanos sucumbió á la fuerza del número y al esfuerzo poderoso de aquel rey que ostenta el nombre de Alfonso VI en la historia de España.

Murió mi padre cuando tenía yo unos tres años: esto equivale á decir que no llegué á conocerle porque, á esa edad, tiene la placa sensible de nuestra memoria una estructura tan imperfecta, que las imágenes en ella impresas, resultan por extremo borrosas y de poco ó ningún auxilio, sirven á la memoria y al raciocinio.

Con mi madre y con mi única hermana, que me lleva cinco años de mayoría, fuí á la capital burgalesa en cuanto me encontré en aptitud de estudiar la segunda enseñanza.

Terminada esta, emprendí la carrera de abogado, á la que me empujaban mis aficiones, mi organismo y mi temperamento.

Debo manifestar á usted, en concepto de digresión ó inciso necesario, que el temperamento y la sensibilidad de un hombre cuya educación ha sido dirigida por una mujer, se diferencian notablemente de las cualidades similares que residen en aquel cuyos primeros pasos en la vida han sido guiados por el criterio ó por el capricho de un hombre.

Ha dicho Stendhal, que «las mujeres dan mayor importancia á las emociones que á la razón; porque, para la emoción, es el organismo de la mujer, insaciable».

Mi madre, cuya pérdida fué para mí oleada de amargura que anegó mis primeras y más legítimas satisfacciones y quizás las únicas que me proporcionó la política, se consagró por entero á mi porvenir, ayudándole en tal empresa mi pobre hermana, que había de ser también, como yo, náufrago que arrojan en las playas del desengaño las borrascas de la vida.

Aquellas dos mujeres angelicales hicieron de mi existencia un oasis encantador; terminé mi carrera de abogado, me doctoré en

Derecho y abrí mi bufete ansioso de trabajar y de ser útil á mis semejantes, ya que la bondad divina había derramado hasta entonces á manos llenas sobre mí toda clase de beneficios.

Puedo asegurar ingénuamente que, adormecido quizás por aquel bienestar que realizaba para mí el ideal de la dicha, es muy posible que mi existencia hubiérase deslizado tranquila y apacible sin experimentar otra clase de emociones que las que son inherentes á la vida de provincia.

Por una parte la fuerza de la costumbre, que es una ley derivada de la naturaleza, y por otro lado mi educación femenil, anestésico que atrofia la razón restando las energías, pero que deja en completa libertad de acción la sensibilidad que conduce á las emociones, constituían un principio de inercia aun cuando estuviesen latentes en mi cuerpo y en mi alma los agentes misteriosos que, por incontrastable ley del atavismo, eran y siguen siendo patrimonio de mi raza, y que solo necesitaban para hacer acto de presen-

cia, que una circunstancia favorable reuniese los términos indispensables para plantear la fórmula de la cantidad de movimiento.

Y este problema, que pudiéramos llamar de mecánica mundana, vino á resolverlo un hecho fatal, como dirían los materialistas, ó providencial, según la opinión de los creyentes.

Recomendado por uno de nuestros colonos, se presentó en mi bufete un jóven lugareño pidiéndome que me encargase de la defensa de su padre, contra quien se había entablado proceso criminal que debía fallarse en la Audiencia de Burgos.

Era la persona que hacía la recomendación digna de toda mi confianza y acepté el encargo sin preocuparme de las dificultades que pudiera ofrecer el desempeño de mi cometido.

Presenté el escrito á la Audiencia constituyendo mi defensa y reclamando inmediata comunicación oficial con el procesado, como es de rúbrica, y esperé el resultado de la diligencia.

Al siguiente día recibí la visita de un magistrado de la referida Audiencia, persona dignísima, de integridad é ilustración por todos reconocidas y ligado á los míos por vínculos de antigua y muy estrecha amistad.

—Acaban de decirme en el Tribunal que ha presentado usted un escrito constituyéndose defensor del tío Zorreras..... ¿es verdad eso?—me preguntó después de saludarme afectuosamente.

—¡El tío Zorreras!—contesté—no conozco ese nombre.

—Ese es un apodo: se llama Bernardo Altomilla.

—Efectivamente—repliqué—he tomado la defensa de ese sujeto por recomendación de uno de mis colonos.

—Ha obrado usted muy de ligero, y si me hubiera usted hecho el honor de consultarme.....

—Permítame usted—le dije—¿es cosa tan grave la defensa de un pobre diablo como el tío Zorreras, según al parecer se le deno-

miña, para que yo molestase con mi consulta á una persona como usted?

—Más grave de lo que usted se figura—contestó el magistrado—y lo comprenderá bien fácilmente. El tío Zorreras es un cacique muy peligroso y el Gobierno, que ha tenido que recurrir á él en varias ocasiones, trata ahora de inutilizarle quitándole de enmedio.

—¿Pero es culpable Altomilla del delito que se le imputa?

—Hum! hum!—murmuró mi interlocutor—en estas cosas de la política es muy difícil tirar la línea divisoria entre los criminales y los inocentes.

—Permítame usted—interrumpí—yo no puedo admitir esa teoría: si mi defendido es inocente, no hay política que valga ni Gobierno que infrinja la ley tolerando un atropello.

—No se exalte usted..... y no le sirva de molestia que le dé el único consejo que puedo darle. Renuncie usted á la defensa del tío Zorreras.

—Muchas gracias por su bondad, pero el consejo es inútil: he dadò mi palabra y me consideraría el mayor de los rufianes si faltase á ella.

—Crea usted que.....

—Hablemos de otra cosa.

Y en efecto, mi interlocutor, comprendiendo que no era fácil entablar nueva discusión conmigo acerca del asunto, se despidió de mí encogiéndose de hombros.

Aquella misma noche había reunión en casa de la primera autoridad civil de la provincia, que lo era á la sazón un caballero perteneciente á una distinguida familia y que se había captado la amistad y simpatías de las personas más notables de la población.

Cuando llegué acompañando á mi madre y á mi hermana, estaba el salón lleno de gente encontrándome allí con mis mejores amigos.

Después de los saludos de costumbre, se me acercó el secretario particular del gobernador diciéndome que éste quería hablarme

en privado, por lo que me rogaba fuese á buscarle á su despacho.

Así lo hice, y cuando estuvimos solos, el representante del Gobierno, después de muchos rodeos y circunloquios, vino á indicarme la conveniencia de que renunciase á defender á Bernardo Altomilla.

Lo confieso ingénuamente: era la primera vez que á una decisión de mi voluntad individual se trataba de imponer un veto invocando otros preceptos ó razones que los que dictan los principios de equidad y de justicia: hasta entónces no había visto de cerca lo que significa esa lucha del débil con el fuerte y las ramificaciones que, en nuestras costumbres sociales, tiene el ejercicio del poder por medio de la violencia.

La sangre de mi raza, la que hizo á uno de mis ascendientes empuñar el mandoble para defender el fuero escrito con sangre en tierra de moros, barrida á lanzadas y magullando yelmos y capacetes, hirvió en mis venas de pronto y como, en cada español bien nacido hay un hidalgo manchego, hice de la

defensa del tío Zorreras el mismo *casus belli* que le costó la vida á un mi abuelo en los llanos de Candespina.

Mal gesto puso el gobernador cuando vió en qué forma era acogida su demanda, y al despedirme de él una hora después, comprendí que no sería muy bien recibido en adelante en aquella casa.

Al regresar á la mía me esperaba otra escena que me afirmó más y más en mi resolución, porque mi orgullo tradicional me había impuesto la órden de no cejar ni en una pulgada de terreno.

Cuando mi madre me habló también del asunto por haberle dado el encargo de hacerme desistir de mi idea una persona unida á nosotros por vínculos de amistad y de parentesco, no pude menos de exclamar:

—¡Pero señor!: ¿qué importancia tan grande tiene el tío Zorreras para que se ponga en movimiento toda la plana mayor del elemento oficial de Burgos en contra suya?

Mi madre no me presentaba argumento alguno: quizás con esa intuición que engen-

dra el excesivo cariño, adivinaba que aquel hecho iba á influir poderosamente en mi existencia: y tanto es así, que por este motivo me extiendo en estos detalles que á primera vista parecen inoportunos, pero que los sucesos posteriores se encargarán de probar en qué forma dieron al traste con la tranquilidad que había disfrutado hasta entonces.

—No insistas—le dije á mi madre—tengo formada mi resolución de dar la batalla á la injusticia y por nadie ni por nada he de variar de propósito: para ello sería preciso que tú misma me mandases borrar de nuestro blasón el glorioso lema: *Justum et tenacem*, y eso es imposible.

—Tienes razón, hijo mío—exclamó mi madre con tono severo pero impregnado de cariñosa melancolía—cumple con tu deber, puesto que *nobleza obliga*.

Abracé á mi madre casi llorando y me retiré á descansar. Al día siguiente empecé á activar las diligencias para que en cuanto antes me fuese comunicado el conjunto de

las actuaciones practicadas y la órden de comunicar libremente con mi defendido.

No tardé mucho en convencerme de que era éste víctima de la más infame maquinación obra de personas influyentes que, temiéndole, querían deshacerse de él á todo trance.

Era, el llamado tío Zorreras un hombretón fornido y bien plantado: había en su rostro trazos salientes que daban á entender bien á las claras que aquel hombre poseía en sumo grado esas cualidades que se llaman astucia, energía é inteligencia. Según me contó él mismo, las había puesto al servicio de un truhán que le jugó una mala pasada y para «llenar el cántaro», se proponía enviarle á presidio como medio hábil, cómodo y espedito de saldar las cuentas pendientes.

El enemigo de Altomilla ocupaba en la córte un puesto de importancia y se había echado *«toda la carne en el asador»* para que ni la Paz y Caridad librase al tío Zorreras del grillete.

Renuncio á describir las asechanzas, bajas intrigas, amenazas, súplicas, conatos de soborno de que me ví rodeado: *toda la gama* de la abyección más completa recorrieron las serviles condescendencias del elemento oficial sobre el teclado de la imposición que el goce del poder ejerce en España: todo fué inútil porque me había propuesto salvar á Altomilla contra viento y marea, y á tozudos les dan quince y raya los castellanos viejos á los aragoneses.

Y llegó el día de la vista de la causa ante el Jurado, porque el delito imputado á Bernardo Altomilla era de los que, por ministerio de la ley, corresponden á este procedimiento.

La sala destinada al juicio era por demás exigua para contener el público de distinción ansioso de presenciar un suceso al que la imbecilidad oficial había dado unas proporciones exageradas.

Suprimiré una porción de detalles que ofrecen poco interés porque son de carácter general en asuntos de esta naturaleza.

Constituído el tribunal; los jurados en su sitio después de prestar juramento y llenados que fueron todos los requisitos reglamentarios, empezó la lectura del proceso y acta de acusación: hubo el desfile consiguiente de testigos y llegó por fin el turno al representante del ministerio público, al fiscal de S. M., para formular sus conclusiones

Estas fueron terribles para el acusado, pues le pedía nada menos que 18 años y un día de reclusión temporal fundándose en lo prescrito en varios artículos del Código.

En medio de un silencio solemne, me fué concedida la palabra por el presidente del tribunal.

Bien puedo asegurar que tenía conciencia absoluta de lo que representaba para mí aquel momento crítico de mi vida: había avanzado en tal forma, que el retroceder en lo más mínimo era equivalente á realizar un acto de cobardía: no había otro remedio que pasar el Rubicón con todas sus consecuencias.

Y esto fué lo que hice.

La acusación fiscal fué destruída punto por punto: disecada como cadáver extendido sobre la marmórea mesa del anfiteatro y descubiertos todos los gérmenes cancerosos de la premeditación y el encono cuyo virus elaborado á sabiendas en las esferas del poder, había sido inoculado por los dóciles instrumentos de que este dispone prostituyendo, al llevar á la práctica venganzas de este género, no solamente el principio de autoridad, sino también el brazo de la justicia, salvaguardia de todas las sociedades aun en los tiempos primitivos.

Mi peroración duró muy cerca de dos horas, siendo escuchada con religioso silencio.

Mi invocación al Jurado produjo un efecto indescriptible; pues abandonando el terreno de la fría y contundente dialéctica y apurado en favor de mi defendido el repertorio de las pruebas experimentales que fueron concluyentes, me dirigí á aquellos integérrimos ciudadanos y con frases que la convic-

ción moral y la idea del sacerdocio que en aquel momento representaba, hacían salir de mis lábios cual torrente impetuoso cuya virtualidad me fué hasta entonces desconocida, les recordé que no les era lícito hacer traición al pronunciar su veredicto á la memoria de los inmortales jueces castellanos cuyos nombres son objeto de veneración en la historia, ni al valiente y justiciero Rui Díaz de Vivar, que no permitió á su rey y señor que colocara en las sienes la corona de Castilla hasta tanto que prestase juramento solemne de no haber tenido participación en la muerte de su hermano.

Mis últimas palabras levantaron una tempestad de aplausos que no pudo reprimir la autoridad del presidente del tribunal.

Quiso el representante del ministerio público rectificar mi discurso, pero los murmullos de la concurrencia ahogaron su voz: hizo un resúmen el presidente y formuló las preguntas que debía contestar el Jurado.

Retiróse este á deliberar y á los quince minutos volvió á ocupar su puesto, y toman-

do la palabra el que por mandato de la ley debía llevarla, formuló un veredicto de inculpabilidad absoluta con pronunciamientos favorables al procesado.

En su consecuencia el tribunal pronunció la absolución libre para mi defendido Bernardo Altomilla que fué puesto en libertad inmediatamente.

III

FLECHAZOS Y LANZADAS

Pasaré por alto las ovaciones que me proporcionó mi ruidoso triunfo y las censuras de que fuí objeto por parte de los que tenían alguna afinidad con los elementos oficiales.

Entre las primeras, confieso que me llenó de orgullo la pequeña alocución que me dirigió una tarde en el paseo el Capitán General del distrito, un bravo y aguerrido militar que ostentaba en su pecho el distintivo de los héroes, es decir, la cruz laureada de San Fernando.

—Bravo! amigo Moncelez—me dijo el citado general—tengo verdaderas simpatías por los valientes y usted ha demostrado que

es todo un hombre ganándose la venera del valor cívico que no desmerece en nada á la que llevo en el pecho. Así me gusta ¡duro y á la cabeza!

Bernardo Altomilla vino á mi casa el mismo día en que salió de la cárcel: abrí los brazos al verle delante de mí, y aquel hombretón cayó en ellos llorando como una criatura.

—Don Tristán—me dijo en cuanto la emoción le permitió el uso de la palabra—me ha salvado usted la vida y la honra que, para un castellano viejo, vale mucho más que la vida. Soy un pobre que no tiene nada que ofrecer á usted; pero en alguna forma he de pagarle lo que por mí ha hecho, pues entiendo que la ley de Dios tiene un mandamiento más que ordena «ser agradecido».

—No me debe usted nada, Altomilla—le dije á mi vez—al contrario, yo soy quien le debo la ocasión de haber vuelto por los fueros de la justicia y esto para un hombre honrado, es más que bastante.

—Bueno! bueno! -dijo en tono jovial el

llamado tío Zorreras—yo me entiendo y bailo solo.

Pasaron unos dos meses y un día entró en mi despacho Altomilla con el semblante risueño y demostrando, por medio de significativos gestos y ademanes, la más franca alegría.

Después de las frases usuales de respetuosa cortesía, me interpeló en la forma siguiente:

—¿No sabe usted, D. Tristán, la gran noticia?

—¡Gran noticia!—exclamé—de qué género?

—Pues una que le toca á usted y bien directamente.

—¿A mí?

—Juzgue usted: ¿sabe usted quién es el candidato que van á votar por unanimidad los electores del distrito de C... en la elección parcial de diputado á Cortes que se celebrará dentro de tres semanas?

—¿Quién es?

—Pues D. Tristán Moncelez de Altovara, abogado y propietario.

—¿Qué dice usted?—exclamé—eso es imposible!

—D. Tristán!—replicó Altomilla adoptando un tono grave que nunca empleó conmigo hasta aquel instante—hablemos poco pero bueno. El hombre que posee las excepcionales cualidades que en usted concurren, no puede vegetar aquí en una provincia donde su misión se reduce á emplear su talento y energía en defender á un pobre diablo como yo de las garras de la justicia. En Madrid es donde se bate el cobre y se llega á lo alto. Usted tiene coraje y empuje para saltar por encima de la turba-multa; pero le hace falta un trampolín para dar el salto en debida forma, y yo que dispongo de él, se lo facilito y al par que pago una deuda sagrada, presto un buen servicio á mi país porque doy á este un diputado de la madera de que se hacen los ministros. No hay más que hablar: mañana viene usted al pueblo, donde todo está preparado para recibirle y como la cosa se ha hecho con sigilo, cuando el gobernador se entere del gallo que hay en el cesto,

vá á tocar su excelencia el cielo con las manos.

¿Para qué desfigurar la verdad? La proposición de Bernardo Altomilla halagó sobremanera mi amor propio.

El ofrecimiento de un acta de diputado, es decir, del primer escalón para llegar á los más altos puestos y codearme con los pontífices supremos de la política, presentó ante mis ojos é iluminado por el sol radiante de la ambición satisfecha, el horizonte inmenso de la esperanza.

Además, al revés de lo que ocurre en casos semejantes, no era yo el que iba en busca de la montaña, si no que esta venía hacia mí resueltamente.

Tendí la mano sin vacilar al tío Zorreras, formulando esta sencilla pregunta:

—¿Responde usted del triunfo?

—Con mi cabeza—contestó Altomilla dando á su acento entonación tan firme que hubiera llevado la convicción á la mente del más incrédulo pesimista.

Las cosas marcharon á pedir de boca: se

proclamó mi candidatura; recorrí, acompañado de Bernardo Altomilla, todos los pueblos del distrito siendo aclamado en tal forma, que la víspera del día señalado para la elección se presentó al gobernador el coronel que mandaba el tercio de la Guardia Civil anexo á la provincia aconsejándole que desistiera de toda presión oficial porque los comandantes de los puestos de la benemérita enclavados en el distrito, le habían oficiado, con unanimidad nunca vista, que la avalancha de opinión era irresistible, por lo que sería tan inútil como peligroso para el principio de autoridad oponerse á la impetuosa marcha de la corriente.

El triunfo fué de los que forman época en los fastos electorales de España: cuando en la capital del distrito el presidente de la Junta de escrutinio general, después de llevarse á cabo las formalidades prescritas en la ley, me proclamó diputado, el entusiasmo no reconoció límites y fué aquel un día de regocijo como el en que se celebra la fiesta del patrono del pueblo.

Altomilla pidió y obtuvo del juez de C... la autorización para entregarme el ejemplar del acta que debe remitirse al diputado electo.

Por la segunda vez en mi vida abracé á aquel hombre que acababa de pagarme con creces la deuda que contrajo conmigo el día en que arranqué del Jurado un veredicto de inculpabilidad á favor suyo.

—¡Adelante, D. Tristán!--exclamó el tío Zorreras, enjugándose dos lagrimones que surcaban aquel rostro curtido por los ardores del sol y las tempestades de nieve—ya está usted armado de punta en blanco para entrar en batalla con los que hacen de la política una ladronera y del poder un dogal para oprimir á los débiles. Usted irá lejos porque recordará el refrán castellano «no se vuelve atrás el Cid» y, créame usted, don Tristán, váyase á Madrid descansado y tranquilo, que aquí se queda el tío Zorreras guardándole su distrito como si se lo guardase un perro de presa.

—Gracias, Altomilla—le respondí—ya

verá usted cómo no estoy hecho con la madera de que se hacen los ingratos.

Llegó por fin el día de marchar á Madrid: mi madre y mi hermana decidieron quedarse en Burgos hasta tanto que me instalase convenientemente en la córte, lo cual requería algunos preparativos. Quedó estipulado que, en cuanto presentase mi acta y fuese proclamado diputado por el Congreso, me ocuparía en buscar una habitación que reuniera las condiciones precisas para vivir en la forma que nos permitía nuestra fortuna que, aunque no muy grande, no nos privaba de ciertas comodidades.

Llegué á Madrid á mediados del mes de Noviembre de 189... alojándome provisionalmente en el Hotel de París: presenté mi acta en el Congreso y mientras se cumplían las formalidades de rúbrica visité á una porción de personas unidas á los míos por vínculos de amistad y de familia: también procuré reanudar mis relaciones con algunos compañeros de estudios que se habían establecido en la córte alcanzando algunos, muy

pocos, los favores de la fortuna, y viviendo otros, los más, de lo que los franceses llaman *la vache enragée*, cuya equivalencia en nuestro idioma es «comerse los codos de hambre».

Como no había ido al Congreso amparado por el favor ministerial, la comisión de actas no se dió gran prisa en emitir su dictámen aun cuando mi acta era de las que se llaman limpias: pero viendo que se dilataba sin razón plausible el cumplimiento de dicha formalidad, álguien me llamó la atención é hice una visita al presidente de la Cámara exponiéndole mi pretensión natural y justificada de que mi acta fuese discutida en cuanto antes.

Accedió dicho señor á mis deseos llamando al presidente de la Comisión de actas para que se cumpliera el reglamento: se redactó el dictámen y quedó sobre la mesa en uno de los últimos días del mes de Noviembre para ser discutido al día siguiente. Como ni había voto particular ni parecía probable discusión alguna, recibí el aviso que suele

enviar el Mayor del Congreso para que, si lo creía conveniente, pudiera jurar el cargo en cuanto se aprobase el dictámen y se hiciese la proclamación en la forma acostumbrada.

Puesto de pié junto á la escalerilla que conduce á la tribuna de secretarios y desde la que leen los ministros vestidos de uniforme los proyectos de ley que presenta el Gobierno, esperaba con impaciencia que pasase el tiempo destinado á preguntas y que se entrase en la orden del día, cuyo primer asunto era la discusión de los dictámenes de las comisiones de actas y de incompatibilidades acerca de mi nombramiento de diputado.

El Mayor del Congreso, persona afabilísima que por sus excepcionales condiciones ha sabido captarse la amistad y simpatías de cuantos entran en aquella casa, me llamó aparte previniéndome de que, contra lo usual y corriente, había álguien pedido la palabra en contra del dictámen de mi acta y que no ofreciendo ésta motivo de discusión, lo más probable era que se tratase de un ataque

personal avisándome para que estuviese prevenido.

—Pero no estando aún admitido como diputado, ¿en qué forma puedo contestar esos ataques? —pregunté al Mayor.

—Aquí dentro de la Cámara—contestóme éste—el artículo 26 del Reglamento autoriza á usted para ello: dígaselo al señor presidente, y en cuanto empiece la discusión de su acta podrá usted sentarse en los escaños: lo que no puede hacer el diputado electo es votar hasta después de ser admitido por el Congreso.

Leí el artículo del Reglamento que me enseñaba el Mayor, solicité la venia del presidente y esperé á que llegase la hora para entrar en la orden del día, algo nervioso y sorprendido á causa de lo que acababan de decirme.

Figuraba en la orden del día una interpelación de carácter sensacional y estaban las tribunas llenas de público y de elegantes damas, como dicen los revisteros de salones; la luz difusa que dejaban pasar los cristales de

la gran claraboya, no me habían permitido fijar mi atención en el público de las tribunas.

Casi al mismo tiempo que el presidente de la Cámara pronunció la frase sacramental «Orden del día», encendiéronse las lámparas eléctricas dispuestas para el alumbrado del salón, quedando éste de pronto en claridad completa.

—«Dictámen de la Comisión de actas relativa á la elección parcial verificada en el distrito de C..... proponiendo la admisión como diputado de D. Tristán Moncelez de Altovara—anunció el presidente, añadiendo: ¿hay algún señor diputado que pida la palabra acerca de este dictámen?

—Pido la palabra!—dijo álguien sentado en los bancos de las minorías.

—El señor R..... tiene la palabra·

En aquel momento atravesé el hemiciclo y tomé asiento en uno de los bancos situados en el centro de la Cámara, ó sea debajo del reloj que está enfrente de la presidencia.

Había bastantes diputados en los escaños

y en el banco azul cuatro ministros y el jefe del Gobierno: en el banco de la Comisión de actas, sentáronse dos ó tres diputados de los ocho ó nueve que habían suscrito el dictámen.

Empezó el impugnador de mi acta reclamando la atención de sus compañeros porque se proponía demostrar ante el país hasta qué punto estaban prostituídas las costumbres electorales de España y prometiendo hacer en su discurso revelaciones estupendas. El exordio, plagado de tropos cursis y de frases campanudas, me tranquilizó en cierto modo porque, teniendo la conciencia tan limpia como el acta y creyéndome firme en mi derecho, comprendí que la calma y la serenidad eran mis armas de combate.

Al mirar en un momento dado á mi contrincante, alcé la vista maquinalmente y fijáronse mis ojos en la tribuna de la Presidencia, cuyas dos primeras filas estaban ocupadas por señoras de aspecto distinguido y vestidas con elegancia.

En primera fila, y apoyado en una de las

columnas, veíase un rostro encantador que produjo en mí una sensación inexplicable pero rápida y pasajera, porque un murmullo de la Cámara me trajo á la realidad inmediatamente y prestando atención completa á lo que decía mi adversario, apercibíme de que había comenzado á contar una historia inverosímil atribuyendo á móviles bastardos mis relaciones con Altomilla que era, á juicio del orador, un bandido de la peor especie con quien yo había realizado un pacto secreto cuyo resultado había sido el de *gambalechear* un grillete de presidiario por la investidura parlamentaria.

Por este estilo dijo aquel buen señor unas cuantas enormidades y terminó su discurso con una invocación del género patético para que los diputados anulasen la elección como protesta solemne contra aquel contubernio escandaloso.

—Pido la palabra!—dije con acento tranquilo aun cuando la emoción embargaba todas las potencias de mi alma.

—¿Quiere hablar ahora S. S. ó prefiere

que hable antes la Comisión?—preguntó el presidente.

—Estoy á las órdenes de la Presidencia—contesté—pero si me es permitido formular una súplica, quisiera que mi defensa fuese escuchada inmediatamente después del ataque.

—Sí! sí!—dijeron varios diputados, entre ellos los que estaban en el banco de la Comisión.

—El señor Moncelez tiene la palabra—anunció el presidente.

Había llegado para mí el instante solemne tan temido y tan deseado de hacer mis primeras armas en el Congreso: mi corazón latía con violencia, pero no había nube alguna en torno de mi pensamiento. Esta circunstancia me permitía medir con exactitud mis propias fuerzas, pues en la bondad de mi causa y en la argumentación que tenía á mi servicio, estribaban mis ventajas para la contienda.

La inmensidad misma del peligro y el conocimiento exacto que tenía de lo que pu-

diera representar para mí un fracaso en aquel instante, infundiéronme un valor extraordinario y dominando la emoción, empecé mi discurso en medio de ese silencio que es símbolo de cortesía en favor de los *debutantes*.

Mi exordio fué breve y sencillo: procuré que no hubiese en él ninguna frase retumbante de indignación ó de extrema censura: anuncié que la brevedad en mi peroración iba á ser el tributo que ofrecía á la benevolencia de la Cámara y que así como los castillos de naipes se derrumban con un soplo ligero, los armatostes construídos por la obcecación y la ignorancia, se aniquilan con la verdad, con la conciencia y con el derecho.

Un murmullo de aprobación acogió mis primeras palabras.

Sin ninguna clase de artificios ni preparaciones, entré de lleno en el fondo de la materia y los mismos argumentos que dirigieron las conciencias de los jurados en el salón de actos de la Audiencia de Burgos, fueron expuestos con toda la claridad que me fué

posible, arrancando un aplauso cada una de mis razonadas conclusiones.

Ya no temblaba: por el contrario, aquella corriente de simpatía que notaba en favor mío viniendo de todos los lados de la Cámara, hizo que se afirmase mi acento, que mi palabra, reposada y tranquila en un principio, tomase tonos más brillantes convirtiendo mi defensa en lo que ha dado en llamarse efecto parlamentario.

Era preciso terminar: hasta entonces, me había dirigido á la Cámara sin encararme con mi adversario: dirigí la vista hacia el punto donde estaba sentado tomando notas para contestarme sin duda, cuando noté que la mujer, cuya belleza peregrina había llamado mi atención al sentarme en los escaños, tenía casi todo el cuerpo fuera de la tribuna y clavados en mí sus ojos negros, grandes y expresivos.

La sensación que experimenté al sufrir lo que pudiera llamarse el choque de aquella mirada, fué de las que forman época en la vida: irguióse mi cuerpo como si hubiesen

sacudido las fibras todas de mi organismo las vertiginosas ondulaciones que determinan el paso de una poderosísima corriente eléctrica y poniendo al servicio de esa carrera desenfrenada que emprende la palabra cuando quiere adelantar al pensamiento, todas las energías de mi ser y todas las potencias de mi alma, descargué sobre mi adversario el golpe de gracia bajo la forma de un epílogo breve pero contundente que provocó una salva de aplausos.

Intentó el señor R... rectificar, pero tuvo que desistir de su propósito porque toda la Cámara protestó en forma un tanto viva y desagradable para el interesado.

Abstúvose la Comisión de contestar, leyóse el dictámen nuevamente y fuí proclamado diputado después de aprobarse el acta en votación ordinaria.

Las felicitaciones que recibí fueron muchas y muy calurosas, habiéndome servido aquel triunfo de presentación oficial á todos mis colegas.

Entré en el despacho del Mayor, me puse

de frac, como es de rigor, volviendo al salón para prestar mi juramento con las formalidades consabidas: al subir los escalones de la plataforma presidencial, miré á la tribuna buscando aquellos ojos negros y aquel rostro encantador cuya imágen había quedado impresa en mi alma; pero mi decepción fué grandísima porque mi bella desconocida había abandonado su puesto.

Cuando hube cambiado de traje nuevamente, subí al local donde se encuentran las tribunas de la Presidencia y del cuerpo diplomático, cuya entrada es la misma: pregunté al hujier si conocía á la persona que había ocupado el asiento de primera fila situado junto á la columna, y aun cuando describí el traje y dí todas las señas que pude encontrar en mi memoria, no me fué posible lograr indicio alguno.

Así terminó mi primera jornada parlamentaria: la última, como verá usted más adelante, debía tener bien distintos resultados.

IV

EL PATIO DE LOS MICOS

A mediados de Diciembre, es decir, dos semanas después, se me presentó la ocasión de alquilar en la calle de Fortuny un hotelito amueblado con gusto y que convenía en un todo á mis propósitos.

El mencionado hotel pertenecía á un diplomático extranjero que, por razones que no viene al caso enumerar, había tenido que ausentarse de Madrid por algún tiempo: tomé posesión de mi nueva morada inmediatamente con el objeto de que pudieran venir á reunirse conmigo mi madre y mi hermana, á cuyo efecto les escribí sin pérdida de tiempo describiéndoles la disposición de las ha-

bitaciones y manifestando mis deseos de que no retrasasen en lo más mínimo su llegada.

Contestóme mi madre que hallándose su salud un tanto resentida, no se atrevía á venir á Madrid en el rigor del invierno y que aplazaba su viaje para cuando empezase la primavera.

Prodújome gran contrariedad esta noticia pero atribuyendo la decisión de mi madre á esa resistencia natural que tienen los provincianos á separarse del terruño, deseché muy pronto los malos presentimientos que turbaron mi tranquilidad en un principio y me lancé de lleno en las emociones de la vida política.

Y al llegar á este punto de mi narración, creo de necesidad absoluta hacer algunas consideraciones que, aun cuando aparezcan apartadas del motivo principal que informa este relato, se relacionan con él por modo muy directo; pues, en el palenque de la política, riñeron descomunal batalla las pasiones que, dominando mi ser por completo, hicieron un héroe de tragedia de aquel que había

nacido quizás para vivir dentro de la prosa de la vida, convertido en personaje de idilio de campanario si otra cosa no hubieran decretado los acontecimientos

Lo mismo en España que en cualquier otro país donde impera el régimen parlamentario, la política representa la antítesis de la sinceridad y, tanto es así, que para dar á entender que el hombre carece de este último atributo, suele decirse que posee un sentido político de primera fuerza; tan desengañado está hoy aquel pueblo que por el más fútil motivo se batía como manada de leones en las barricadas, que no existe ya elocuencia tribunicia capaz de destruir la convicción que hoy tienen las masas populares de que la fatalidad que gravita en esta época de civilización y de progreso sobre los pueblos llamados libres, dispone que estos sean gobernados, no en provecho suyo, sino el de sus ineptos gobernantes.

Y sucede comunmente que aquellos que vienen á la corte vistiendo el ropaje de la candidez y acariciando esperanzas de rege-

neración en nuestras costumbres sociales, suelen ser objeto de risa y corren el peligro de pasar por tontos si no se deciden á atravesar la vitola del personalismo, que es una corruptela admitida como ley invariable para la constitución de todos los partidos.

Para que se comprenda el alcance de estas observaciones, me bastará dejar dicho que las especiales circunstancias que acompañaron mi elección, relevábanme de todo compromiso político sin que pudiera calificarme nadie de ministerial ó de oposición; y esta independencia me era tan agradable que, aun cuando acepté puestos en algunas comisiones importantes, tuve muy buen cuidado de no soltar prenda sorteando la precisión de inclinarme hacia ningún partido ó personalidad determinada de las que en nuestra política capitanean los grupos integrantes de los dos grandes partidos que turnan en el ejercicio del poder en la patria española.

La sinceridad de mis palabras, el arrojo y denuedo que demostré al defender mi acta

arrollando á mi adversario en improvisación que mereció los aplausos de la Cámara y el haberme presentado en el palenque parlamentario como hombre de batalla, despertaron la curiosidad de algunos con el intento de conocer en qué banderín de *leader* iba á alistarme.

Como es natural fuí objeto de lo que en el *argot* político se llaman avances y uno de estos lo fué una invitación á visitar la morada de un hombre político que había desempeñado cargos importantes, entre ellos el de ministro de la Corona, y que cultivaba el género de la «tertulia política», especie de templo sacro donde las vestales que le seguían, lo mismo en sus fracasos que en sus triunfos, iban diariamente á alimentar el braserillo del entusiasmo.

Ofrecióseme para acompañarme en calidad de Mentor á la gruta de aquella Calipso de la época presente, un compañero y paisano mío con quien estudié la segunda enseñanza habiéndonos separado al terminar el bachillerato, para ingresar yo en la facultad

de Derecho y para entrar él en uno de los Cuerpos especiales del Ejército, donde terminó su carrera con brillantez y lucimiento.

Circunstancias que no viene al caso referir, le habían llevado á hacer comercio de amistad particular y política con el hombre que me había invitado á visitarle, aun cuando éste no correspondió nunca á la lealtad con que mi amigo le sirvió en múltiples y arriesgadas ocasiones.

Habíame dado éste cita en el Casino de la «*Gran Peña*» á las diez de la noche: asistí con una puntualidad verdaderamente militar para hacer honor á la profesión del amigo y compañero que me esperaba, y en un coche de los que prestan especial servicio á los socios del Casino mencionado, salimos juntos en dirección á la morada del *leader* político cuya visita teníamos anunciada.

Cuando penetramos mi amigo y yo en el comedor de una morada de buen ver, situada en uno de los barrios extremos de Madrid, estaba la tertulia en su apogeo y el amo de la casa, que acababa de trocar las

amarguras que lleva consigo el cargo de ministro de la Corona por las dulces y tranquilas faenas de la murmuración y del pataleo, estaba en el uso de la palabra embelesando á sus *á priori* convencidos oyentes, con esos desplantes de acometividad trasnochada que se parecen como una gota de agua á otra gota á lo que Shakespeare llamaba ladridos á la luna ó á lo que en tiempos de la Roma antigua, era privilegio exclusivo de los gansos del Capitolio.

Nuestra aparición motivó una pausa momentánea producida por los saludos de ordenanza, el acto de darme la bienvenida el anfitrión de aquel banquete de parlanchinería y las presentaciones consiguientes, que no fueron muchas á decir verdad porque el amo de la casa que, como el maniquí del cuento tenía cuerda para mucho rato, reanudó su interrumpido discurso que aplaudieron *in pectore* los oyentes, aunque presumo que muchos de ellos no se habían enterado de lo que se trataba.

Terminada la peroración del *leader* y,

mientras éste celebraba una conferencia en salón contiguo con un personaje cuya llegada se anunció con algún misterio, rogué al que de Mentor me había servido, que me ilustrase acerca del personal constituyente de aquella asamblea que ofrecía en aquel instante, más que el aspecto de reunión política, algo que pudiera tomarse como mezcla de tolerado garito y tertulia de confianza.

Situado mi amigo y yo en un rincón del comedor y en actitud parecida á la que, con música disparatada, presenta Boito á Fausto y Mephistópheles en la escena del aquelarre, empezó ante mi vista el desfile de personajes con la gráfica descripción que mi Mentor hizo en la forma siguiente:

—Aquel que está sentado junto al aparador y que escucha sin decir una palabra, es una buena persona, lo mejor que entra en esta casa: dejó al partido opuesto en el que había desempeñado puestos de importancia para venir, por simpatías personales, á servir á este hombre que, después de seis años de

ostracismo, le ha dado á duras penas una de esas migajas que caen de la mesa del presupuesto.

—Aquel otro señor de edad, de aspecto plácido y bonachón, es el porta-chismes y fabrica-enredos de la casa: para un Scapin de Moliére no tiene precio.

—¿Ves aquel jóven simpático, decidor y de fisonomía abierta cual si fuese manantial de franquezas y lealtades?

Pues es una buena persona cuyo amor propio y ambición están representados por la décima potencia de su mérito, que no es poco. Aquí en esta casa entró imitando á aquel personaje bíblico del plato de lentejas. Así como el General Boum boum decía que el arte de la guerra consiste, como el de la pastelería, en cortar y envolver, éste asegura que «politiquear es transigir».

Un detalle cómico en extremo.

No sé por qué, tiene este buen señor el prurito de presentar aspecto marcial y para ello usa siempre botas de ordenanza de las llamadas de una pieza con porta-espuela lle-

vando además trabillas en los pantalones. Un amigo nuestro le dedicó, con este motivo, la siguiente cuarteta:

Esas trabas non usades
sota vuestros pantalones
porqué nunca mas montades
que la cruz de los calzones.

—Ese buen mozo de barba canosa y que habla sin cesar, es un hombre simpático en extremo, buen amigo, exagerado como una legión de andaluces é incapáz de hacer daño á nadie á pesar de su aspecto bravucón y pendenciero.

Dejó lo cierto por lo dudoso y vino á formar parte de la tripulación de este barco donde no creo que haga fortuna, á no ser que el Santo tutelar de su tierra haga un milagro.

—Mira aquel sujeto vestido de frac y con su indispensable gardenia en la *boutoniére.*

¡Creerás sin duda que viene de comer en casa de algún grande de España!

Nada de eso: viste así todas las noches para comer en el Velóz con amigos ó en algún otro lugar con horizontales de todas las marcas y categorías. De vez en cuando

se pone bandas y condecoraciones (obtenidas en aquellas hazañas que refería el soldado de que habla Cervantes) y pretestando que viene de algún sarao ó reunión oficial, preséntase en Apolo ó en la Zarzuela para eclipsar á las momentáneas que ván á buscar allí el panecillo de última hora. Este mozo empezó su carrera de escribiente: ha sido diputado no sé cuantas veces sin que ni una sola vez se haya oido su voz en el Congreso. No tiene ningún título académico y ha sido todo lo que hay que ser.... menos ministro.

Nota bene: tiene mucho dinero ó por lo menos lo gasta.

—Para formar contraste con el precedente, ahí tienes á aquel buen señor de aspecto bonachón y patriarcal que calla, escucha y se duerme de cuando en cuando. Ese es un inocente, un cándido de la política: viene aquí para hacerse la ilusión de que se ocupa en algo: no ha sido nunca nada, no será nada en la vida y cuando hay que fundar algún periódico ó se está en vís-

peras de elecciones, recibe el sablazo y cree que cumple con un deber político.

—Y para qué cansarte con más detalles? En aquel grupo que está en el rincón opuesto hay un señorito por cuyo lado no te aconsejo que pases sin abrocharte la levita; un señor de muchas campanillas que, allende los mares, bajó poco ménos que á puntapiés las escaleras de un gran edificio: dos personajes célebres en chanchullos del municipio; un caballerete de quien un periódico satírico dijo cuando contó su historia el Congreso, que el Jefe del Gobierno había exclamado cuando álguien pedía la votación por bolas: «nos ha contado su historia y todavía quieren ustedes más bolas?»; un antigüo polizonte de la higiene que ingresó en esta parroquia cuando lo dejaron cesante.... y otros señores que no conozco porque, como es este un banderín de enganche donde no se pide ni la patente de sanidad ni el certificado de buena conducta, aquí se vén todos los días caras nuevas y viene, como diría Leopoldo Cano, «toda la carne

que sobra de las orgías políticas que se celebran en otras latitudes».

Y para que no creas que exajero, aguza el oido y entérate de la discusión que acaba de entablarse, en la que vas á aprender mucho más que te enseñaron todos tus maestros de ciencias, leyes y gramática parda. .

. . . .

En efecto, se hablaba de la cuestión palpitante, de la que tantos desastres ha causado á la nación española agotando todos nuestros recursos en sangre y en dinero.

Claro está que, en abigarrado conjunto y barajados á capricho por aquellos *condottieri* de la política, salieron á relucir, programas asimilistas y autonómicos, resortes de gobierno, planes de campaña, desplantes patrioteros, quijotadas bufonas, salivazos de impotencia, carcajadas de locos, chillidos de enanos á lo que servía de inarmónico acompañamiento, un rumor parecido al que se escapa por el roto cristal de lupanar inmundo situado en el fondo de miserable callejuela.

—Los únicos que tienen razón—decía un antiguo vista de aduanas ultramarino—son los que defienden el sistema de la intransigencia: guerra á muerte y nada de concesiones.

—Eso, eso!—vociferaba un diputado *per accidens* del género cursi—la espada de Breno en las balanzas de todos los comercios y *Vœ victis!*

—Poco á poco, señores—dijo con acento vibrante aunque reposado un tal G..... no citado por mi amigo y á quien yo conocía de vista por haberle encontrado en el Congreso,—no incurran ustedes en exajeraciones que pueden ser muy peligrosas.

—Es preciso aplastar las víboras.....

—No hay más ley que la fuerza.....

—Nada de concesiones.....

—La autoridad debe ceder ante la actitud de los patriotas de abolengo. . . . . .

. . . .

—Eso es—exclamó G..... en cuanto le fué posible hacerse oir—para que la arbitrariedad atropelle de nuevo á la justicia y se re-

produzca la escena de presentarnos ante el mundo ciilizado bajo el aspecto de verdugos de niños inocentes!

Abrumados por la fuerza del argumento, callaron aquellos energúmenos imitando á las ranas que cesan de hacer ruido cuando cae una gruesa piedra en la charca que les sirve de asilo; pero, buscando la revancha rufianesca, exclamó uno de los circunstantes:

--De todas maneras aviados estamos si la suerte de nuestro país está en manos de un General incapáz de desempeñar la misión que le está encoméndada.

—¿Qué tiene usted que reprocharle al general X.....?—preguntó G..... tranquilamente?

—Qué es un inepto!

--Cuestión de apreciación ó de encono.....

—Y un cobarde!

—Alto ahí—exclamó G.... levantándose—en ninguna parte y aquí ménos que en otra alguna, se puede calificar al general X..... de cobarde.

—¿Por qué?—preguntó el dueño de la casa.

Porque—replicó G..... friamente—se reirían de tal afirmación todos los españoles.

Sin duda los contertulios creyeron que la discusión tomaba un giro peligroso y estimaron oportuno cortarla de cualquier modo, ello fué que ya no pudo oirse otra cosa que un vocerío descompasado y un desórden de índole tan poco distinguida que, combinado con la atmósfera densa y cargada de humo que flotaba en aquella habitación donde por espacio de cuatro ó cinco horas fumaban á todo fumar unas cuarenta personas, trajo á mi memoria aquel famoso café de «*Julio Cesar*» que con gallardo estilo describe mi querido amigo Pepe Navarrete en su precioso libro «*Sonrisas y lágrimas*», y eché de menos la voz del tío Jeromo cuando gritaba para deshacerse de los parroquianos pegajosos: «Niño! el sahumerio!»

—Vámonos!—díjome al oido mi amigo.

—Cuando quieras—le contesté.

Nos despedimos del dueño de la casa que no ocultaba el mal humor que la discusión le había producido, y al estrecharme la mano

en aquella forma blanda y desprovista de amistad ó afecto que describía tan magistralmente el gran artista italiano Novelli en su famoso monólogo «*La mano dell uomo*», quedó convenido entre nosotros que no podríamos comprendernos nunca porque no estaban ajustados á las mismas oscilaciones del metrónomo los latidos de nuestro corazón, ni marcaban la misma hora los relojes de nuestras conciencias.

Al mismo tiempo que nosotros, salió G..... de la casa y hechas por mi amigo las presentaciones correspondientes, emprendimos juntos el camino sin decir nna palabra por espacio de algunos minutos: al llegar al Prado, mi amigo dijo algunas palabras que encauzaron la conversación girando ésta alrededor de los sucesos que se habían desarrollado momentos antes.

Entónces G..... tomó la palabra y con una vehemencia que traducía fielmente el estado de su ánimo, se expresó en estos ó parecidos términos y haciéndome los honores de su peroración;

—Quizás lo que he hecho esta noche sea juzgado por usted, que no me conoce, con severidad muy merecida y, sin embargo, crea usted que hay circunstancias en la vida que imponen al corazón arranques que dan espanto.

Tiene usted claridad de entendimiento sobrada para comprender que la discusión en que he terciado esta noche no es la primera de este género que se promueve en esa casa donde no volveré á poner los pies en mi vida.

Ya lo ha visto usted; con el mayor descaro se ha escupido indignamente sobre una gloria de la patria, y es que hemos llegado á un grado tal de abyección social y política, que, como decía un ingenioso escritor, «hoy todos los cobardes se las echan de valientes y todos los bandidos viajan con pasaporte.»

Eso que ha visto usted esta noche es lo que se llama una tertulia política del último figurín.

Ahí hay de todo como en botica: hombres honrados, cándidos é inocentes que hacen el

papel de primos de la humanidad: individuos que, si la guardia civil pidiera el pasaporte de la conciencia, no podrían transitar por el mundo y que actúan de personajes merced á los convencionalismos que rigen á la sociedad en que vivimos; Galeotos acreditados que sirven de medianeros para el comercio libidinoso entre la Reina Ginebra que representa al Poder y ese Lanzorate que es la personifición de la desvergüenza: imbéciles que se diferencian del Ruy Blas legendario en que tienen el alma lacayuna y visten la librea de caballeros; y, por último, mujerzuelas con pantalones, caballeros de verdad que no saben en que medio viven; comadrejas que chillan desde la covacha y calumniadores que visten sus desnudeces con girones de la honra agena. . . . .

. . . .

Habíamos llegado frente al obelisco del Dos de Mayo: nos detuvimos instintivamente guardando silencio por algunos instantes como si al saborear el licor amargo qne simbolizaba la pérdida de tantas ilusiones, bus-

cáramos una compensación contemplando aquella aguja ideal por cuyas verticales aristas se desliza constantemente el fluido de la inmortalidad que, al poner en comunicación las cenizas siempre calientes del heroismo con los irisados nimbos de la gloria, enseñará á las razas venideras, en tanto que el mundo exista, como se muere por el honor y por la independencia!

G..... que no abandonaba su idea, me despidió diciéndome estas palabras:

—Créame usted, amigo mío, no hay nada más imbécil que esta sociedad fin de siglo. Cree que se encamina hacia la tierra prometida de su regeneración, cuando lo que hace es marchar directamente al suicidio.

Y si no vea usted el papel que cada uno desempeña.

Los hombres de Estado son los encubridores de la anarquía: los altos funcionarios patrocinan el ócio: los magistrados alientan la discordia: los médicos inventan nuevas enfermedades: los hacendistas labran la bancarrota de los pueblos: los comerciantes sue-

ñan con el fraude: el clero destruye las creencias; los publicistas viven del escándalo: los moralizadores pactan con el adulterio y los ciudadanos se prosternan ante el ídolo repugnante del egoismo.

Y para terminar mi disertación de carácter sério, quiero dar á usted la nota cómica como final de este paseo que hemos dado juntos esta noche.

¿Sabe usted cómo llamaba á esta reunión un antiguo contertulio que no asiste á ella hace mucho tiempo y que es celebrado por su gracejo?

—¿Cómo?

—«*El patio de los micos*», recordando, sin duda, el departamento que llevaba este nombre en el viejo Saladero.

V

EL «OTELO» DE VERDI

Separado aunque temporalmente, de mi madre y de mi hermana, no había cultivado mis relaciones siéndome imposible, por culpa mía más que por otro motivo, frecuentar lo que en Madrid se llama el gran mundo que, sea dicho de paso, tiene hoy una composición tan heterogénea, que ni satisface á las tradicionales exigencias de la aristocracia de la sangre ni tampoco merece consideración alguna á la moderna soberanía del mérito y de la inteligencia.

Mi afición decidida al teatro compensábame de mi ausencia voluntaria de los saraos y de las reuniones.

Es el teatro, como ha dicho un escritor insigne, el Golgotha de la idea. El poeta, el músico, el artista, es decir, los que contribuyen á que la obra del arte aparezca dotada de movimiento, á que la ficción y la realidad se superpongan como dos conos luminosos que parten, el uno del génio que crea y el otro de la inspiración que realiza; todos ellos desempeñan en el mundo de las ideas artísticas el mismo papel que á Dios plugo reservarse para sí mismo en la creación del Universo.

De todas las manifestaciones artísticas, el poema musical y el drama lírico, es decir, aquello que pudiera llamarse el perfeccionamiento de la armonía imitativa de los poetas antiguos, habían sido objeto de mi predilección y de mi entusiasmo.

El dramaturgo golpea violentamente con la maza de su voluntad poderosa el peñasco gigante de la realidad y escápanse por la hendidura de la roca torrentes de inspiración divina; el músico traduce sus emociones, sus alegrías, sus amorosos anhelos y sus

accesos de fúria celosa, sus cantos de gloria y sus quejidos de amargura, las melodías celestes y los rugidos del infierno, la marcha nupcial y el clamoreo inmundo de la orgía... y para todo encuentra una expresión tan simbólica como precisa combinando á capricho las siete notas del pentágrama que fueron descubiertas por el pueblo que, desde lo alto del Helicón, proclama el triunfo de la idea artística á través de los siglos.

En el drama lírico buscaba yo la realización de mis ideales: por este motivo, desde mi llegada á Madrid, iba al Teatro Real casi todas las noches.

En una de estas se representaba el «*Otelo*» de Verdi, interpretado por el colosal Tamagno.

Bellezas grandes tiene esta obra del veterano compositor cuyo génio indiscutible extiende sus alas sobre dos generaciones: pero sin la genial y conmovedora creación que Tamagno ha hecho del legendario verdugo de Desdémona, es muy posible que el «*Otelo*» de Verdi no hubiera logrado

convencer á los que necesitan que la música les entre por los ojos y no por los oídos.

Cuentan las crónicas que al recibir Talma, el gran actor del primer imperio francés, la noticia de la muerte de su padre, moduló su garganta un grito sobrehumano que luego copió el artista para conmover en el teatro á su auditorio: es sabido que Gayarre, contratado en clase de segundo tenor en el Teatro de Varesse, se reveló como artista maravilloso, cantando la romanza «*una piatosa lacryma*» de «L' ELIXIR D' AMORE» momentos después de haberle sido comunicada entre bastidores la noticia de la muerte de su madre..... ¡quién sabe si cuando Tamagno estudiaba el papel de Otelo, creado por Shakespeare, adulterado por Boito, pero impregnado *de emoción sublime* por el génio de Verdi, no dijo álguien al oido del gran artista: «esa mujer á quien amas, acabará por decirte que ama á otro!»

Solamente así se comprende que, en la escena, un hombre embadurnado de negro, vestido de mamarracho y teniendo en torno

suyo bastidores de lienzo pintados de bermellón y ocre, arranque exclamaciones de terror á los que le contemplan.

Ocupaba yo aquella noche una butaca de las llamadas *de callejón*, en las últimas filas. Poco después de la salida de Tamagno en el acto primero, entraron tres señoras en una platea que había permanecido desocupada hasta aquel instante: una de aquellas llamó mi atención por su gallardía y elegancia aun cuando consistía su atavío en un sencillo traje de terciopelo negro: sentóse en el lugar más cercano al escenario, lo cual significa en la etiqueta teatral, que se hacen los honores de la casa, y empezó á explorar la sala con los gemelos.

Sin darme cuenta de ello, no podía apartar los ojos de aquella platea y, cuando la citada persona me permitió que contemplase de lleno su rostro, no pude contener un movimiento de sorpresa pues volvía á encontrarme con mi desconocida de la tribuna de la Presidencia en la tarde de mi primera batalla en el Congreso.

Una emoción indescriptible apoderóse de todo mi ser y desde aquel instante dejó de tener interés para mí cuanto pasaba en la escena, llegando á mis oídos, cual murmullo de notas confusas, todos los números musicales de la partitura.

A mis anchas pude entonces contemplar aquel rostro divino y el sobrenatural encanto que tenían las luminarias en él colocadas, cuyos destellos ejercían sobre mí una fascinación magnética cada vez que caprichosamente se dirigían hacia el lugar que yo ocupaba en el teatro.

En una de las peregrinaciones de visualidad practicadas al acaso por mi desconocida, inclinó la cabeza saludando á un amigo mío que ocupaba una butaca situada delante de mí al otro lado del pasillo; devolvió aquel el saludo en forma tal, que no podía dudarse de la buena amistad que mediaba entre ambos.

De pronto miró aquella mujer en la dirección del lugar por mí ocupado; volvió á mirar después con los gemelos como para conver-

tir en foco de convicción los dispersos rayos de un recuerdo y cuando el instrumento óptico dejó al descubierto nuevamente aquel encantador semblante, cambiamos una mirada de las que encierran una cantidad inmensa de ese fluido especial que pone en comunicación dos almas sin el auxilio de conductor alguno, neutralizando la resistencia aisladora de las conveniencias sociales.

Terminó el acto primero sin que yo me diese cuenta de lo que por mí pasaba en aquel instante: el movimiento que se inició en la sala y que es el consiguiente para los entreactos, me trajo á la realidad y al propio tiempo cruzó por mi mente la idea de realizar uno de esos golpes de audacia que, si bien ofrecen algún riesgo, en cambio resuelven toda situación difícil cuando no es rebelde el éxito á quien aquellos realiza.

Dos ó tres pasos me separaban del amigo que cambió un saludo con la dama de la platea: acerquéme á él resueltamente y entablóse entre ambos este ó parecido diálogo:

—Está muy bien el teatro esta noche—dije para entrar en materia.

—¡Superabundante!—respondió estrechándome la mano mi interlocutor.

—¿Conoce usted á aquella señora vestida de terciopelo negro, que ocupa la tercera platea de la izquierda?

—¡Ya lo creo! es la encantadora Isolda.

—¡Isolda!—exclamé—¡qué nombre tan original!

—Le diré á usted; (mi amiga porque tengo la satisfacción de poderla dar este nombre) se llama Isidora: pero como cuadra mal un nombre tan poco poético á una mujer tan divina, todos la llaman Isolda, nombre de una heroina de Wagner y ya nadie se acuerda de lo que dice su partida de bautismo.

—¿Y cómo no vá usted á saludarla?

—Pensaba hacerlo ahora mismo y si usted me lo permite...

—¿Tendría usted inconveniente—pregunté haciendo un esfuerzo terrible—en pedir permiso á esa señora para serle presentado?

La pregunta era un tanto arriesgada y mi amigo quedó perplejo por un instante: sin embargo, apresuróse á contestar:

—Tratándose de usted no pondré reparo en ello: es más, como le aprecio de veras y además doy por descontada la benevolencia de mi amiga, si usted quiere le presento sin anunciarle porque el nombre de usted es una garantía para ser bien recibido.

—Como usted quiera—contesté.

—Pues andando!—dijo mi amigo y nos encaminamos hacia el pasillo semicircular que dá acceso á las plateas.

Debo confesarlo con ingenuidad: aquella supresión inesperada de las más elementales fórmulas de la etiqueta, me produjo un malestar inexplicable aun colmando por entero mis aspiraciones.

Una ligera nube de malestar envolvió, á pesar mío, mi pensamiento; pero cuando llegamos á la platea y mi amigo llamó al acomodador para que nos franquease la entrada, una emoción dulcísima se apoderó de mi alma y al encontrarme enfrente de aquella

mujer, disipáronse las brumas de mi preocupación como desvanece el primer rayo de sol el ténue cendal de blanca neblina que rodea las cúspides de las montañas.

—Tengo el honor de presentar á usted mi amigo el Sr. Moncelez de Altovara, diputado á Córtes. Moncelez, la señora de Oldunas. Dispénseme usted querida amiga, si he omitido cierta formalidad indispensable..... (Esta fué la fórmula de presentación).

—Está usted dispensado, mi buen amigo —interrumpió Isolda con un movimiento encantador,—y le felicito por haber dado una prueba más de su envidiable talento al comprender que las reglas de la etiqueta, como todas las reglas, tienen sus excepciones y usted señor de Moncelez sea bienvenido y crea que tenía grandísimos deseos de ofrecer mi amistad á un hombre que, como César, vence en cuanto ve y llega.

—Señora.....—balbuceé inclinándome.

—Permítame usted que le presente á la señora de Gonfé y á su hija Aurora, mis mejores amigas.

Saludé á las personas que acompañaban á Isolda y, como era de rigor, esperé á que iniciase la conversación la que podía llamarse *dueña de la casa.*

—¿Es la primera vez que asiste usted á la representación del «*Otelo*» de Verdi?—preguntóme Isolda.

—No señora: tuve ocasión de presenciar en Milán el estreno de esta misma ópera, cantada también por Tamagno y por el gran artista Maurel, creador del papel de Yago.

La conversación se mantuvo dentro de los límites de banalidad consiguientes durante unos diez minutos, y al sonar los timbres anunciando el término del entreacto, me levanté depidiéndome de Isolda y de sus amigas.

—Estoy en casa todos los viernes para mis amigos y como espero que me honre usted permitiéndome darle este nombre, cuento con su visita para el viernes próximo, dijo Isolda al estrecharme la mano.

—Me colma usted de bondades—respondí,—y en cuanto á la amistad que usted me

ofrece ¿cómo no he de aceptarla con fruición cuando entiendo que es la *amistad de mujer* planta delicada que solo vive al calor de las dulces y verdaderas emociones?

No sé lo que al despedirnos se dijeron el alma de Isolda y la mía asomándose por un instante á los ajimeces de nuestros órganos visuales respectivos: lo que sí puedo asegurar es que cuando me senté en la butaca para escuchar el acto segundo de «*Otelo*», encontrábase saturado todo mi ser de un bienestar inmenso, y al entonar Battistini aquel estrambótico é inadecuado «*Credo*» que convierte en pirueta de arlequín la concepción maravillosa del génio, trajo el sabor de la memoria al paladar de mi imaginación esta frase que había leído, no sé dónde, pero que representaba en aquel instante el ideal de mis creencias: «creo en el amor, como creo en Dios».

Y la representación de la obra maravillosa de Verdi, pasó para mí casi desapercibida. Unicamente cuando el *Moro de Venecia*, sintiendo el dolor que le produce el primer zar-

pazo que asesta á su corazón el mónstruo de los celos, lanza aquella imprecación formidable, aquel «*Addio le sancte memorie*» que Tamagno decía tan maravillosamente, aparté por un instante la vista de aquella mujer que ocupaba ya por entero mi existencia y la sublime desesperación interpretada por el génio colosal del artista, no fué para mí otra cosa en aquel instante, que burdo remedo de la que vendría á apoderarse de mi alma, si la pasión que comenzaba á burbujear en mi pecho, corriera el peligro de no ser correspondida.

Y pasaron el segundo y el tercer entreacto.

Al consumar, en la escena final, el legendario celoso su obra terrible de destrucción, eché muy de menos aquellas frases cambiadas entre Otelo y Desdémona: «*piensa en tus pecados*»..... «*no he cometido más que el de quererte*»..... frases suprimidas por las abreviatorias exigencias del libreto.... y por última vez se cruzaron la mirada de Isolda y la mía cuando exclama Otelo al darse la muerte: «*muero besándote*»...... ....

Terminó la representación: salimos mi amigo y yo al *foyer*, cruzando breves y banales palabras con Isolda y sus amigas, mientras esperaban su coche y cuando nos hubimos despedido de ellas, no quise desperdiciar la ocasión de averiguar quién era aquella mujer que había de ser el árbitro de mi existencia.

No deseaba otra cosa mi amigo que contarme su historia: claro es que la tenía habiendo empañado su frente la nube del infortunio: porque, como ha dicho un gran pensador, «los pueblos felices son los únicos que no tienen historia».

VI

ISOLDA

Hemos llegado al punto más culminante de mi relato.

Debo presentar ante su vista la mujer cuyo cuerpo ideal y maravilloso descansa desde hace algunas horas en el fondo de una huesa cubierta de tierra y nieve; y en verdad que no sé de qué medio valerme para poner en relación directa la precisión de mi palabra con las nieblas que rodean mi espíritu.

Hay tanta distancia de la ilusión á la realidad, como la que nos separa de todos esos mundos habitados cuya luz reflejada tarda en llegar hasta nosotros millones de años.

La imágen de aquella mujer, al trasladar-

la desde la ideal concepción que tiene en mi pensamiento, á la gráfica silueta que el cincel de mi palabra puede trazar sobre el mármol frío de la realidad, experimenta la misma reducción desconsoladora que sufren, Vénus estrella de incomparable hermosura, reina del firmamento, y Júpiter astro maravilloso con su acción de la gravedad mucho mayor que la de nuestro planeta y con sus cuatro lunas que le sirven de cortejo, al reflejarse ambos desposeídos de todos sus potentes atributos y después de atravesar lentes, tubos, espejos y pantallas, en el fondo del telescopio astronómico.

Era su cuerpo reproducción exacta, por la pureza en las líneas, de la Vénus Anadyomena descrita por la tradición en brazos de las brumas ideales; avasalladora como Fedra ó Andrómaca; interesante como Rebeca ó Fornarina; espiritual como Teresa ó Eloisa; indomable como Dalila ó Lucrecia; seductora como la visión ofrecida por Friné ante los jueces del Areopago.

Negra su cabellera como trazo marcado

por las alas del espíritu de la noche sobre el fondo mismo de las tinieblas: hermosos y brillántes sus ojos como aquellos dos luceros que arranca con su inspiración el bardo inglés de la inmensidad de los cielos y, después de balancearlos en sus órbitas para que adquieran mayor brillo, colócalos en el rostro de Julieta: el óvalo de su cara, elipse maravillosa trazada con esos rádios vectores que se llaman la perfección y la pureza; su boca, engarce caprichoso de perlas y corales prendido en el enigma de una sonrisa y el conjunto de aquella maravilla de la naturaleza, realizando esa aspiración suprema del amor que consiste en hacer de la tierra un cielo, cuando se funden dos almas en una sola; cuando el cuerpo se despoja del caparazón de la materia; cuando se supedita la existencia á la fé de un juramento arrojando la palabra en el infinito como el marino arroja su ancla en el Occéano.

La historia de aquella mujer era de lo más vulgar que puede concebirse: un conjunto de aberraciones y codicias; algo así

como una leyenda de los tiempos heróicos representada en un teatro de fantoches.

El verdadero nombre, es decir, la retahila de nombres que figuraban en el registro bautismal y civil de Isolda, eran los siguientes: Isidora, María, Leocadia, Josefa Lencos de Teldilla y Jímenez del Povar, hija de etc., etc., bautizada en la parroquia de San Matías de Granada el día 8 de Septiembre de 187...

La posición más que desahogada que disfrutaban los padres de Isolda, permitieron que ésta recibiese una educación esmeradísima, y como su hermosura era proverbial en la ciudad del Darro y del Genil, no faltaron á la heroína de esta historia pretendientes de todas clases y categorías, comprendiéndose en ellas á los enamorados platónicos é incandescentes, los argonautas del dote y los señores respetables que después de haber derrochado su juventud y sus energías vitales, cometen el último crímen *contra natura* queriendo contrarrestar con los brillantes resplandores del sol que nace, los morteci-

nos destellos que despide, al hundirse en el horizonte, el sol que muere.

Los padres de Isolda se encargaron de desvanecer todas las ilusiones amorosas de su hija, imponiéndola, como en los tiempos de Moratín, un matrimonio ventajoso con Don Lorenzo Oldunas de los Torveles y Florestan de la Armilla, señor de no sé cuántos feudos y lugares, maestrante de Granada, descendiente directo de uno de los esforzados varones que con Pedro el Ermitaño fueron á la conquista del Santo Sepulcro y que aportaba al matrimonio muchos pergaminos, muchas fincas y bastante dinero en títulos de la Deuda, pero un físico tan averiado por los años y las aventuras galantes, que las gentes del Albaicin calificaban sin reparo de «*estampa de la herejía*».

¿Cómo cedió Isolda á la presión moral y material de sus padres decidiéndose á llamarse la señora de Oldunas con todos los aditamentos que acabo de enumerar?

Yo no sé si será acertada la comparación que se ofrece á mi vista cuando contemplo

una de esas uniones absurdas y hasta ignominiosas, de la juventud, de la exuberancia y de la belleza, con la decrepitud, la impotencia y el sadismo: pero se me figura que las mujeres que aceptan un pacto semejante, no dejan de parecerse al traidor Fiesco que se decide á apoderarse de la ciudad de Génova pero que, al pisar la tabla estrecha que le separa del punto donde ha de desembarcar para conseguir su propósito, cae al mar y se ahoga.....

¡Así esas mujeres ávidas de libertad conseguida por medio de la traición á las leyes de la naturaleza, pierden pié en el momento mismo de pisar la débil tabla de la realidad de la vida, y asisten al naufragio de sus más caras ilusiones!

Instalóse Isolda en Madrid acompañada de su esposo, cuya posición le permitía alternar con todas las aristocracias que se disputan la soberanía en la época presente.

Isolda paseó por los teatros, salones y por todos los puntos de reunión del gran mundo, su felicidad aparente y, como el magnífico

gladiador pintado por Gerome, adoptó una postura clásica y maravillosamente provocadora; levantó su frente serena cubierta con el casco de la resignación y esgrimiendo su mano la espada de la fortaleza, puso el pié sobre el cuerpo del vencido que representaba sus muertas ilusiones, y arrostró la sentencia que dictaba la implacable ferocidad del mundo por medio de la señal que las matronas de la Roma antigua llamaban «*pólice verso*».

¿Cuánto tiempo duró este suplicio más espantoso que los imaginados por la neurosis fanática de los miserables adeptos de Torquemada?

Días, meses, años!..... la cantidad de tiempo importa poco; porque aún cuando, con reloj de arena se mida la duración de los sufrimientos del alma, representa cada grano de los que, á través del capilar orificio pasan de una á otra ampolla de cristal en el simbólico aparato, una suma monstruosa de angustias, decepciones, luchas terribles, dudas, lágrimas y protestas contra las injusticias de la suerte.

Llegó el día en que el esclavo pudo recobrar su libertad.

Don Lorenzo Oldunas de los Torveles y Florestan de la Armilla, pasó á mejor vida según expresión mundana: fué enterrado con pompa y con derroches de todo género de vanidades, é Isolda quedó libre, hermosa, viuda, jóven, rica y..... con un pleito que la pusieron los parientes de su marido.

Al llegar á este pasaje de la historia de la señora de Oldunas, mi amigo y *cicerone* hizo algunas salvedades para referirme ciertos incidentes que motivaron una de esas tácitas, cobardes y tenebrosas decisiones de los aquelarres ó areopagos mundanos que ponen al índice una persona sin más juicio que aquel cuyo tribunal está constituído por la indignidad y la ignorancia, actuando la envidia y el encono en calidad de fiscales-acusadores público y privado y teniendo por defensor al silencio.

Mi amigo demostró su caballerosidad y su hidalguía, haciendo caso omiso de las murmuraciones, fustigando á los patrocina-

dores de tales infamias y proclamando la inculpabilidad de Isolda que se marchó de Madrid para ahogar en su gérmen todas las calumnias y murmuraciones y regresando después que hubo trascurrido algún tiempo, menos rica que antes por haberle mermado sus rentas el fallo del pleito que le arrebataba una parte de su fortuna, pero más bella y fascinadora que nunca porque el astro había llegado al zénit de su curso, inundando el espacio con los destellos de su luz maravillosa.

Esta era Isolda cuando yo la conocí; cuando la fatalidad nos puso frente á frente; cuando el destino decretó que el drama de Verona tuviera su reproducción en la época actual y, aun cuando adulteradas por los adelantos del siglo, subsistiesen las frases de Romeo y Julieta: «muero queriéndote» y «sea mi pecho el asilo de tu arma bienhechora». . .

. . . .

VII

LUZ Y SOMBRA

No hace falta decir que aguardé con impaciencia febril la llegada del primer viernes mencionado por Isolda, para visitarla en su casa.

El digno y caballeroso amigo que me presentó en su palco y que, con frases propias de los hombres honrados, dióme con discreción y tacto, merecedores del mayor encomio, los datos que acabo de referir, no opuso resistencia alguna para acompañarme á la morada de la hermosa viuda cuyo recuerdo no podía apartarse de mi mente ni un solo instante.

A las diez y media de la noche del día

convenido, llegábamos mi amigo y yo á casa de la señora de Oldunas.

Habitaba ésta un piso primero en edificio lujoso situado en los alrededores de la Puerta de Alcalá. Cuando llegamos mi amigo y yo, estaba la reunión en su apogeo: noté sin embargo que era mayor el número de hombres que el de las mujeres; por más que éstas perteneciesen todas á esa categoría que los franceses llaman *d' elite* y que nosotros no hemos podido aún calificar en forma adecuada.

No podía ser el primer saludo que cambiamos Isolda y yo otra cosa que una de esas pantomimas sociales que se asemejan, como una gota de agua á otra gota, á los movimientos que, obedeciendo á un tirón de la cuerda del operador, realizan los artefactos vestidos con trajes caprichosos, que desempeñan papeles de personajes en un teatro de fantoches.

Allí me encontré con muchas ilustraciones (ó que por tales pasan en el mundo político) y con hombres de indiscutible talento atraí-

dos por ese fluido misterioso que emana del mérito verdadero.

Pocas palabras pude cambiar con Isolda obligada á descomponer la luz de su sonrisa en otros tantos colores complementarios como personas se colocaban ante el prisma de su hospitalidad: quizás en el pliegue imperceptible que dibujaba una silueta de contrariedad en mi frente, adivinó aquella mujer algo de lo que acosaba mi pensamiento, porque, aprovechando un instante en que nos fué posible cambiar algunas frases sin testigos, me dijo como la cosa más natural del mundo pero contrarrestando con la dicción la banalidad del concepto:

—Pasado mañana domingo es día de tristes recuerdos para mí: permaneceré sola en mi casa fiel á aquel precepto que formulan los gondoleros en Venecia al detenerse bajo la artística bóveda del puente Rialto: «*cinque minuti per la contemplazzione!*»

—¿Me permite usted — pregunté -- que ocupe el lugar del gondolero... si es que no hay nadie más que usted en la góndola?

—¿Por qué no?..... pero me temo que la travesía no ofrezca grandes atractivos.....

—Hasta el domingo!—repliqué—notando que se acercaban dos ó tres importunos.

Después de tomar el thé, despedíme de Isolda y puedo asegurar que suspensa quedó mi vida por el espacio de tiempo que me separaba de la hora fijada para nuestra próxima entrevista.

¿Qué pasó en ella? Me sería imposible de todo punto recordarlo en este momento.

Al dirigirme á casa de Isolda en la tarde cuyo recuerdo no podrá desaparecer de mi mente mientras viva, recopilaba sin querer las emociones experimentadas en las tres veces que aquella mujer había aparecido ante mi vista, á saber: en el Congreso, en el Teatro Real y en su casa dos días antes.

Aquella frase sublime del autor de la «*Divina comedia*» para expresar la afinidad amorosa: «*esos dos que marchan juntos*», aparecíame á cada instante unida á la visión de Isolda que absorbía todo mi pensamiento rodeado del ambiente creador que tenía por

gérmen la seducción infinita encarnada en el cuerpo de aquella mujer.

Isolda me recibió en un saloncito amueblado con gusto exquisito y la sencilléz de su tocado y de su atavío, diéronme una prueba evidente de que en aquel delicioso *tête-à-tête*, quería hacerme lo que pudiera calificarse de «los honores de su persona».

¡Ah! ese santuario divino que existe solo en el corazón de la mujer apareció ante mi vista cual maravilla celeste, como espectáculo único, como luz deslumbradora emanada del astro-rey que hace palidecer los reflejos de todos los soles secundarios.

A semejanza de lo que dice Enrique Heine, pude exclamar: «Es mi corazón árbol que floreció una sola vez y me parece que fué há cien años».....

Loco de amor salí al anochecer de aquel día de casa de Isolda.

Mi pasión arrebatadora; mi acento impregnado de sinceridad amorosa; mi respeto aún mucho más grande que mi pasión; el eco que mis palabras encontraban en el corazón de

aquella mujer virgen (como la popular heroína de Zorrilla) á las primeras sensaciones del amor; la fatalidad que extendía sobre nosotros sus alas inmensas..... todo esto nos hizo comprender cómo es más que bastante un momento de abandono, para que se confundan en una sola dos existencias y para que en la primera entrevista de amor puedan decirse Romeo y Julieta: «mi amor es tan grande que cuanto más te doy más tengo porque al sumarse con el tuyo, forman ambos el infinito» . . . .

. . . .

Al despedirme Isolda brillando en su frente la doble diadema del amor y de la pureza, me dijo estas palabras:

—Te he entregado mi corazón y mi vida: tú has rasgado los velos que me ocultaban el paisaje espléndido de la felicidad y solo te diré aquello que dice la heroína de la obra magistral de Serra, «*Luz y sombra*»:

Yo quise ver para amar;
y ahora que puedo mirar.

si tus ojos he de ver
fijos en otra mujer...
¡quiero volver á cegar!

Mi respuesta!..... ¡sería preciso arrancarme el corazón del pecho y abrirle como un libro para poder explicarla!

Al regresar á mi casa encontré un telegrama de mi hermana diciéndome que mi madre estaba gravemente enferma y que no retardase el ponerme en camino ni un momento.

¡Al lado de la felicidad suprema la angustia infinita!

Eran las siete de la noche y no había tiempo que perder: un billete lacónico para Isolda acompañando el funesto pedazo de papel azul con sus tiras pegadas y llenas de caracteres romanos que se agrupaban caprichosamente para formar el geroglífico de la desesperación; la maleta atestada con los objetos que al azar venían á la mano; un coche corriendo á todo correr hacia la estación del Norte; el tren; una noche terrible en la que el traqueteo de un incómodo wagón balan-

ceaba un cerebro envuelto en nubes sombrías y un corazón rebosando amargura; después Burgos con su estación destartalada y aspecto tristísimo al amanecer de un día lluvioso; el carruaje; la cara compungida del cochero, antiguo servidor que llora en silencio; mis pasos resonando en el zaguán de la casa solariega cual si fuesen golpes de aldabón dados por la mano de la muerte en la cancela del infortunio; el cuerpo de mi hermana y el mío que se juntan en lo alto de la escalera, bajo el escudo de familia, para que cambien el primer beso nuestras lágrimas; criados que lloran; estancias sombrías; ambiente que ahoga, y como dice Marcos Zapata con inspiración sublime:

..... sigo aquel drama
y me hallo al fin con la muerte.

. . . .

Apenas si llegué á tiempo para recibir el último suspiro de mi madre, que entregó su alma á Dios á las dos horas de mi llegada con la tranquilidad del justo y sintiendo en sus manos el calor de los besos de sus hijos.

No hay dolor comparable al que produce la muerte de aquella que nos dió la vida; en ese momento terrible y único de nuestra existencia, la ilusión del dolor que es si cabe, aún más intensa que la del placer, establece de nuevo el primitivo contacto de nuestra carne con las entrañas que fueron albergue de nuestro ser y al caer en la fosa el cuerpo á que aquellas pertenecen, sufre el nuestro cruel desgarradura que solamente las lágrimas restañan y el tiempo cicatriza.

El telegrama que puse á Isolda para anunciarle la triste nueva decía así: «Mi madre ha muerto.—Tristán».

He aquí su respuesta: «Cuando queden secos tus ojos de llorar, rocíalos con mis lágrimas para que no ceda á la desesperación su lugar el sufrimiento.—Isolda».

¡Qué tesoros de ternura encierra el corazón de la mujer!

El Dante seguía teniendo razón: lo mismo para el placer que para el dolor, en la adver sidad ó en la fortuna, «*Isolda y yo marchábamos juntos*».

Terminada la fúnebre ceremonia y arreglados los más perentorios asuntos, regresé á Madrid á los pocos días buscando un lenitivo para mi dolor en las emociones de la vida política y en el porvenir de felicidades y venturas que se presentaba ante mi vista.

En la primera entrevista que á mi regreso tuve con Isolda, planteé resueltamente una cuestión que me imponían mi rectitud y el buen nombre de la mujer que había depositado en mí su confianza.

Ambos éramos árbitros de nuestras voluntades respectivas y libres para disponer cada uno de su existencia: como era natural no había más que una solución, á saber, que Isolda aceptase mi mano y mi nombre y así se lo declaré reclamando una respuesta inmediata.

No fué larga la lucha porque los reparos naturales de Isolda quedaron vencidos fácilmente y ante mi actitud resuelta, formuló su decisión en esta forma:

—Sea como tú quieres, porque al acceder á tu deseo realizo la más hermosa aspiración

de mi vida: si no cambias de parecer, seré tu esposa cuando termine el luto que llevas por tu madre.

—¿Y por qué esperar tanto tiempo?

—Es un capricho: soy supersticiosa y no quiero crespones de ninguna clase en el cielo de mi felicidad.

¡Cuántas veces he recordado después aquellas misteriosas palabras!

VIII

EL CAMALEÓN

Una tarde entró Saldaña en mi despacho: acababa yo de arreglar algunos papeles y estaba entregado á las preocupaciones que habían despertado en mi alma los dolores del pasado y los anhelos para el porvenir.

—¿Cómo vá ese ánimo?—preguntó Florencio sentándose en una butaca.

—Bien—le contesté—..... desde hace tiempo estoy plenamente convencido de que la vida material del hombre, lo mismo que la vida moral, dependen en absoluto del pliegue más ó menos pronunciado que el infortunio haga tomar á la membrana que envuelve el corazón.

—No seas pesimista—exclamó mi amigo adoptando el tono de cariñosa reconvención —yo creía que las bellezas del idilio te harían olvidar los horrores de la trajedia.

—Así debiera ser: pero créeme, son hermanos gemelos el amor y la muerte que engendró un mismo ser inmaterial, el destino: y en igual forma extienden sobre nosotros su inevitable influencia.....

—Vaya, vaya—interrumpió Saldaña—déjate de filosofías: esta noche vendré á buscarte con Tochestón (ya sabes el amigo que conocimos en «*El patio de los micos*») y te llevaremos á un escenario de la vida real donde verás una comedia de un género no cultivado hasta ahora.

—Y qué es ello?

—No adelanto nada: quiero que saborees el placer de la sorpresa.

Despidióse Florencio de mí y habiendo convenido dónde teníamos que reunirnos para asistir al espectáculo prometido, nos encaminamos los tres á las once y media de la noche próximamente, hacia uno de los

barrios nuevos del Madrid de entonces, deteniéndonos ante una casa de grandiosa apariencia.

—¿Me llevais á casa de algún potentado? —pregunté á mis amigos.

—Poderoso es en efecto el afortunado poseedor de este inmueble—contestó Saldaña —pero no es para él nuestra visita sino para la Redacción de un nuevo periódico donde vas á encontrar algunas caras conocidas.

—Un nuevo periódico?

—Sí: se ha fundado durante tu ausencia y apartamiento de la vida pública y nada tiene de extraño que no hayas oído hablar de ello.

—¿Cómo se llama y qué color tiene?

—El nombre puedo decírtelo, ó mejor dicho, puedes leerlo tú mismo en la muestra que tienes delante: en cuanto al color, también será preciso que lo deduzcas de lo que oigas y veas durante nuestra visita y de lo que te diga al salir de aquí. Entremos, porque estamos llamando la atención y no nos conviene ser vistos formando grupo.

—«*El Camaleón!*»—exclamé leyendo un rótulo colocado sobre las rejas de un piso bajo—¡vaya un nombre caprichoso!

—Y significativo—añadió Tochestón—ya verá usted que se ajusta á la idea de su creador como anillo al dedo.

Penetramos en el portal y después de subir los pocos escalones que á la Redacción nos conducían, llegamos á esta cuando el personal debía estar en pleno por cuanto apenas podía darse un paso en aquellas habitaciones.

Acertamos á entrar en el cuadrilongo pasillo que daba vuelta á la casa por el lado opuesto al en que se encontraba la habitación del Director, y debido á esta circunstancia, pudimos pasar revista al personal subalterno antes de llegar al *sancta sanctorum* reservado á los dioses mayores de aquel Olimpo.

Rodeado de dos ó tres jóvenes vestidos de frac y que más bien parecían gomosos que periodistas, estaba uno de los escritores de mayor ingenio y cultura que he conoci-

do; el malogrado Rómulo Paredes, que tenía á su cargo la sección extranjera. Aquella noche estaba de mal humor, porque uno de los distinguidos *golfos* que iban allí á matar el tiempo, le había dedicado una redondilla que, después de dar la vuelta por todas las habitaciones, colocó una mano piadosa sobre su carpeta: la redondilla decía así:

De figura anda tal cual
aunque él con gusto la exhibe:
guisa lo mismo que escribe
y dicen que guisa mal.....

—Buenas noches, Rómulo - dijo Florencio—¿se trabaja?

—Así, así—contestó el interpelado; pero esta noche me cuadra muy mal el nombre de Rómulo.

—Por qué?

—Pues sencillamente porque no puedo sacar alimento alguno lacteoso-literario de estas lobas con gardenia que me sirven de auxiliares.

Penetramos en la habitación contigua donde tres aspirantes á gobernadores disputa-

ban armando un jollín de todos los demonios.

A juzgar por el ruido podía creerse que estaban allí encerrados Minos, Eaque y Rhadamante, los tres disputadores jueces de la Mitología. Y sin embargo nada tenían de terribles aquellos señores que eran, según me dijeron después, Serafín Barbalarga, el primer reporter de guante blanco que tuvo la prensa madrileña: Manolito Perifollos, especialista en crónicas parlamentarias, y Pedro Antoñete, hombre simpático y gran amigote del patrón de aquella balandra.

El motivo de la discusión era importantísimo: se trataba nada menos que de poner en claro dónde era preciso colocar la sección llamada de *Ultima hora*. Perifollos quería que figurase en la primera plana: Antoñete optaba por la segunda, y Barbalarga defendía que el puesto más adecuado era la tercera: como yo no era voto de calidad no me atreví á proponerles, á guisa de transacción, que se eligiera la plana de anuncios.

Seguimos nuestra marcha y tuve ocasión

de estrechar la mano del inteligente y modestísimo Roberto Estevez, á quien había conocido como redactor-jefe de «*La Influencia*» y director más tarde de «*El amigo del pueblo*»; también me fueron presentados Clemente Rojo, el inspirado poeta y aplaudido autor dramático y Ginés del Piamonte, muchacho correctísimo, de educación esmerada, un tanto frío y ceremonioso que, según después he sabido reunía á su laboriosidad é inteligencia, un conocimiento profundo de la historia de España, porque realizó en dicho periódico lo mismo que hicieron los cartagineses en la península ibérica.

Atravesamos un salón grande en el que había un *totum revolutum* de periodistas de segunda fila, *reporters*, niños góticos que iban allí todas las noches á estorbar un poco para darse después tono de croniqueros en los salones cursis y en los camarinos de las tiples de teatros de hora y no pocos desocupados que sirvieron siempre de comparsas al personaje político que dirigía aquel cotarro y que, en el momento histórico de mi

descripción, sostenía en el cuarto del director una disputa muy acalorada que constituyó la nota final de nuestra visita.

Por la puerta entornada comunicante con el salón que acabábamos de atravesar, pudimos seguir en todos sus detalles la discusión comenzada. Mantenían esta el caudillo de aquella mesnada, hombre político enredador y travieso de quien ya hice mención en este relato, y una persona á la que había conocido en el Congreso y que me extrañó muy mucho encontrar en aquella casa.

El *casus belli* era el siguiente: la persona indicada que firmaba sus escritos con el nombre de *Yago*, había mandado el día anterior una revista de la Exposición de Bellas Artes haciendo un juicio crítico de las obras que constituían en ella la sección de escultura.

Figuraba entre éstas una estátua de Alarcón, mamarracho tan estupendo que había desatado las iras de todos los críticos contra el Jurado por haberla admitido en el certámen: como parecía natural, *Yago*, que tenía

justificada su competencia en el asunto, fustigaba sin piedad al verdugo del autor de «*La verdad sospechosa*».

¡Cuál no sería su sorpresa cuando, al corregir las pruebas de su trabajo, se encontró con que las censuras habíanse sustituído por elogios de tal magnitud como no los han alcanzado nunca las maravillosas creaciones de Benlliure, Querol ó Susillo!

Cuando *Yago* entró en el cuarto del director para preguntar quién había realizado semejante fechoría artística, tuvo que habérselas con el amo de «*El Camaleón*», que le contestó en esta forma:

—Yo he mandado cambiar lo que decía usted acerca de la estátua de Alarcón porque no podía tolerarse una cosa semejante.

—¿Y por qué? ¿puede saberse?

—Ya lo creo: como que esa obra es de las mejores de la Exposición y además su autor es hijo de un tabernero, correligionario nuestro y hombre que tiene gran influencia en asuntos electorales.

—¿Pero ha visto usted la estátua?

—No, señor: ni me hace falta; porque he visto una fotografía y con esto me basta para saber que es buena.

—¿Ignora usted acaso que todos los críticos están conformes en censurar al Jurado por haberla admitido?

—Los críticos no saben ustedes una palabra de arte y no dicen más que tonterías.

—Un poquito fuerte es la palabra—respondió Yago tranquilamente—pero como se trata del hijo de un tabernero puede tolerarse. Si á usted le parece retiraremos la revista, ó mejor dicho, la retiro yo porque no quiero que mi firma vaya al pié de lo que usted acaba de calificar de tontería.

Los que estaban en el cuarto del director, amigos de ambos, dieron nuevo curso á la conversación para evitar que esta se agriase y aprovechamos nosotros la oportunidad para saludar al amo de la casa y al director, jóven de talento, simpático y de condiciones envidiables.

Reinaban vientos de fronda aquella noche y empezó muy pronto el desfile, que inició

el patrón acompañado de los acólitos que con él iban á todas partes.

Cuando éste hubo salido Yago, que por lo visto no había tragado la píldora, dijo á sus amigos y á los que pudieron oirle:

—Me he contentado con decir lo que he dicho, porque este hombre goza de una impunidad tan poco envidiable, que el tomar otro camino equivale á ponerse en ridículo.

Salimos también al poco rato Saldaña, Tochestón y yo, y al preguntarles cómo se había organizado aquella empresa periodística de tan rara catadura, habló en esta forma el segundo de mis citados amigos:

—No debe usted ignorar á estas fechas que el organizador de lo que acaba usted de ver es un hombre que no duerme con tranquilidad el día en que no inventa un nuevo desatino.

Hace pocos meses logró que su jefe patrocinase la idea de fundar un periódico poniendo á contribución los bolsillos de las personas más influyentes y adineradas del partido. Se reunieron unos cuantos miles de

duros y empezó el desbarajuste más grande que puede usted imaginarse.

Se alquiló el cuarto que acaba usted de ver atestándole con muebles tan apropiados para las oficinas de un periódico, como unas antiparras á un besugo.

Se encargó de la compra de máquinas un señor que en la vida se las había visto más gordas y el resultado se recomienda con solo decir á usted que la mayor parte de los días se tiene que tirar el periódico á última hora en cualquier imprenta donde se llevan los moldes siendo un milagro que no salgan siempre empastelados.

La primera lista de redactores que se hizo para «*El Camaleón*», tenía más de 120 nombres y á duras penas pudo reducirse á 50 porque cada accionista imponía un niño gótico para que jugase al periodismo.

El primer número de «*El Camaleón*» anunciado con bombo y platillos, fué el buñuelo más grande que se ha confeccionado en este género y todavía se ríen en las redacciones de los diarios madrileños de aque-

lla caricatura de un periódico extranjero al que se trataba de imitar en la confección y en los detalles.

Ahora el periódico pasa completamente desapercibido y los buenos periodistas que en él escriben por necesidad ó por compromiso, reniegan en una ú otra forma de la paternidad de sus artículos.

Así terminó nuestra visita á la casa solariega de «*El Camaleón*», que ha pasado después, según he oido decir, por muchas vicisitudes.

En primer término, surgieron dificultades financieras y el fundador, que, sea dicho de paso, había seguido el ejemplo del capitán Araña en lo de la suscripción de acciones, dijo «ahí queda eso» y se nombró un sindicato que fué bautizado burlescamente con el nombre de «Comité de salud pública».

Componíase este Comité grotesco de cinco indivíduos por el órden siguiente: un parlanchín financiero autor después de un tratado de aritmética que se titula: «Método fácil y seguro para convertir los quebrados

en enteros»; un posma de cartel, consagrado en plena Cámara por el superior gerárquico con esta frase que fué coreada con hilaridad unánime: «El zeñó Latisbury vá á ezplicá el azunto latamente»; un usurero de provincia conquistador de altos puestos por medio de la aclimatación de catatúas; una «lechuza del oscurantismo», como dice el edil de la zarzuela *«El monaguillo»*, convertida (la lechuza, no el edil ni el monaguillo) en personaje merced á la flexibilidad de la dorsal espina, y, por último, actuando de presidente del sindicato, el hombre en quien la calumnia, la ingratitud y la pasión política se han cebado con mayor sinrazón y con más notoria injusticia y para el que solamente encuentro un reproche que á estas horas habrá él formulado contra sí mismo en el fondo de su conciencia, es á saber, que le faltó el valor de agarrarse en cierta ocasión á las columnas del templo para que pereciera Samsón con todos los filisteos.

¡Qué cosas más raras suceden en la política española!

Desde este retiro, al que me condujeron las implacables injusticias de la suerte, he presenciado enormidades tan grandes como por ejemplo la de ver á ese hombre, que nunca prevaricó en lo más mínimo, vilipendiado por otro que no hizo en su vida otra cosa que proteger ladrones y bandidos; á la opinión pública quemando incienso ante un Moisés de relumbrón que había roto las tablas de la ley desde hace mucho tiempo: y es que el pueblo español no se convencerá nunca de una cosa bien sencilla por cierto, á saber, que los hombres honrados solamente lo son hasta que dejan de serlo.

Para terminar esta digresión diré á usted que, según tengo entendido, de «*El Camaleón*» no queda ya rastro siquiera porque ha cambiado de casa, de constitución, de color político y hasta de nombre, dirigiéndole hoy una de las glorias verdaderas del periodismo español.



IX

JARDÍN SECRETO

Una contrariedad nueva vino á sumarse con las que, cual bandada de aves de mal agüero, revoloteaban en torno de mi existencia.

En carta lacónica, desprovista de razonamientos pero abundante en frases que demostraban una resolución firme, anunciábame mi hermana única su deliberado propósito de ingresar en el monasterio de las Huelgas, donde pensaba consagrar el resto de sus días á la oración y al recogimiento.

En vano traté de disuadirla: una tenacidad incomprensible fué dique inquebrantable contra el que se estrellaban mis súplicas y

mis argumentos. Amores contrariados; desilusiones arraigadas profundamente en el ascetismo exagerado que se deriva de la constante práctica religiosa; deformación natural de la facultad de pensar aprisionada en los estrechos límites de la vida de provincia; y ¡quién sabe! si el cultivo impropio de esa planta delicada que se llama «la conciencia» para la que es tan nocivo el acidulado abono de la impiedad como el pletórico riego del fanatismo; todo esto desarrollaba una fuerza mística, que no era posible vencer y ante la que no hubo más remedio que rendirse.

Y asistí por segunda vez en Burgos á una fúnebre ceremonia.

¡Sarcasmo terrible! Una mañana espléndida; una mujer hermosa vistiendo el traje de desposada; las campanas del monasterio de las Huelgas tratando de modular las notas del canto sublime «*Ad regias Agni dapes*»; el cortejo nupcial atravesando la nave de la iglesia, mientras que entonaban las vírgenes del Señor el cántico inspirado en la frase de Santa Teresa de Jesús, «*muero porque no*

muero»; la misa solemne con su magnífica acción de gracias al Dios de las alturas..... y de pronto el lúgubre acento del *«De profundis clamavi ad te Dómine»* acompañado por la magestad terrible de los trémolos que dejaban escapar los grandes tubos del órgano... y luego el sudario; la imprecación del *«Libera»;* el paño mortuorio franjeado de plata, la mutilación del alma y del cuerpo y, por fin, el *«Requiescat in pace»*, verdadero *lasciate ogni speranza* frase de doble sentido que, puesta en caracteres transparentes sobre las rejas de un monasterio, es para los de adentro y para los de afuera versículo de la ley moral de las propias convicciones.

¿Qué me quedaba?

La política con sus infecundas agitaciones, sus asechanzas rufianescas, sus derroteros peligrosos, sus éxitos de fantasmagoría, sus traiciones disfrazadas de lealtades, sus condescendencias ingertas en servilismo, y como resultado final, como aspiración suprema, lo que un ingenioso escritor llamaba «el genio de un instante»... Para mí, sin em-

bargo, la política representaba á la sazón una embriaguez que venía á ser necesidad del pensamiento.

Y después para contrarrestar estas emociones bastardas, para establecer un contraste encantador entre la sensación brutal que atrofia las fibras de la delicadeza y la voluptuosidad divina que produce esa ideal endosmosis que un psicólogo francés ha llamado la *transubstanciación* del hombre á la mujer y de la mujer al hombre, quedábame el amor de Isolda que llenaba todo mi ser y que era para mí una grandiosa y *casi santa religión humana*.

Establecido un pacto entre nosotros: admitido el plazo que mi sumisión no podía rehusar (si bien quedábame el recurso de emplear cuantos medios estuvieran á mi alcance para acortarlo), menudearon mis visitas á Isolda aun cuando nuestra proyectada unión no fué anunciada al son de trompetas.

Nuestras conversaciones giraban en torno del arte y de la literatura. . .

¡Qué excursiones tan interesantes pudo

realizar mi afán explorador en el alma de Isolda!

Aquella mujer aparecía ante mis ojos como recuerdo encantador de aquel pueblo artista por excelencia, de aquella Grecia sublime que, para los amantes de lo bello, será siempre estátua colosal de la belleza artística tallada por el cincel del genio en el mármol de la inmortalidad y cuya frente se halla rodeada de esa aureola de luz, inspiración y poesía, faro magnífico que arroja sus destellos en la planicie inmensa de la humanidad.

Isolda hablaba de literatura con una sencillez asombrosa.

—He tenido la curiosidad de leer mucho —me decía—para buscar en el idealismo una revancha á la ausencia de ideal que me había deparado la suerte: y en el materialismo, naturalismo ó bestialismo, la egida ó armadura que puede construirse para proteger la pureza, fundiendo en el crisol de la voluntad los propios materiales de que se compone la impureza.

Los clásicos de todos los países, lo mismo

que los autores modernos, eran familiares á su imaginación y á su memoria sin que en sus apreciaciones ó juicios pudiera notarse ese aire pedantesco que suelen darse las mari-sabidas de nuestra época.

Nuestras disertaciones literarias tenían un encanto irresistible.

Cervantes y Shakespeare ocupaban el lugar preferente de nuestros gustos: aquel como evangelista de la humanidad y éste como único conocedor del corazón humano. Byron recitando los versos de Homero en las ruinas de la Acrópolis de Athenas, nos inspiraba el mismo entusiasmo que Tirso ó Calderón sentando los reales para hacer del arte dramático una institución imperecedera. Víctor Hugo y el Duque de Rivas nos aparecían llevando el estandarte del drama romántico moderno: Don Alvaro maldiciendo á la humanidad desde lo alto de la roca, era la figura gemela de Ruy Blas arrebatando la espada á Don Salustio y exclamando con el acento del angel del apocalipsis: «creo que acabáis de insultar á la reina». Y luego Gar-

cía Gutierrez con su «Trovador» delicioso, su conmovedor «Juan Lorenzo» y su ideal «Crisálida y mariposa», y por fin Ayala haciendo de su colosal «*Tanto por ciento*» la línea divisoria entre el romanticismo que muere y el naturalismo que nace, siendo lumbreras de este último, Echegaray, Sellés, Leopoldo Cano, Guimerá, el malogrado Feliú y Codina y otros varios.

Para demostrar, en una palabra, la precisión de juicio de aquella mujer, recuerdo que habiéndome fijado en la frase que un filósofo moderno construye en esta forma: «consiste el placer del amor en amar: y es mayor la felicidad que produce la pasión que se siente que la que se inspira»..... exclamó Isolda:

—Ese filósofo, cuyo nombre renuncio á conocer, no sabe lo que se dice: lo mismo el hombre que la mujer viven más del amor que inspiran que de aquel que sienten, y la demostración es bien sencilla. Dios, que es la fuente del amor mismo, sufrió muerte y pasión para inspirar amor al género humano!

Y era verdad: mi pasión, inmensa, subli-

me, avasalladora, palidecía ante mi afán insaciable de ser amado!

El jardín secreto de Isolda contenía todos los encantos de la naturaleza.

Isolda se vanagloriaba de leer todo libro que caía en sus manos, y cuando álguien se permitía en su presencia criticar esta costumbre, solía recordar la frase de Vacquerie cuando dice que «la educación literaria es la única claraboya por donde entra un poco de ideal en el cráneo de la muchedumbre».

Las obras de Jorge Manrique, del romancero, de Ercilla, de Fray Luis de León, de los Argensolas, de Mariana y otros poetas españoles, como también las de nuestros novelistas modernos Pereda, Galdós, Valera, Palacio Valdés, Alarcón, Fernán Caballero y otros éranle familiares, teniendo para cada uno de ellos una frase que daba á entender la serenidad de juicio y el gusto literario formado sin prevención alguna y prescindiendo de esos apasionamientos que son tan frecuentes en la mujer que rechaza toda dis-

cusión ó criterio que no sea producto de sus propias impresiones.

Pocas personas podían aventajar á Isolda en el conocimiento de la literatura extranjera y era un encanto oir cómo juzgaba con una frase á los autores que reinan como dueños absolutos en Francia y en otras partes.

Conociendo á fondo las obras de cada uno, citaba las que merecían su predilección con una frase que era casi una crítica.

De Octave Feuillet su magistral *Monsieur de Camors* y su delicadísima producción *Les amours de Philippe:* de Alejandro Dumas (hijo) su *Affaire Clemenceau* y su *Dame aux Camelias:* de A. Belot *L' article 47* y *La femme de feu:* de Ch. Merouvel *Haine et amour* y *La vertu de l' abbé Mirande: Cruel enigme* de Paul Bourget: *Las poesías* y *Le vie et la mort d' un clown* de Catulle Mendes: *Pecheur d' Islande* y *Madame Crisantheme* de Pierre Lottie: «*Conscience*» y «*Justice*» de Hector Malot: «*Sésame*» de J. Madelcine: «*Lettres de femmes*» y «*L' automne d' une femme*» de Marcel Prevost: «*Triomphe de le*

mort» y *«L' enfant de volupté»* de D' Annunzio: *«Fromont jeune et Reiler ainé»* y *«Sapho»* de Alphonse Daudet: *«Les demi-sexes»* de Jane de la Vaudere y otras obras de Brulat, Hervieu, Rosny y otros tantos autores que para muchos son desconocidos en España.

X

EL GRAN GALEOTO

Había sacrificado Isolda todas sus diversiones al luto que me imponían los deberes sociales: dicho se está que también había yo renunciado á los placeres mundanos y que, como dejo dicho, repartíase mi existencia entre la dulce calma que gozaba al lado de la que había de ser mi esposa y las emociones pasajeras de la vida política.

Continuaba siendo indefinida mi actitud en la Cámara y alguna satisfacción me producía el espíritu de independencia que informaba mis actos aun cuando hubiera declarado enfáticamente en distintas ocasiones un señor licenciado de estadista que: «las fuer-

zas políticas en estado de dispersión son cantidades negativas para la ecuación parlamentaria».....

Verdad es que ese mónstruo de erudición y de soberbia demostró, al pasar á mejor vida, que se había equivocado, no en una, sino en distintas ocasiones y que al abrirse el testamento de los grandes hombres, es cuando se enteran los pueblos de su propia ruina.

¡Quién sabe si el autor de un diccionario enciclopédico en el siglo XX se atreverá á reunir en un solo grupo estas cuatro fechas: Las idus de Marzo: el 9 Thermidor: 14 de Abril de 1865 y 8 de Agosto de 1897!

Después de la sesión en que se discutió mi acta de diputado, tomé parte en algunos debates mereciendo de mis compañeros la deferencia de ser nombrado para formar parte de muchas é importantes comisiones.

Habíame llamado la atención, sin que por ello le atribuyera excesiva importancia, que un diputado llamado Morianeja, demostrase cierta hostilidad al discutir conmigo asuntos

de interés local ó de los que constituyen el tema corriente de los debates parlamentarios.

Recuerdo que una tarde, al final de una polémica en que por habérseme arrancado el tal Morianeja en forma algo destemplada, le apliqué el correspondiente correctivo mereciendo por ello los aplausos de la Cámara, pregunté á mi amigo Guillermo Tochestón que había presenciado el debate:

—¿Qué le pasa á ese majadero que me busca siempre las vueltas para lograr que le dé con la badila en los nudillos?

—No le haga usted caso:—me contestó Guillermo—ese es una especie de Tybaldo para quien han tenido altura desmesurada los muros del jardín de Julieta: nada tiene de extraño que ejercite el derecho del pataleo.

No volví á ocuparme de este incidente ni tampoco creí oportuno hacer mención de él al hablar con Isolda obedeciendo á un sentimiento de delicadeza tan natural como legítimo.

Los hechos más insignificantes suelen ejer-

cer influencia decisiva en nuestro porvenir: la tan manoseada y vulgarísima frase del *«grano de arena»*, tiene su demostración á cada instante viniendo á estrellarse contra la valla de lo trivial, el impulso formidable de los espíritus fuertes.

¡Quién sabe, si obedeciendo á la curiosidad elemental que en mí despertaba la actitud de Morianeja, hubiese llamado la atención de Isolda, diérame ésta una explicación *á priori* que hubiera conjurado el conflicto terrible que debían producir después asociándose fatalmente la imprudencia, la obcecación y el arrebato.

Hemos llegado al hecho culminante de mi historia; al que debía ejercer en mi vida su fatal influencia parecida en un todo á la que trocó al filósofo Danés en ángel exterminador de la venganza y á Don Alvaro el indiano, en montón informe de carne humana despedazada por los salientes de la cortadura que, en las inmediaciones de Hornachuelo, se conoce todavía por el nombre de *«El salto del fraile»*.

Era una tarde en los primeros días del mes de Mayo. Discutíase un importante proyecto de ley figurando mi nombre en la comisión que había emitido dictámen. La Cámara estaba de bote en bote porque se había anunciado que intervendrían en el debate los primeros espadas de la oposición y el jefe del Gobierno; habíase insinuado en la prensa que habría emociones fuertes y estaban las tribunas atestadas de ese público distinguido que tiene especial avidéz para atracarse de carne de escándalo.

Manifestóme Isolda el deseo de asistir á la sesión y tanto ella como sus amigas las señoras de Gonfé, fueron instaladas por mí en la primera fila de la tribuna de la Presidencia.

Nadie esperaba emociones de ninguna clase al comienzo de la sesión y hasta Isolda me había dicho en tono de broma:

—Iré temprano para ver cómo te portas en el fuego de guerrillas.

Y sin embargo, en las escaramuzas preliminares estalló la bomba que había de producir sensación aquella tarde.

Morianeja, que se sentaba en los bancos de la oposición, levantóse para consumir reglamentariamente un turno en contra del dictámen y el presidente de la comisión me dijo como la cosa más natural del mundo:

—Moncelez, tome usted notas y conteste á ese buen señor, pero no se extienda usted mucho para que entremos pronto en el fondo del debate.

Levanté el pupitre para cumplir el encargo que se me había confiado y empezó Morianeja su discurso.

Una alusión un tanto agresiva y extemporánea respecto á la persona que iba á contestarle, me obligó á levantar la cabeza y apareció ante mi vista el semblante de Isolda pálido, descompuesto, fijando una mirada llena de ódio reconcentrado ó de terror sombrío en la figura de Morianeja que acompañaba con gestos exagerados su peroración cuyos tonos de violencia habían logrado despertar el interés de la Cámara y de las tribunas.

Y como si la fatalidad hubiera dispuesto

de antemano todas las peripecias del drama que iba á representarse, llegaron á mis oídos estas palabras que cambiaban en voz baja, pero en tono claro y distinto, dos diputados que se sentaban á espaldas del banco ocupado por mí en aquel instante:

—¿Quién es aquella hermosísima mujer qne está en la tribuna de la Presidencia y que parece tomar interés tan grande en el debate?

—¿Cuál de ellas?

—La que lleva un sombrero estilo Directorio con plumas negras.

—¿No la conoce usted? Es la viuda de Oldunas: la bella Isolda: la querida de Morianeja, del orador que hace uso de la pala bra en este instante.

—¿Es verdad eso?

—Ya lo creo: pregúnteselo usted á él mismo, que lo cuenta á todo aquel que quiere oirlo.

—Quizás esa fuese una razón para dudarlo.

—Mire usted cómo tiene clavada en él la vista: parece que se lo quiere comer mirándole..... Además parece que son muchas las personas que aseguran haberle visto salir de casa de la bella por la mañana.....

—En efecto, tiene usted razón: no se mira de ese modo sino á un hombre á quien se adora ó á quien se aborrece.

—El caso es igual: las mujeres no aborrecen sino después de haber amado con locura . . . .

. . . .

Renuncio á describir el efecto que me causaron las palabras que, cual sentencia de muerte, acababan de sonar en mis oídos: crispóse mi mano haciendo añicos la pluma que tenía entre mis dedos: rojiza nube pasó ante mi vista y cual fantásticas visiones, aparecieron danzando en aquel fondo siniestro las siluetas de Isolda y Morianeja haciendo contorsiones ridículas acompañadas de gestos lascivos.

No sé cuánto tiempo hubiera durado aquel vértigo doloroso, si la voz del presi-

dente de la Cámara no hubiese pronunciado las palabras sacramentales:

—Tiene la palabra la Comisión.

Sacudióme el brazo ligeramente uno de mis compañeros diciéndome:

—Moncelez: acaban de dar á usted la palabra.

Pasé la mano por mi frente como si quisiera sacudir una pesadilla, y me levanté para contestar á Morianeja.

Impreso está en el «Diario de las Sesiones» mi discurso de aquella tarde.

Puedo asegurarle que no quedaron defraudadas las esperanzas del público que había ido allí en busca de un escándalo.

El tono violento, agresivo y brutal de mi réplica, empezó por imponer el silencio que ha dado en llamarse «de las grandes solemnidades»: los veteranos en las lides del Parlamento comprendieron al instante que allí se debatía algo mucho más grave que el dictámen de un proyecto de ley y uno de ellos cuya autoridad era indiscutible, acercóse á la Presidencia para que cortase la discusión

en cuanto hubiera oportunidad para verificarlo.

El presidente me interrumpió para dirigirme una observación amistosa que quizás hubiera conseguido calmarme; pero aprovechando aquella circunstancia, me invectivó Morianeja en tal forma, que desconociendo la autoridad del presidente y loco de fúria, salieron de mis lábios palabras de tal gravedad que, llamado al órden por la Presidencia y obligado á sentarme, fué suspendida la discusión, se desalojaron las tribunas y pasó á reunirse en sesión secreta la Cámara para resolver el incidente.

Hubo un intermedio entre la sesión pública y la sesión secreta.

Salió Morianeja al pasillo semicircular deteniéndose con dos ó tres de sus amigos junto al local donde está situada la estafeta de correos.

Salí yo también y cogiendo el brazo de Guillermo Tochestón que se me había acercado, le dije antes de que pudiera decirme una palabra:

—Venga usted conmigo.

Entré como una tromba donde estaba Morianeja y encarándome con él, hablé en estos términos:

—Supongo que no será usted tan cobarde y tan miserable que entre en el terreno de las explicaciones que vá á exigir la Presidencia invocando el decoro de la Cámara.....

—Las palabras de usted no pueden ofenderme—dijo Morianeja sonriéndose.

—¿Por qué?—pregunté tranquilamente y recobrando mi sangre fría.

—Porque es disculpable la cólera de Des Grieux al enterarse de las infidelidades de Manón.

Escuchar aquellas palabras y arrojarme como un tigre sobre Morianeja, fué obra de un instante.

Le abofeteé á mi sabor aprovechando el primer instante y cuando los que nos rodeaban nos sujetaron, aún pude escupirle en la cara delante de cuarenta ó cincuenta personas.

Enterado el presidente de la Cámara de

lo ocurrido, nos llamó separadamente á su despacho para exigirnos, en cumplimiento de su deber, nuestra palabra de honor de que el hecho no tendría consecuencias.

Yo no sé lo que Morianeja contestaría: por mi parte, después de rogar á la dignísima persona que tan alto puesto ocupaba perdonase mi arrebato asegurándole que una causa gravísima me había hecho incurrir en tan enorme falta, me negué á prestar el juramento que se me exigía aun cuando estaba dispuesto á ponerme á su disposición en cuanto se tratase en sesión secreta de las injurias proferidas por mí en la sesión pública para que no sufrieran menoscabo los fueros del Parlamento.

Verificóse la sesión secreta á la que, por consejo de sus amigos, no asistió Morianeja.

Púseme á las órdenes del presidente para que constase mi explicación á la Cámara (no á Morianeja) por las palabras pronunciadas en lo que no tuve inconveniente porque sabía muy bien que para la cuestión personal, tenían prioridad las vías de hecho.

Terminada la sesión secreta y en el momento en que, acompañado de Tochestón, me disponía á salir del edificio, se me acercaron los diputados señores M... y T... manifestándome que habían sido designados por Morianeja para ventilar la cuestión y me rogaban designase las personas que con ellos tenían que entenderse.

—Mis padrinos—contesté con la mayor cortesía á dichos señores—estarán en el lugar que ustedes se sirvan indicarme, dentro de una hora.

—Son las seis - dijo M... - si á usted le parece á las ocho nos reuniremos en mi casa cuyas señas constan en esta tarjeta.

—A las ocho en punto recibirán ustedes la visita de mis representantes—añadí tomando la tarjeta del señor M...—y doy á ustedes mil gracias por la prontitud que han demostrado en el desempeño de su misión adelantándose á mis deseos.

Guillermo Tochestón se había separado un poco mientras hablaba con los señores M... y T...: cuando éstos se marcharon le

puse al corriente de lo que ocurría preguntándole si quería honrarme encargándose con Florencio Saldaña de dar al asunto la solución correspondiente.

—Ni que pensar tiene—contestó Guillermo estrechándome la mano—para estas ocasiones son los amigos y «á la recíproca» como suele decirse.

Tomamos un coche y nos fuimos en busca de Saldaña á quien encontramos en el Casino donde ya se tenía noticia del suceso.

Como Tochestón había presenciado todos los incidentes, no hubo necesidad de explicación alguna: además, habiendo sido el agresor, no podía haber discusión posible debiendo aceptar mis padrinos las condiciones de la parte contraria.

—Véte á tu casa y espéranos allí—dijo Florencio—en cuanto termine nuestra conferencia, iremos á darte cuenta del resultado.

—No pongais dificultades de ningún género: acelerad todos los trámites y que el

lance se verifique, á ser posible, mañana al amanecer.

Estas fueron mis únicas instrucciones.

———

XI

VELANDO LAS ARMAS

Renuncio á describir el escándalo producido por los hechos que acabo de relatar.

La prensa sobre todo, esa palanca poderosa que, según afirma un escritor moderno, «consagra ó destruye las reputaciones repartiendo caprichosamente el laurel de la gloria ó el baldón de la infamia», encargóse de propalar las noticias comentando los hechos según los informes ó fantasías de los informadores, pero tratándome con respeto y deferencia que nunca agradeceré bastante porque mi imparcialidad me obliga á reconocer que, salvo contadas y poco importantes excepciones, todos los comentarios estuvieron en aquella ocasión á favor mío.

Retiréme á mi casa engolfándome en la lectura de los periódicos de la noche que daban todos los detalles de la sesión parlamentaria y del escandaloso suceso, que había motivado la intervención del presidente de la Cámara. Como dejo dicho, casi todos los periódicos hacían comentarios que me eran favorables, pero mi inquietud era grandísima porque á cada instante temía ver surgir el nombre de Isolda en aquellos relatos hechos á la ligera y preñados de detalles que revelaban el afán de los *reporters* para alcanzar el primer premio en aquel verdadero *steeple-chase* de información periodística.

Afortunadamente ninguno había logrado adivinar la verdadera causa de aquel incidente que teniendo por prólogo una de esas discusiones parlamentarias verdaderas obras de arte de farsa y de convencionalismo modeladas por la mano de algún bufón ó juglar del teatro clásico, iba á tener por epílogo una escena trágica, porque hasta los más excépticos ó confiados habían podido adivinar, por los hechos ocurridos, que

el desenlace tenía que ser terrible y sangriento.

A las diez de la noche llegaron mis padrinos para leerme el acta que contenía las condiciones del encuentro.

—Te bates—dijo Florencio con voz tranquila—mañana á las ocho de la mañana, á pistola, á 25 pasos avanzando cinco pasos cada uno y haciendo fuego á voluntad dentro del espacio de tiempo de 30 segundos: el que dispare primero, tiene que esperar en el sitio en que descargue su arma el fuego del contrario que puede avanzar los cinco pasos convenidos.

—Como nadie ignora que es usted un tirador de primera fuerza al arma blanca—añadió Guillermo—claro está que teniendo Morianeja la elección de armas, ha exigido la pistola. Nuestra discusión ha sido breve y una de las pocas ventajas que hemos podido recabar ha sido la «*guardia libre*».

—No sé cómo agradecer á usted tantas bondades—dije á este último—porque el

cariño que profeso á Florencio me dispensa de todo género de protestas.

—A título de revancha—replicó Guillermo—y puede usted estar seguro de que yo soy el favorecido porque con un hombre de corazón como lo es usted, es muy honroso y conveniente pactar esta clase de deudas. Ahora me permitirá usted que le abandone porque tengo gran empeño en que el lance se lleve á efecto en el campamento de Carabanchel donde tendremos la garantía de los militares para que nadie nos estorbe; y con el objeto de lograr mi propósito, voy á ver al capitán general de cuya amistad y culto exagerado á la religión del honor, me propongo conseguir que haga la vista gorda y nos permita campar por nuestro respeto. Además, añadió dirigiéndome una mirada significativa, desde el campamento podemos disponer de teléfono especial por si fuese necesario trasmitir á Madrid alguna noticia tranquilizadora ó alarmante.

—Gracias, amigos míos—contesté conmovido—casi desea uno que surjan cuestio-

nes de esta naturaleza para que los excépticos se convenzan de que no es la amistad una palabra como otras muchas.

—Nos retiramos – dijo Florencio con voz temblona—vendremos á buscarte á las siete de la mañana: he avisado á Enrique Ildañeta porque sé que es tu médico favorito: ha aceptado el encargo con mil amores porque abriga la confianza de que no se verá precisado á desenfundar sus instrumentos quirúrgicos.

—Duerma usted tranquilamente—añadió Guillermo estrechándome con fuerza la mano —y hasta mañana.

Marcháronse mis amigos y me quedé á solas con mi conciencia.

La excitación nerviosa que había mantenido en tensión constante las fibras todas de mi organismo, empezó á ceder paulatinamente y se impuso la facultad del raciocinio recabando su autoridad indiscutible para dar su fallo en aquel pleito que, desde el instante en que el fuego que irradiaban los ojos de Isolda elevó la tensión de mis celos hasta el grado de la violencia, había yo entablado

conmigo mismo puesto que el cruel enigma, el hado funesto que extiende sus alas de sombrío plumaje sobre la existencia humana, me imponía el deber ineludible de rasgar los velos de la vacilación y del mentido respeto á deleznables conveniencias, para abordar de frente el peligro formulando el clásico *«alea jacta est»* de las supremas decisiones.

Me senté frente á la mesa de mi despacho y cediendo á esa laxitud que se apodera del cuerpo cuando la mente cesa de elaborar ideas que, cual mazos invisibles golpean sobre las tendidas cuerdas de nuestra sensibilidad, cedí á esa vulgar intuición que nos lleva *á poner en órden nuestros asuntos* cuando nos amenaza algún peligro: pero estaba escrito que en aquel día no me era dado codearme en forma alguna con la prosa de la vida, porque apenas mi mano había cogido la pluma para trazar sobre el papel algunas líneas, cuando repiqueteó con fuerza la campanilla del timbre de la antesala, se abrió la puerta principal, oyóse la voz de mi criado

que, sorprendido formulaba una negativa poco convincente y cuando me disponía á salir para averiguar lo que ocurría, entró en el despacho una mujer vestida de negro que, despojándose de una capa que llevaba sobre sus hombros y de un velo que cubría su artística cabeza, presentó ante mis ojos la encantadora figura de Isolda.

—¿Tú aquí? — exclamé contemplando aquella visión peregrina modelo acabado de la imágen que estaba impresa en mi alma.

—No debe extrañarte mi visita y debías esperarme si abrigas el convencimiento de que tu alma es gemela de la mía.

—¿Pero á qué vienes?

—A saber de tu boca lo que ocurre porque no quiero saber más noticias que las que procedan del verdadero orígen. Para apagar la sed por completo, es preciso aplicar los lábios á la cortadura abierta en la roca donde nace el manantial que se alimenta con las filtraciones que bajan desde lo alto de la sierra.

—¿Qué quieres saber?

—Todo: los detalles de tu altercado con Morianeja, las condiciones del combate, la hora, armas y lugar para el encuentro, y por último las probabilidades que tienes de salir vencedor en la contienda.

—Cálmate; te lo ruego.....

—No vengo á restar energías á tu alma anegando tu valor con lágrimas y suspiros inútiles: por el contrario vengo quizás á darte alientos para que se disipe la niebla que envuelve tu pensamiento..... No me interrumpas y habla, que después hablaré yo.

Lo confieso ingénuamente: subyugado por aquella serenidad maravillosa y por aquella energía incomparable, cedí á la fascinación que había sido causa de todos mis actos anteriores y procurando ajustar mis palabras á la exactitud completa, referí lo ocurrido en el pasillo del Congreso, las instrucciones que había dado á mis padrinos y por último lo que éstos acababan de comunicarme momentos antes de la llegada de Isolda.

Durante mi relato ambos permanecimos de pié recostándose mi interlocutora en el

mármol de la chimenea para observar sin duda las impresiones que acusaba mi semblante inundado plenamente por la luz de la lámpara.

Cuando hube cesado de hablar, adelantóse Isolda y poniendo ambas manos sobre mis hombros, me preguntó con acento reposado pero marcando fuertemente las palabras:

—¿Por qué has provocado á Morianeja?

—Porque en la discusión que habíamos tenido en el salón de sesiones me había dirigido palabras mortificantes.....

—¡Mientes!—exclamó Isolda con fuerza.

—Mira lo que dices.....

—Mientes! repito y repetiré una y mil veces..... le has provocado porque te mordían el corazón unos celos ridículos.....

No pude contenerme por más tiempo: sujeté con mis dos manos las muñecas de aquella mujer que me había enloquecido hasta el punto de arrojar en el brasero de mi pasión insensata todo, hasta el honor y la vida, y cual si escupiera en su rostro toda

la hiel que destilaban las glándulas de mi infortunio, exclamé:

—He provocado á Morianeja y mañana le mataré ó me dejará muerto en el terreno, porque eres su querida.

—¿Quién afirma eso?

—El y todo el mundo....

—¿A qué llamas todo el mundo?

—A la opinión pública; á los que te han visto salir de su casa á horas desusadas, mientras que á mí, á quien has fingido amor hasta volverme loco, jamás me hiciste la limosna de una caricia entreteniéndome siempre con enigmáticas supercherías.

—¿Eres capaz de jurar por la memoria de tu madre, por la salvación de tu alma, en este momento en que quizás estés próximo de comparecer ante el Juez Supremo, de que crees firmemente lo que dices? Habla, Tristán, te lo ruego, porque de tu respuesta depende lo que tú mismo no puedes imaginarte.

Tal era el acento con que fueron pronunciadas estas palabras, que mis lábios no pu-

dieron modular una respuesta, limitándome á contemplar á aquella mujer con el intento de leer á través de su frente hermosa el secreto que encerraba su alma.

Al notar mi silencio, exclamó Isolda con un acento lleno á la par que de dulzura, de infinita tristeza:

—Callas!..... luego dudas: y si dudas, no creerás nunca ni una sola palabra de lo que acabas de decir.

—Y crees tú que se puede vivir con el alma saturada por la hiel de la incertidumbre, con el pensamiento envuelto en las nieblas de la duda y con el corazón agarrotado por el dogal terrible de los celos?

—No: y por eso he venido aquí esta noche: para decirte la verdad: para descifrar ante tus ojos el enigma de mi existencia: para que mañana cuando te encuentres en el campo del honor con Morianeja, sepas que está enfrente de tí un miserable, un villano, un rufián, un bandido..... pero no el amante de Isolda, de la mujer que no ha querido ni querrá á nadie mas que á Tristán en esta

vida y en la otra..... ¿También de esto dudas? ¿No es verdad?..... ¡Sea!..... Ya que hasta los espíritus fuertes de esta generación son juguetes del espejismo engañador de las mentiras sociales, venga, no la luz del día que es sombra para los ciegos de alma y de cuerpo, sino ese torrente luminoso que emana del astro-rey de la verdad y ante el cual huyen despavoridas las huestes de gnomos jorobados y contrahechos que acompañan al caudillo de las tinieblas!

Escúchame y comprenderás cómo, en este coso estrecho y mezquino de las miserias humanas, es desigual y desconsoladora la lucha del alma inmortal con el implacable mantenedor de los decretos del Destino!!!...

XII

ALMAS GEMELAS

Ante aquella actitud gallarda, sublime, arrebatadora; al escuchar aquel acento que nada tenía de humano y que vibraba en mi oído como armoniosa y celeste melodía dibujada en el azul pentágrama del firmamento por la agrupación caprichosa de los astros y mundos que flotan en el espacio é interpretada por los coros de ángeles y querubines que rodean al trono de Dios, víme obligado á escuchar la narración que aquella mujer me imponía en virtud del derecho que reside en la mano del más fuerte y este es siempre aquel que posee la convicción, no el que

deja flotar su pensamiento en las regiones de la duda.

Caí anonadado en un sillón mientras que Isolda permanecía en pié dominándome con el fuego de su mirada que tenía para mí reflejos aún mucho más deslumbradores que los que la tradición atribuye á la espada del ángel del Apocalipsis.

Habla Isolda.

—Conoces mi historia, en todos sus detalles, hasta mi casamiento, hasta mi viudéz; esto lo conoce todo el mundo porque está escrito en las páginas triviales y vulgarísimas de la vida de pueblico y en los archivos de notarios y párrocos de provincia, donde la disciplina mundana impone que tengan sanción legal y apostólica las codicias usurarias de los padres, *galeotadas* por los apetitos libidinosos de los hijos.

Mi marido se apoderó de mi dote; nos vinimos á Madrid donde seguí siendo la hembra del hombre sin que la ley que rige á la naturaleza me permitiera gozar de las delicias de ese consolador artículo que se llama

«la maternidad» y las tocas de la viudéz prendiéronse en mis cabellos con la misma inconsciencia que pocos meses antes prendíanse los pliegues blanquecinos del velo de desposada y el ramo de azahar emblema de una virginidad perdida en borrasca desastrosa cuyos anillos giraban en vertiginoso movimiento, teniendo por auxiliares la pasividad de la ignorancia y el asqueroso y brutal esfuerzo de la concupiscencia.

Los parientes de mi marido no podían consolarse, como la Calipso de la leyenda, de que viuda y sin hijos pudiera yo disfrutar de las únicas ventajas materiales de mi matrimonio.

Aquellos honrados caballeros no creían que mi prostitución legal era bastante á justificar los beneficios estipulados en las cartas dotales.

Las leyes españolas que, sea dicho de paso parece que están redactadas en beneficio de bandidos y rufianes, ofrecían cierto márgen para el litigio y los deudos de mi *amante legal* pusiéronme pleito con la espe-

ranza de que mi inexperiencia ó mi dejadéz me conducirían á pactar una transacción que les permitiera salvar una parte de la carnaza.

Tiene el espíritu de imposición, como todas las cosas, sus ventajas y sus inconvenientes; en presencia de la arbitrariedad y del encono que intentaban anonadarme, recordé que en alguna parte había leído que es el hombre imperioso por temperamento y servil ante el interés..... y decidí emplear en mi provecho este aforismo.

Como sucede cuando se entabla un litigio en España y en todas partes, lo primero que hace falta es confiar el asunto á un abogado de nota que sea además un hombre influyente en la política: Morianeja se me ofreció como paisano y amigo y á él confié mis asuntos que, en opinión de todos los juristas, tenían el carácter de causa ganada contra las viciosas pretensiones de mis adversarios.

Y aquí empieza la parte difícil y espinosa de mi relato: pero como estamos en uno de esos instantes supremos, puesta nuestra plan-

ta en el dintel extremo de la vida y cuando adquiere el espíritu esa lucidéz que le presta su proximidad á las regiones de lo infinito, arrojaré en el *spoliarium* donde tiene su laboratorio la humana podredumbre, los últimos escrúpulos de mi vacilación y te diré la verdad, cueste lo que cueste.

Las primeras diligencias judiciales no determinaron variación sensible: pero cuando fué preciso entrar en materia, empecé á notar que mi abogado empleaba expresiones ambiguas que se diferenciaban muy mucho de los arranques concluyentes y afirmativos que formaban parte del texto de sus discursos cuando se planteó el pleito en un principio.

Poco versada en asuntos leguleyos y convencida por razones propias y agenas de la bondad de mi causa, debo confesar que no me preocupó gran cosa esta fase intermedia ó de transición que tomaban mis asuntos.

Fué preciso que se plantease ante mi vista el problema cuyos términos voy á someter á tu criterio, para que se rasgasen de pronto

los velos que obscurecían el horizonte de mi confianza y apareciese la triste realidad con todo su cortejo de traiciones y villanías.

Morianeja, mi defensor, mi abogado, el hombre en quien había yo depositado mi confianza, el que tenía mi poder legal y omnímodo para defender ante el tribunal mis derechos, se había puesto de acuerdo con mis adversarios para tenderme una celada de esas que la imaginación del vulgo solo encuentra lógicas y factibles en los melodramas del gran repertorio con sus víctimas inocentes, traidores empedernidos, servidores venales, minas y contra-minas, envenenamientos y toda clase de recursos del género trágico.

Morianeja había concebido sencillamente el plan diabólico de repartirse mi fortuna con mis parientes dejándome como compañeros la miseria, el oprobio y la deshonra.

Esto que, dicho así de pronto y sin ambajes ni rodeos, parece una enormidad inconcebible, te lo puedo probar en muy pocas palabras; tan pocas, que con solo te-

cordar la acusación que al rostro me arrojaste hace poco, hallo una firme base para mis argumentos.

Ese miserable que bajo la salvaguardia de cuatro caballeros medirá mañana sus armas contigo, se presentó una noche en mi casa después de haber solicitado una entrevista de carácter reservado y urgente; le recibí con afabilidad y confianza aun cuando sus galanterías exageradas y cierta contracción que notaba en sus facciones al darme la mano ó al sentarse junto á mí en ocasiones distintas, habíanme hecho concebir la sospecha de que el abogado aspiraba también á formar parte del cortejo de mis adoradores.

Sin embargo, la preocupación que me causaban mis asuntos hacía que diese poca ó ninguna importancia á las canturrias amorosas de los Romeos incandescentes.

Pero Morianeja había preparado su plan con habilidad y paciencia inconcebibles y en la noche de que te hablo, verdadera *noche triste* de mi existencia, venía el hombre dispuesto á quemar sus naves sometiéndome al

odioso yugo que había calculado con verdadero maquiavelismo.

Le recibí en el salón que tú conoces; donde por primera vez escuché de tus lábios palabras de amor y donde siempre ha sido tu respeto á mi persona tan grande como lo es la adoración del creyente á María inmaculada, cuya imágen alumbran con ténue claridad los rayos de luz que dejan pasar los vidrios multicolores en las ventanas de la catedral bizantina.

No tardó mucho en iniciar la serpiente el movimiento ondulante de sus articulados anillos: con untuosas frases explicóme aquel malversador del fideicomiso que mi inexperiencia y lealtad en sus manos depositaran, que el pleito estaba perdido y que solamente por medio de una transacción habilidosa, podría lograrse una ventaja relativa.

No está encarnada en el organismo de la mujer la fortaleza absoluta y esta misma impresionabilidad inherente á nuestro sexo que sirve de disculpa á nuestros errores al par que de palanca poderosa para nuestros

triunfos, produjo aquella noche el resultado que Morianeja había concebido y al escuchar la desastrosa descripción del fracaso de todas mis esperanzas, quedé anonadada y sin fuerzas para ocultar mi amargo desconsuelo.

Este era el momento que acechaba aquel miserable; pero á semejánza del infame Don Salustio en aquella colosal escena que titula Víctor Hugo *«el tigre y el león»*, apresuróse á desenmascarar su pensamiento.

Como si obedeciese á la voz de mágico conjuro, se transformó Rodín en Almaviva; Yago en Romeo y el Don Opas fin de siglo templó el laud con ademán cínico y grotesco intentando entonar la canción de Fortunio.

No quiero referirte con todos sus detalles aquella escena terrible en que la maldad, el descaro, la insensatéz, el erotismo, la cobardía y la violencia se reunieron en fascículo vergonzoso que blandía el implacable brazo del destino, flagelando despiadadamente mi reputación, mi sensibilidad y mi decoro.

Acorralada, presa de mortal angustia,

comprendiendo aunque tarde el lazo infame en que había caído, quise ganar tiempo, contemporizar, adormecer al mónstruo que me tenía en aquel instante entre sus garras para tomar después venganza cumplida de sus cobardes asechanzas. Todo fué inútil; el plan estaba calculado con premeditación diabólica y mi deshonra era inevitable, comprando el silencio ó decidiéndome al escándalo.

Así me lo intimó aquel energúmeno con estas ó parecidas palabras: «Has de ser mía por la convicción ó por la fuerza: en efectividad ó en apariencia: para mí solo que te deseo, ó para la sociedad ávida siempre de triturar reputaciones: me han visto entrar aquí esta noche y me verán salir por la mañana. Estás en mi poder y no puedes escaparte: te ofrezco mi nombre y con él la fortuna porque dispongo de los medios para confundir á tus adversarios: conmigo la consideración y la riqueza: sin mí la deshonra y la ruina. Escoge».

Cuando se liga una arteria, sobreviene la calentura: cuando se opone un dique á la co-

rriente de un río, se produce una inundación: cuando se cargan con exceso las válvulas de una caldera de vapor, ocurre una explosión con todos sus horrores: cuando, al templar las cuerdas del sufrimiento, la arbitrariedad y la injusticia aprietan las clavijas con desusada imprudencia, prodúcese la nota aguda, el grito lastimero del alma precursor de la ruptura que determinan las resoluciones extremas.

«Lo primero es lo primero», dice el refrán y esto era para mí el impedir que aquel hombre realizase la parte principal de su propósito.

No me han causado miedo nunca esos temerones ridículos que alardean de poder con los débiles. Por otra parte, tenía presente en mi memoria el tan renombrado cuento de la Reina Cristina de Suecia y estaba convencida de que las violaciones por el terror no suelen tener efecto sino en las novelas de folletón y en los populares melodramas.

El escándalo no me convenía porque una asonada que pusiera en movimiento á la ve-

cindad haciendo necesaria la intervención de la policía, arrojaba mi nombre á la publicidad juntamente con el de aquel miserable y era esto hacerle el juego que su maldad había imaginado.

La elección de procedimiento no era para mí dudosa: le miré cara á cara y reposadamente le hablé en esta forma:

—Voy á entrar en mi cuarto de dormir y cerrar la puerta: puede usted hacer lo que guste, marcharse ó quedarse: lo único que le prevengo es que si tiene usted la osadía de forzar la puerta de mi alcoba, le mato como á un perro.

Y sin darle tiempo de saborear mis palabras, dirigíme á mi aposento cerrando la puerta y corriendo el cerrojo de la misma.

Morianeja no contestó nada por el momento: pero una vez repuesto de su sorpresa, me dijo á través de la débil barrera que nos separaba:

—Te has burlado de mí: pero te aseguro que te ha de costar muy cara la burla.

—Váyase usted al instante —le contesté— y todo se lo perdono.

—¡¡Tu perdón!!—rugió aquel bandido— ¡buen regalo!..... lo que yo quiero es tu persona ó mi venganza!

—Ni lo uno ni lo otro.

—Eso, lo veremos.....

—Cobarde!—le grité —¿por qué no te atreves á forzar el paso para que pueda partirte el corazón de una puñalada?

—No me place el papel de Tarquino, exaltada Lucrecia!..... prefiero, como el árabe, esperar tranquilo á tu puerta velando tu deshonra!

No quise degradarme aún más contestando tan infame insolencia.

Coloqué en el velador una lámpara y junto á ella un puñal veneciano y un revólver de bolsillo y me senté tranquilamente en una butaca.

En esta actitud me sorprendió la luz del día sin que oyera el menor ruido: á las ocho de la mañana próximamente, resonaron dos golpes secos en la puerta.

—¿Quién vá?—pregunté.

—Soy yo—contestó la voz de Morianeja —escucha mis últimas palabras: para todos los que van á verme salir de tu casa, soy tu amante: en tu mano está el demostrarles que quien ha pasado aquí la noche es tu marido: tú verás lo que haces.

No merecían tales insultos respuesta alguna y guardé silencio.

Tan dolorosa impresión me había causado este suceso que permanecí muchos días sin salir de casa, pero habiendo dado la órden terminante de que no fuera recibido Morianeja si se atrevía á visitarme.

A los pocos días recibí una carta suya pidiéndome perdón por la rudeza de su proceder y ofreciéndome reparar el daño que me causaba, dándome su nombre: tres ó cuatro cartas que llegaron en los días sucesivos redactadas en la misma forma no fueron contestadas: las que llegaron después, las devolví sin abrirlas.

Decidíme por fin á salir á la calle porque

no quise que mi enemigo atribuyera á debilidad mi retraimiento.

No tardé mucho en cerciorarme de que se realizaba una odiosa venganza.

Empecé por notar que algunos amigos míos me saludaban en el Retiro y en el teatro con una familiaridad muy significativa: me llamó la atención que dos familias que tenían la costumbre de acompañarme en mi palco del Real excusaron su presencia con fútiles é inadmisibles pretextos; por último, al penetrar una tarde en el *five ó clock* de la condesa de C..... se hizo el vacío á mi alrededor y á no ser por el viejo marqués de Fueraescrúpulos que calificó de harpías á mis detractoras, me hubiera visto obligada á irme sola hasta mi coche.

Ah! el miserable había fraguado su plan con maravilloso acierto!

No basta ser honrada sino que es preciso parecerlo: todo Madrid se había enterado, gracias á los buenos oficios de los mil heraldos de la maledicencia que surgen de todas partes en estas ocasiones, de que Moria-

neja pasó toda una noche en mi casa y fué su salida, verificada en forma aparatosa á las ocho de la mañana, aquello que Ayala califica en su *Tanto por ciento* de

¡Escandaloso pregón
que la deshonra difunde!

¿Qué hacer? Pues lo que yo hice: poner la proa al viento y correr el temporal hasta que se agotasen todas mis energías.

Mientras esto ocurría, se falló el pleito entablado con mis parientes en el que me fué arrebatada una parte de mi fortuna, si bien no me quedé en la miseria como había calculado Morianeja.

Sin duda alguna los jueces que formaban el tribunal no quisieron hacerse cómplices por completo de la *heróica* hazaña de mi enemigo.

Llegó en esto el verano y me marché de Madrid encerrándome en un pueblecillo de la costa asturiana, donde encontré la tranquilidad que me era tan precisa después de las terribles emociones que me habían causado los sucesos que acabo de referirte.

Volví en el mes de Octubre último acompañada de una familia con la que había entablado íntimas relaciones durante mi expedición veraniega: esta familia era la que estaba en mi palco cuando por primera vez me viste en el Teatro Real.

Lo que ha pasado después lo sabes tan bien ó mejor que yo, porque desde que nos conocemos ha sido toda mi existencia panorama que has podido contemplar á través del cristal de aumento que en tus ojos ha puesto el amor que te he inspirado.

Lo que acabas de oir es la verdad pura: te lo juro por la memoria de mi santa madre; por la salvación de mi alma y por el amor que te tengo, única raíz que retiene mi cuerpo en este Getsemaní de la existencia humana donde tan caras se pagan las ilusiones y las alegrías.

La mujer que está delante de tí cuando ha comparecido ante el tribunal de la penitencia, no ha tenido jamás que arrepentirse del pecado de impureza y puesto que la solemnidad de la situación presente lo recla-

ma, anega en el fondo de mi vista tu mirada y escucha: «si existe la virginidad para el placer sentido, levanta la vista al cielo y pídele á ese Dios que nos escucha y lee en el fondo de nuestra conciencia que envíe una legión de serafines para que entonen alrededor de mi cuerpo el *Tota pulchra*..... puedes estar seguro de que no será desoída tu plegaria».

. . . .

«¡Cómo no adorar á esta mujer!»..... exclama Juan de Hun en «*La Princesa de Bagdad*» cuando Lionette pisotea con su orgullo de raza las miserias de la vida!

Esta misma frase inundó mi alma y mi pensamiento cuando terminó Isolda su relato.

Abriéronse mis brazos instintivamente y en ellos cayó aquella mujer que era el ser de mi ser, el alma de mi alma, la vida de mi vida.

Rozaron mis lábios su frente y aquella caricia, la primera que nuestros cuerpos

cambiaron, sirvió de toque de llamada para la realidad de la existencia.

—Despidámonos—dijo Isolda desprendiéndose de mis brazos—tienes necesidad de toda tu energía para defender mañana tu existencia que es la mía.

—Tienes razón—le contesté—los acontecimientos se han encargado de dar á las cosas la solución lógica que era precisa. Creo en tí como creo en Dios y ante él te doy desde este instante el nombre de esposa mía. Si vuelvo mañana sano y salvo, te exijo que dés por terminada la tregua que me impusiste y que seas mi esposa inmediatamente.

—Volverás—rugió Isolda con el semblante descompuesto pero sin verter una lágrima—y nada hay más justo que lo que pides..... Tienes mi *palabra*..... y te digo que volverás, porque en nombre de nuestro amor y en el de mi honra que ya es tuya, exclamo, como la Nieves de Ceferino Palencia: como la heroína de «*La princesa Jorge*»: como el Timoneda de Eguilaz y como dice el autor

de «*La mujer de Claudio*» en el prólogo magistral de esta obra: *mátale!*

—¡Ah! Isolda de mi alma!—exclamé—no quiero contestarte con desplantes belicosos que resultarían ridículos, máxime en el instante solemne cuando me aparece la vida como lo que es en realidad; una congoja entre dos aleteos del invisible espíritu de la nada.

Pero si es verdad que el instinto viene á ser una especie de brújula cuyas magnéticas oscilaciones marcan el derrotero que debe seguir el bajel de nuestra voluntad en el Océano de la vida, hay una voz secreta que desde el fondo de mi alma te dice: «volveré».

—Adios, Tristán mío!—dijo Isolda cogiéndome ambas manos—ya ves si me voy tranquila: mi mano no tiembla al estrechar la tuya: porque si el destino adverso anegase en formidable oleada de amargura mi ilusión y mi esperanza, nuestras almas se encontrarían muy pronto pues siendo hermanas gemelas y trágicas, volarían juntas, como dice el gran

poeta de este siglo, mezclándose el destello luminoso de la una con la sombra proyectada por la otra . . . .

. . . .

Sin decir una palabra más, envolvióse Isolda en su manto, cubrió su rostro y cabeza con tupido velo y partió rápidamente.

El ruido que hizo la puerta al cerrarse: la arena del jardín crugiendo levemente: el rodar de un coche que se alejaba y el timbre del reloj marcando dos golpes sonoros y acompasados, me trajeron á la realidad de la vida.

XIII

EL CÓDIGO DEL HONOR

Volví á ocupar maquinalmente el sitio en que me sorprendió la llegada de Isolda, proponiéndome reanudar mi interrumpida tarea.

No hay naturaleza humana que resista al empuje de tantas y tan avasalladoras emociones: rindióse el cuerpo y empezó el espíritu á vagar sin dirección fija por los espacios imaginarios.

Y es que, á decir verdad, en este admirable sistema económico del Universo, es bien cruel el destino del hombre.

Atraviesa, arrostrando desdichas sin cuento, todas las maravillosas creaciones de la naturaleza sin que en su marcha contempla-

tiva le acompañen el tiempo, la ocasión y la inteligencia dándose el caso de que el hecho más trivial y mezquino abra á sus piés la boca del abismo de la nada.

Por este motivo suelen proclamar á veces los escépticos que la justicia divina no es otra cosa que una quimera sublime de la especie humana.

No sé cuánto tiempo hubiera permanecido engolfado en estas ó aún más estrambóticas reflexiones, si el mismo reloj que acompañó con el sonido de su timbre la marcha de Isolda, no me hubiera recordado que eran las dos y media y que tenía que estar en pié á las siete de la mañana de aquel mismo día.

Tracé rápidamente en un pliego de papel mis últimas decisiones, sellé el sobre correspondiente colocándolo en un cajón de la mesa de mi despacho y me acosté para cumplir con las leyes cuyo cumplimiento reclama imperiosamente la materia.

Morir! dormir!..... soñar acaso!..... murmuré como el filósofo cruel y pensando que era trivial traer á cuento una frase tan vieja y

manoseada, recordé también que ha dicho Nuñez de Arce:

Mas también el sol es viejo
y sale todos los días. . . . .

. . . .

A las seis y media de la mañana me desperté abandonando el lecho con presteza: cuando acababa de realizar mis cuotidianas faenas de aseo y endosado que hube el traje reglamentario para mi encuentro con Morianeja, paró un coche á la puerta del hotel y momentos después entraban en mi despacho Saldaña, Tochestón y mi amigo Enrique Ildañeta, gloria de la medicina española, condiscípulo querido y uno de los raros operadores de nuestro país cuyo nombre insertan con elogio las revistas profesionales del extranjero.

—Veo que estás armado de punta en blanco y tranquilo como el mismo Cid Campeador al entrar en liza con los quince zamoranos, - dijo Saldaña en tono festivo pero en el que se notaba su afan de disfrazar la emoción que le dominaba.

—Amigos míos! -dije después de estrechar la mano á mis tres compañeros—dejémonos de *espiritualismos* y vamos á tomar café si es que hay tiempo para ello.

—Lo tenemos sin duda alguna—replicó Guillermo Tochestón—porque con el carruaje que tenemos á la puerta y el tronco que le acompaña, nos bastan y sobran 40 minutos para llegar al campamento de Carabanchel antes que nuestros adversarios.

—¿Logró usted su propósito?—pregunté indicando el camino del comedor donde estaba preparado el desayuno.

--Sin obstáculo alguno—dijo Guillermo —el General P..... que es un especialista y hasta un *virtuoso* en estas materias, me ha dado carta blanca y todas las facilidades para que nadie nos moleste.

Entramos en el comedor y Julián nos sirvió el café haciendo pucheros y derramando el líquido sobre los manteles.

—No tiembles, majadero—le dije con acento cariñoso—el caso no es para tanto.

—Señorito!..... balbuceó mi fiel criado.

—Vas á tener miedo?—exclamé—un valiente de la carga de Treviño!

—-Tiene usted razón!—respondió con acento firme—tengo el coraje enmohecido por la falta de uso.

—Las siete y diez minutos!—exclamó Tochestón—creo que conviene marchar si queremos llegar los primeros.

—En marcha!—contesté y dirigiéndome á Florencio le dije:—aquí tienes la carta obligada que deben poseer los padrinos para hacer frente á las eventualidades de los duelos de carácter excepcional y esta llave que es la del cajón de mi despacho, donde encontrarás mis últimas disposiciones.

—Corriente!—replicó Saldaña con acento tranquilo—te devolveré estos cachivaches dentro de una hora.

Salimos del hotel: montamos en el carruaje y Guillermo dijo sencillamente al lacayo cuando cerraba éste la portezuela:

—Al campamento de Carabanchel por la calle de Sagasta, Cuesta de Areneros y Puerta de San Vicente; pero al trote largo!

Pocas, muy pocas palabras cruzamos durante el trayecto. Al llegar á las Ventas de Alcorcón oímos el ruido de un carruaje que marchaba á la zaga del nuestro: el cochero fustigó los caballos y pocos minutos después nos deteníamos á la entrada del campamento de Carabanchel, en la parte de la derecha del camino de Extremadura por donde se entra á los terrenos que ocupa la Escuela Central de Tiro.

Un capitán de Artillería estaba junto á la verja. Saldaña y Tochestón descendieron del carruaje, saludaron afectuosamente á su distinguido compañero que se acercó al carruaje para serme presentado lo mismo que al doctor Ildañeta.

—Suban ustedes al carruaje—dijo el dignísimo capitán á sus amigos—voy á montar á caballo y les serviré de guía hasta dejarles en el lugar que estimo más adecuado para el asunto; he dado órden de que se retiren todos los guardas y plantones y en cuanto me separe de ustedes quedarán completamente solos.

Realizóse el programa como lo había anunciado el artillero; montó éste á caballo, siguiéronle nuestro coche y el de nuestros adversarios que había permanecido á *honesta* distancia, y en el momento mismo que á nuestros oídos llegaban los ecos de las ocho campanadas que partían de la torrecilla donde estaba situado el reloj del campamento, nos apeábamos todos en una especie de cañada que parecía dispuesta por la naturaleza para servir de teatro al drama terrible que iba á representarse del propio modo que, en los primeros tiempos de la Creación, encontráronse frente á frente las dos únicas energías de la raza humana y teniendo por testigos á las fieras del bosque y por armas las que les diera la naturaleza en estado primitivo, escribieron con sangre de hermanos el primer artículo del código del duelo.

Acompañaban, como dejo dicho, á mi adversario en calidad de padrinos, dos diputados amigos míos y el médico que completaba su cortejo, era una eminencia y hombre de mundo por añadidura.

Los cuatro padrinos celebraron una breve conferencia para dar de mano á los últimos detalles: cuando el capitán de Artillería intentó despedirse, le rogaron mis amigos y los de mi adversario que presenciase el encuentro y que, en vista de las excepcionales condiciones pactadas para el mismo, actuase de «juez del campo».

No se hizo rogar el pundonoroso oficial que se alejó tan solo por breves instantes con el objeto de confiar su caballo á uno de los lacayos que venían en los carruajes.

Como el sol nos hería de costado y era llano completamente el terreno, la elección de este por sorteo fué un detalle de pura fórmula: de mayor importancia lo era la elección de las armas que debían emplearse, y en este punto favoreció la fortuna á mi adversario.

El oficial de Artillería, como juez del campo, midió la distancia de 25 pasos rogando á cada uno de nosotros que ocupase el lugar correspondiente.

Después marcó con un bastón clavado en

el terreno y colocado delante de cada uno de nosotros, la distancia de cinco pasos que podía avanzar cada uno según rezaba el acta del encuentro y Saldaña, á quien por suerte correspondió la dirección del combate, ordenó que fuesen cargadas las pistolas, y mientras se verificaba esta operación leyó por última vez y reclamando su exacto cumplimiento, las condiciones pactadas.

Se nos entregaron las pistolas: Morianeja tomó la suya adoptando la guardia vertical que se usa más comúnmente en España: en virtud de lo que decía el acta que acababa de leerse, extendí el brazo y adopté la guardia francesa que consiste, como es sabido, en mantener el arma en posición baja formando una misma línea con el brazo extendido, línea que tiene por extremos el hombro derecho y un punto imaginario situado á diez ó quince centímetros de la punta del pié del mismo lado.

Uno de los padrinos de Morianeja intervino para reclamar que debía colocarme en la misma actitud que mi adversario: pero

mis padrinos contestaron en la debida forma sosteniendo mi derecho y el juez del campo decidió la competencia en términos que no admitían réplica de ninguna clase.

—¿Listos? — exclamó Saldaña con voz firme.

—¡Listos!—contestamos Morianeja y yo al mismo tiempo.

—¡Avancen y fuego! — repitió Florencio mientras clavaba su vista en un contador de segundos para que los disparos se hiciesen dentro del tiempo convenido.

Yo sabía muy bien que Morianeja no iba á moverse de su sitio: así es que decidido á amenguar la distancia para que mi disparo fuese más certero, emprendí la marcha resueltamente en cuanto resonó en mi oído la voz de «fuego», hasta colocarme en el límite que delante de mí estaba marcado.

En mi avance tardé escasamente unos cinco segundos y en cuanto hice alto, Morianeja (que no se había movido de su sitio) bajó la pistola por medio de un movimiento rápido é hizo fuego.

Coincidiendo con el ruido seco de la detonación, sentí un dolor agudo en el pecho pareciéndome al propio tiempo que el aire faltaba á mis pulmones como si el fuelle que daba movimiento á mi aparato respiratorio, hubiera sido rasgado en una de sus paredes, faltándome el aliento repentinamente.

Roja niebla apareció ante mi vista tiñendo de color de sangre los objetos que me rodeaban, como también el pedazo de cielo cortado por la línea sinuosa de la ondulación del terreno que tenía delante: por un esfuerzo de intuición maravillosa, apareció ante mis ojos una claridad momentánea y la figura de mi adversario se destacó cual negra silueta recortada sobre fondo rojizo y fantasmagórico.

Todo esto ocurrió en un espacio de tiempo cuya duración sería imposible de precisar.

Todas las amarguras de mi alma y los sufrimientos que en aquel instante atormentaban mi cuerpo, obraron como sistema de fuerzas cuya resultante fué un arranque de

suprema energía. El virus de Caín que, en las afueras del Paraíso terrenal, le fué inoculado hace millares de siglos á la raza humana, recobró su destructora influencia y levantando tranquilamente la pistola, puse mi destreza al servicio de mi doble venganza.

Cuando faltaban dos ó tres segundos apenas para que espirase el tiempo marcado, sonó una segunda detonación, oyóse un grito terrible y, dando una vuelta en redondo, cayó mi adversario de bruces sobre el terreno.

En aquel mismo instante empezó á girar en torno mío cuanto me rodeaba; faltáronme las fuerzas, dí unos cuantos pasos describiendo espirales y caí sin conocimiento en brazos de mis padrinos, que vinieron á mi encuentro al notar que me ocurría algo extraordinario.

XIV

TRISTEZAS DE LA VICTORIA

Cuando abrí los ojos media hora después, encontréme en una habitación para mí desconocida, tendido en una camilla de campaña y rodeado de mis amigos Saldaña, Tochestón é Ildañeta, del capitán de Artillería que había actuado como juez del campo en el encuentro y de otras dos personas cuyos semblantes no recordaba haber visto anteriormente.

—¿Qué ha pasado?—pregunté—¿es grave mi herida?

—Respondo de todo—se apresuró á decir Ildañeta—si tiene usted serenidad y juicio.

14

—¿Y Morianeja?—interrogué sin hacer caso de lo que se me advertía.

—Herido también—contestó Saldaña—aunque de alguna gravedad..... pero no mucha.

—¿Ha muerto?—exclamé tratando de incorporarme en la camilla.

—¡Juicio he dicho!—dijo en tono imperativo Ildañeta—nadie tiene aquí noticia de que haya muerto Morianeja.

—¿Dónde estamos?—continué preguntando.

—En una habitación que nos ha facilitado el capitán aquí presente y donde nadie puede estorbarnos—contestó Guillermo.

—Gracias, señor capitán.....

—¡Ea! menos palabras!—interrumpió Ildañeta—y vamos á lo que más importa. Es preciso extraer la bala que se ha quedado en el cuerpo, y esta operación puede realizarse aquí ó en Madrid aun cuando en estas cosas mi parecer es que no se pierda tiempo alguno. El señor, que es un médico militar destacado en el campamento, se compromete á ayudar-

me, facilitando además cuanto para la operación es necesario. ¿Qué hacemos?

Miré á mis amigos al oir estas palabras y algo debió leer Saldaña en mis ojos, pues, inclinándose sobre la cama, me dijo al oído:

—Por medio del teléfono militar, que ha puesto á mi disposición el complaciente capitán de Artillería, hemos encargado á álguien que vaya á casa de Isolda con un recado diciendo que tu vida no corre peligro.

Estreché con fuerza la mano de Saldaña, dirigí una mirada de gratitud al artillero y con acento firme dije á Ildañeta:

—Procedan ustedes á realizar la operación que sea necesaria: estoy dispuesto á todo.

¿Para qué entrar en detalles supérfluos y enojosos?

Ayudado del médico militar allí presente y con la precisión y habilidad que han colocado á Ildañeta en puesto de honor entre los grandes operadores, fué extraído el proyectil que, habiendo penetrado por entre las dos últimas costillas del costado derecho, había

ido á alojarse muy cerca de la columna vertebral.

Resistí la dolorosa operación con ánimo sereno que me infundía la presencia de aquellos leales amigos que con abnegación y solicitud cariñosísimas, convertíanse en apóstoles de la amistad y en auxiliares de la ciencia.

Terminada la operación y hecha con singular maestría la cura de las heridas, se dispuso mi traslado á Madrid haciendo uso de una especie de ómnibus ó jardinera en cuyo interior se habían colocado varios colchones que me permitían conservar la posición horizontal durante el trayecto.

Acompañábanme en el coche mencionado los dos médicos y en el carruaje que nos llevó al lugar del encuentro, iban mis dos amigos Saldaña y Tochestón: el capitán de Artillería precedía, montado á caballo, al cortejo y rogaba á los conductores de carros y caballerías, que en gran profusión circulaban por la carretera á la hora de nuestro regreso, que dejasen el paso libre para que pudiera marchar el vehículo que me condu-

cía por los puntos donde los vaivenes eran menos sensibles.

Cuatro horas tardamos en recorrer los ocho kilómetros escasos que separaban el punto de partida del hotel por mí habitado en la calle de Fortuny.

Levantáronme en vilo y tendido en uno de los colchones, mis dos amigos, los médicos, el oficial de Artillería y mi pobre criado Julián que esperaba en la puerta del hotel, y á las dos de la tarde próximamente fuí colocado en mi cama donde, gracias á una poción calmante que se me había suministrado, quedéme profundamente dormido.

Una sensación de inefable dulzura, un bienestar inmenso producido por lo que pudiera llamarse «voluptuosidad por influencia», disipó algún tiempo después las nubes que envolvían mi cerebro, devolvió la elasticidad á las fibras de mi organismo y desvaneciendo «la imágen espantosa de la muerte» según dicterio del gran poeta, trájome instantáneamente á la realidad de la vida.

Abrí los ojos y la ilusión y la realidad confundiéronse en un mismo disco luminoso como sucede con las imágenes producidas por un aparato de doble proyección.....

Isolda estaba á mi lado velando mi sueño y extendiendo sobre mi cuerpo, que empezaba á abrasar la calentura, las alas de su amor y el fluido de cariñosa solicitud que despedía su alma.

—No te muevas ni hables—murmuró con acento que llegaba á mi oído como si fuese eco de celeste melodía—lo sé todo y estoy tranquila.

—¿Qué ha sido de Morianeja?—pregunté.

—Ni lo sé, ni me importa: no te ocupes de eso—contestó Isolda con el semblante contraído, la voz ronca y temblorosas las manos que oprimían una de las mías.

—Pero.....

—Calla: Ildañeta me ha impuesto como condición para dejarme que permaneciese á tu lado, el silencio absoluto.....

Suprimiré todos los detalles de mi enfermedad y de mi convalecencia.

A los veinte y dos días justos de haberse verificado mi encuentro con Morianeja, estaba yo completamente restablecido.

El día en que pude levantarme de la cama y, cuando á juicio de Ildañeta no podía serme fatal una emoción dolorosa, díjome Saldaña que Morianeja había muerto al anochecer del día en que se encontró cara á cara conmigo en el lugar del combate y sin que hubiera podido recobrar el conocimiento ni proferir una sola palabra.

Mi puntería había sido tan certera que aun á pesar de llevar las pistolas un exceso de carga, habíale entrado el proyectil por debajo de la sien derecha alojándose en el cerebro.

Grande fué mi dolor como lo es el de todo hombre honrado al convencerse de que ha sido causa de la muerte de uno de sus semejantes: pero me asomé al espejo de mi conciencia y no ví en mi frente mancha alguna: la fatalidad habíame escogido para que fuese mi mano la que empujase á aquel hombre que rodaba al abismo cayendo, co-

mo dice el poeta aragonés, «al peso de su delito».

Claro está que todos los incidentes de tan terrible tragedia debían ser objeto de muchos y variadísimos comentarios por la calidad de las personas que en ella habían desempeñado los más importantes papeles.

Despacháronse á su gusto los periódicos publicando columnas enteras de lo que han dado en llamarse detalles ó noticias de carácter sensacional, que son las que tienen el privilegio exclusivo de aguijonear la curiosidad del público siempre ávido de palpitantes emociones.

Los detalles del encuentro y el fatal desenlace fueron descritos con frases de gran efecto dramático é intercalando en la relación del suceso epígrafes muy significativos.

Tocóme representar en este cuadro trágico la figura del gladiador afortunado que desfallece cuando mána sangre en abundancia de sus heridas pero después de lograr que muerda el polvo su adversario, y como en el relato de lo ocurrido en la funesta se-

sión del Congreso y después en los pasillos de la Cámara, fuí objeto de gran consideración por parte de los noticieros.

Mas alguna influencia malsana debió guiar la pluma de uno de estos últimos, por cuanto un periódico, no de los más leídos, alentado quizás por el estímulo de adelantar en información á los que figuran en primera línea, contó la historia de un drama pasional cuyas escenas, plagadas de exageraciones é inexactitudes, tenían en el fondo alguna similitud con el drama real cuyos principales personajes habíamos sido Isolda, yo y el desdichado Morianeja.

Cuando me enteré de tan desagradable suceso, habían trascurrido más de quince días desde la publicación del artículo que otros periódicos glosaron y reprodujeron total ó parcialmente.

El terror natural que despierta en las almas nobles el recuerdo de la sangre recien vertida y por otro lado la cautela, jamás excesiva, que un deber de conciencia me ordenaba observar en todo aquello que tuviera

relación con Isolda, sirvieron de freno poderoso á mi deseo de castigar la mano que había levantado el velo que ocultaba la verdad terrible, el secreto que yo creía sepultado en la tumba de Morianeja sobre cuya losa me había colocado la fatalidad blandiendo la espada del ángel exterminador de la venganza.

Víme condenado al silencio: transigí, bien á pesar mío, con las hipocresías y conveniencias mundanas y quizás este primer acto de debilidad que me aconsejaban respetables deberes y fortuitas circunstancias, influyó en el desarrollo que tuvieron posteriores acontecimientos, orígen de desgracias más grandes y de resultados mucho más terribles de los que hasta entonces habían amargado mi existencia.

No quiero adelantar idea alguna que destruya el interés que ofrecen los incidentes anexos al drama humano cuya escena culminante se representó esta mañana en el humilde cementerio de una aldea: pero es indudable que espanta el pensar la menguada

influencia que para contrarrestar el incesante revuelo de los azares de la vida tiene el adecuado empleo del criterio y del raciocinio.

Esa luz débil y vacilante que brilla en el zenit de la razón humana y que solo pueden distinguir los que por sábios pasan en el mundo, no es la luz absoluta siempre inaccesible al poder visual del más avisado, sino una luz relativa y bien puede asegurarse que todos los sábios que la creen foco de luz suprema, merecen el calificativo de locos ó imbéciles.

La luz absoluta no está al alcance de la inteligencia humana: la voluntad no basta para descubrirla: hay algo que se interpone entre la voluntad y el decreto del destino, no pudiendo ser más desigual la lucha entablada entre un David sin honda ni piedra y un Goliath invulnerable!

XV

ES EL RUISEÑOR, NO ES LA ALONDRA!

Véome precisado á retroceder en mi relato para la mayor claridad de éste.

Cuando caí herido en el campamento de Carabanchel, recibiéronme en sus brazos Tochestón y Saldaña mientras que los otros dos padrinos del lance funesto acudían á prestar auxilio á mi adversario.

Ildañeta desabrochó rápidamente mi levita y mi chaleco, rasgó el lienzo de la camisa poniendo al descubierto el orificio de entrada del proyectil en la carne: apoyó su órgano auricular en mi pecho y después de breves instantes de atento exámen, que mis dos amigos presenciaban con impaciencia, lanzó un suspiro de satisfacción.

—¿Hay peligro..... verdadero? —preguntaron á un tiempo Tochestón y Saldaña.

—Ninguno por ahora—contestó tranquilamente Ildañeta—á no ocurrir complicación alguna, la herida, aunque grave, no es mortal ni mucho menos.

Condujéronme, como dejo dicho, á una de las dependencias de la Escuela Central de Tiro puesta á disposición de mis amigos por el capitán de Artillería que tan galante y expresivo se mostró en favor nuestro y Saldaña, que conocía las relaciones que me unían con Isolda y nuestro pactado enlace, rogó al dignísimo oficial que le permitiera hacer uso del teléfono privado que tiene la Escuela para comunicarse con el Parque Central de la Corte en asuntos del servicio y por este medio pudo recibir Isolda á las nueve de la mañana de aquel día, un mensaje confidencial que le llevó un ordenanza y que decía así: «Moncelez herido levemente: no hay peligro alguno».

Estos detalles me fueron comunicados por

Saldaña al relatarme todos los incidentes de aquel desgraciado suceso.

Cuando recibió Isolda, después de una noche de insomnio, el mensaje de mi amigo, comprendió que las grandes resoluciones están hechas para los momentos excepcionales y marchó resueltamente á mi domicilio con el objeto de esperar allí mi llegada.

Recibióla Julián como á un ángel del cielo; porque mi leal servidor, con esa intuición que desarrollan la lealtad y el cariño, comprendió, sin que nadie le explicase tan sublime y trascendental teoría, que es el amor verdadero conjuro mágico contra los embates del infortunio.

Permaneció Isolda en una de las habitaciones del hotel esperando mi llegada: aguardó á que solos quedasen en la estancia donde yacía mi cuerpo rodeado por las somnolientas nieblas de la calentura, Saldaña, Tochestón, Ildañeta y el médico militar que se prestó á auxiliarle en el campamento y presentóse resueltamente á aquellos cuatro

hombres de honor, pronunciando estas palabras:

—Ese hombre es mi esposo ante Dios y mi conciencia y para serlo ante la ley y las conveniencias del mundo, precisa tan solo que pronuncien mis lábios una palabra. Delante de ustedes la pronuncio ahora exigiendo en cambio que si este hombre muere, sea mi mano la que cierre sus ojos y mis lábios los que reciban su postrer aliento: pero si vive, quiero que su renacimiento á la vida venga en alas de mi solicitud y de mi cariño.

—Puede usted permanecer aquí, señora—dijo Tochestón inclinándose con respeto—abonan la presencia de usted cuatro hombres honrados.

Permaneció Isolda á mi lado durante mi enfermedad y mi convalecencia: todas las noches acompañábanla mis amigos hasta su casa y fueron muy contadas las ocasiones en que permanecimos solos, pues siempre presenciaba álguien nuestras entrevistas para que tuvieran el respeto debido todas las conveniencias.

El mismo día en que por vez primera pude abandonar el lecho, declaró Isolda con esa difícil facilidad privilegio exclusivo de los que viven en el medio más distante de las miserias humanas, que había llegado el momento de cumplir su palabra, no pudiendo entrar en mi casa sino con el título de «compañera pero no sierva», según se dice en el texto de la epístola de San Pablo. Y luego añadió, con acento impregnado de voluptuosidad irresistible:

—Ahora puede decirse aquello del último acto de «*Gioconda*»: *Il pacto mantengo!..... Lo abbiamo giuratto.....* pero esta vez la felicidad suprema consiste en adelantar la hora de cumplir la palabra empeñada.....

Abreviáronse las formalidades cuanto fué posible y en uno de los últimos días del mes de Junio, nos prosternamos Isolda y yo al pié del ara santa y allí, colocados cada uno de nosotros entre esos dos abismos, el interior que se lleva en el alma y el que bajo el aspecto de inmensidad infinita flota sobre nuestras cabezas, nos levantamos unidos ante

el enigma que se llama la vida humana y sintiendo que hay algo más grande que el convencionalismo.... ¡el honor!; algo más sublime que la fatalidad.... ¡la virtud!; algo más profundo que lo desconocido.... ¡la fé!.... y creando con una sola palabra un punto brillante que aparece en el espacio iluminando todo el horizonte, entonamos el único *credo* que comprenden los amantes y que empieza con estas palabras: «¡Creo en el amor como creo en Dios!»

Pocas personas asistieron á la ceremonia: el luto que llevaba aún por mi madre y los tristes acontecimientos que acababan de interponerse en el camino de nuestra dicha, no nos permitían solemnizar con fiestas aparatosas aquella unión de nuestras almas que sancionaban los artículos del Código civil y las pragmáticas de la Iglesia.

A pesar de esto, no faltaron algunos periódicos que por halagar á la mujer hermosa y al hombre público, dedicaron algunas líneas para dar cuenta de lo que las crónicas mundanas califican de fausto acontecimiento.

La práctica absurda, inmoral y hasta antihigiénica del prosáico *«viaje de boda»*, no entraba en mis cálculos.

Isolda fué recibida en mi casa como dueña y señora; y de gala se vistió mi morada para recibirla.

Allí, loco de amor, contemplando el alma de aquella mujer, más hermosa que su cuerpo aun cuando rivalizaba este con la perfección suprema, pude exclamar como el inmortal poeta: «avergüéncense las hermosuras del cielo al contemplar la tuya, del propio modo que eclipsa la luz del sol el brillo de una lámpara».

¡Jornadas dobles en el camino del amor durante las que no se duerme durante el día y se camina toda la noche!

¡Cuántas veces en aquella arrebatadora luna de miel de nuestras almas y de nuestros cuerpos, escuché la frase que simboliza la aspiración de todos los amantes: «es el ruiseñor, no es la alondra»! . . . . . .

. . . .

Pocos días después cerrábanse las Cortes,

empezaba la emigración veraniega y decidíamos trasladar á otro punto lo que podía calificarse de «penates de nuestra dicha».

En la primera semana de Julio nos embarcamos una tarde en el Sud-Expréss y como no llevábamos dirección fija, nos detuvimos en Biarritz con el objeto de permanecer aquí unos cuantos días.

La casualidad ó el capricho nos llevó al *Hotel du Palais*, antigua residencia de la encantadora Eugenia de Montijo que ha pagado con más de un cuarto de siglo de amarguras y sufrimientos, los pocos años de felicidad aparente que disfrutó á la sombra que sobre su rubia cabeza proyectaban las abiertas alas del retoño raquítico de aquella águila imperial portadora en sus garras formidables del rayo de la guerra.

En aquella mansión, ayer tornavoz de un César poderoso y hoy albergue de príncipes exóticos y entronizados judíos, pudimos encontrar cómodo alojamiento porque no estando aún en plena estación veraniega, la concurrencia no era muy numerosa.

En uno de los paseos que dimos por los alrededores, llegamos al lugar donde se encuentra esta *Villa* que, como otras muchas, ostentaba el clásico cartelón anunciando: «se alquila ó se vende amueblada por completo». Cediendo á un movimiento de curiosidad entramos á visitarla en el momento preciso en que su propietario estaba en ella dando algunas disposiciones.

Me sería imposible fijar con todos sus detalles la conversación que medió entre el dueño de la propiedad y nosotros. Lo único que puedo decir es que ni Isolda ni yo teníamos intención alguna de quedarnos en Biarritz: pero quizás esa atracción que, según suele decirse, la fatalidad ejerce acompañada del encanto que para nosotros tenía la idea de continuar nuestro duo de amor en este medio que, como el jardín de Fausto estaba ya impregnado de maleficio, combinaron las cosas en tal forma, que en aquella misma tarde recibió un señor notario de Bayona la órden de formalizar el contrato de venta y dos días después nos instalábamos

en esta mansión, que recibió en su nuevo bautismo el nombre de «*Villa Isolda*» que hoy tiene todavía.

Aquí he pasado los días más felices de mi existencia: aquí he conocido la voluptuosidad suprema del placer y la voluptuosidad infinita del dolor que es aún más grande y más intensa que la otra.

Aquí he contemplado las deslumbradoras claridades del cielo y las terribles negruras del infierno.

Aquí he exclamado con el alma radiante de alegría: «Gloria al Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»..... para rugir después con el acento de la desesperación: *¡Eli! Eli! Lamma Sabachtani!*..... ¡Señor! Señor! por qué me has abandonado!.....

Razón tenía el gran poeta al decir que:

Hay vivos en la tierra que de vivir dejaron
y no es mansión la tumba de muchos que murieron.

XVI

SERPIENTE QUE RUGE

No solamente uno sino varios especialistas en la materia, declaran que por grande, verdadero, desinteresado y hasta sobrenatural que sea el amor de un hombre por una mujer ó de una mujer por un hombre, el fuego de la pasión sentida no es más que el reflejo de un egoismo sobre un objeto determinado.

Y consecuencia del egoismo es la exclusividad como es corolario de esta el aislamiento.

No tuvimos Isolda y yo necesidad de recurrir al consabido sistema de romper nuestra luna de miel en pedazos para componer

con ellos una vía láctea amorosa: no envejecía el astro que alumbraba nuestra felicidad y después de gozar de su voluptuosa luz en el aislamiento, quisimos que nos hirieran sus rayos en pleno rostro y ante todo el mundo.

Al terminar los meses de verano y con ellos el luto rigoroso que debía á la memoria de mi madre, nos instalamos de nuevo en nuestra casa de Madrid dando parte oficial de la instalación á todos nuestros amigos y conocidos.

Se verificó el cambio de tarjetas, pagándose por duplicado el tributo que pudiera llamarse de las cartulinas.

Las ocupaciones naturales que llevaba consigo el arreglo de nuestra vivienda; la necesidad en que me encontraba de reanudar mi trato con los personajes políticos y compañeros á quienes debía no pocas muestras de consideración y afecto; la felicidad inmensa (¿por qué no decirlo de una vez?) que nos causaba esa posesión mútua que álguien ha llamado «la inundación de la ma-

teria producida por el desbordamiento del ideal» y la incomensurable altura que habían conquistado nuestras almas gemelas sobre el nivel que limita el impotente esfuerzo de las miserias de la vida, todo esto había tenido por consecuencia lógica una especie de indiferencia para la apreciación de algunos detalles que, cuando se quiere vivir en ese medio mefítico de la sociedad mundana, no es conveniente despreciar en absoluto.

El primer síntoma precursor de la catástrofe que se avecinaba, apareció durante la representación de la ópera «*Lohengrin*» en el Teatro Real y en una de las primeras noches de aquella temporada.

Al terminar el primer acto después de la sublime escena en que el arrojado «Caballero del Cisne» proclama en solemne «Juicio de Dios» la inocencia de Elsa de Brabante poniendo su pié sobre la frente del perturbado Tetramondo, salí de la platea que ocupábamos Isolda y yo con una de sus fieles amigas y dirigíme al palco de los marqueses

de E..... situado enfrente del lugar que ocupábamos nosotros.

Noté, sin que el hecho pudiera prestarse á comentarios, que el marqués salió del palco á los pocos instantes de entrar yo en él y no dejó de llamarme la atención que la marquesa hiciese alarde de distracción dirigiéndome la palabra solamente cuando mis preguntas reclamaban respuesta sin faltar en modo abierto á las leyes de la cortesía.

Durante la representación de la ópera recibimos en el palco la visita de algunos amigos íntimos, pero el marqués de E..... no correspondió á mi atención lo que, en honor de la verdad, debo decir que no dejó de mortificarme.

Cuando el tenor (una medianía de las muchas que ahora impone la ignorante y antiartística empresa del Teatro Real á sus abonados) acabó de cantar macarrónicamente el sublime *raconto «Da voi lontan»* del acto último, levantóse Isolda y mientras ponía en sus hombros el abrigo forrado de *sealskin*

que cubría sus formas esculturales, me dijo estas palabras:

—Ese marqués de E..... es un grosero y la marquesa una tonta forrada de imbécil. Si alguna vez me la encuentro *en tête á tête*, yo te aseguro que le voy á dar un recorrido de padre y muy señor mío.

—No hagas caso—le contesté—sus groserías son los ladridos de la impotencia.

A los pocos días de ocurrir esta escena, llegué á mi casa momentos antes de la hora señalada para comer y me encontré á Isolda en un estado imposible de describir.

—¿Qué te pasa?—le pregunté—algo muy grave debe haberte ocurrido para que hayas dado al traste con tu maravillosa serenidad y con tu calma que no te abandonó nunca, ni aun en los momentos supremos.

—Escucha, Tristán—exclamó Isolda—no puedes dudar de que eres tú lo que más quiero en el mundo. Pero adorándote como te adoro, es decir, «como se adora á Dios ante el altar», según la frase de Gustavo Becquer, no puedo admitir que haya un ser

numano que manche tu frente con la baba de su indignidad.

—Habla; te escucho!—dije con calma.

—Pues oye!—añadió Isolda con acento reposado—Esta tarde fúime á visitar á mi amiga Hortensia de R..... que, como sabes, recibe todos los lunes. A mi llegada, había en su salón muy pocas personas desconocidas para mí en su mayor parte, pero estaba la marquesa de E..... y como parecía natural, sentéme á su lado tratando de entablar conversación en forma afectuosa. Imagínate mi sorpresa al ver que la susodicha señora se levantó sin dirigirme la palabra y atravesando el salón, despidióse de la dueña de la casa diciendo una frase cuyo sentido no pude apreciar en debida forma, pero que debió ser muy mortificante pues Julio S..... que pasa por ser un estrambótico pero con reconocida entereza, acercóse á mí para decirme estas palabras: «Señora de Moncelez! no tengo derecho para levantar mi voz dando consejos pero me tomo esa libertad para decirla que, puesto que tiene

usted un hombre de verdad para que castigue á los miserables, le diga que ha llegado la hora de empuñar el látigo. Si no hubiera un señor de Moncelez en quien residen el deber y el derecho de fustigar á esta canalla, crea usted que Julio S..... aceptaría con gusto tan benéfico encargo».

—Si mi amor por tí, Isolda de mi alma, —la dije—no fuese tan grande como la inmensidad del infinito, lo que acabas de decirme sería más que suficiente para que te adorase de rodillas.

—¿Qué piensas hacer?—preguntó Isolda.

—Lo que tú misma has pensado que constituye mi deber al hablarme de esa manera.

Y no se dijo una palabra más acerca de este asunto.

Fuíme al «Casino de Madrid» aquella misma noche, pues tenía la seguridad de encontrar allí al marqués de E..... concurrente empedernido de aquel distinguido círculo madrileño.

Nuestra conversación, que recuerdo hasta en sus menores detalles, fué la siguiente:

—Marqués; ruego á usted me dispense la molestia y contrariedad que voy á causarle.

—Estoy á la disposición de usted, señor de Moncelez.

—¿Cree usted, señor marqués, que en aquello que al honor y á la reputación atañe, son los maridos responsables de las faltas en que incurren sus mujeres?

—Adversario del feminismo, creo que en el contrato social no hay otro responsable que el hombre posesor omnímodo de todos los derechos y obligado á arrostrar todos los deberes.

—Que me place escuchar tales palabras de lábios de usted. La marquesa de E..... ha injuriado públicamente esta tarde á la señora de Moncelez y el marido de ésta, presente aquí y mantenedor de un blasón en el que se ostenta esta frase: «*Justum et tenacem*», reclama una explicación plausible de la marquesa de E..... ó una reparación debida del

marido de ésta en la forma que es de rúbrica para tales casos entre cumplidos caballeros.

—Señor de Moncelez: dos amigos míos se avistarán con las personas que usted tenga á bien designar y con esta afirmación mía queda terminado nuestro diálogo. Beso á usted la mano.

—Beso á usted la suya, señor marqués, y aguardo los nombres de los representantes de usted para que se entiendan con los míos que estarán nombrados dentro de una hora.

Entre caballeros *de verdad* estas cosas marchan con rapidéz y á las diez de la mañana del siguiente día mis dos mejores amigos Tochestón y Saldaña celebraron su primera y única entrevista con los padrinos del marqués de E.... entregándome un acta concebida en estos ó parecidos términos: «El marqués de E..... declara que se hace solidario del hecho realizado por su esposa la marquesa de E..... y en el que puede haber algo de molesto ú ofensivo para la señora de

Moncelez El marqués de E..... reconoce el derecho que el señor Moncelez tiene para reclamar en nombre de su esposa la reparación debida y *en los términos más ámplios y precisos* se la otorga bajo su fé de caballero reconociendo que dicha señora es digna de toda consideración y respeto; si bien en uso del indiscutible derecho que tiene toda persona para ejercer la práctica de sus relaciones sociales y en vista del suceso desgraciado que ha sido orígen de este incidente, cree oportuno el cesamiento de toda relación de amistad con el señor Moncelez y su respetable y distinguida señora. Si á pesar de estas declaraciones, el señor de Moncelez no se diera por satisfecho, el marqués de E..... no rehuye una cuestión personal y hasta un encuentro cuyas condiciones pueden ser pactadas con arreglo á las vigentes leyes del honor entre los representantes de las partes interesadas en este asunto».....

Es indudable que en esta lucha desesperada sostenida por aquellos que no quieren someterse á las exigencias del mundo, no

constituye nuestra preocupación más efectiva el temor de la derrota, sino que la desconfianza inoculada por el desaliento en nuestro organismo, nos presenta el dilema desconsolador, la lucha mezquina entre el orgullo de nuestras convicciones y la vanidad imbécil de los que rinden culto á esas leyes mundanas en cuya confección han entrado legisladores que el Dante calificaría de «Galeotos», Enrique Heine de «semi-serpientes» y Víctor Hugo de «eunucos del alma!»

Tuve que *tragarme* el acta, valiéndome de esta frase vulgar para describir el efecto que me produjo la abdicación de mis principios contrarios á todo despotismo razonado ó arbitrario.

Lo que ocurrió en el Teatro Real no fué otra cosa que el prólogo del drama cuyo epílogo se representó en el cementerio de Anglet hace algunas horas.

Siempre detesté las nebulosidades y las medias tintas; valiéndome de una expresión genuinamente española, tuve preferencia por

ese sistema que se llama «coger al toro por los mismos cuernos» y ante la batalla que las preocupaciones (no quiero darles otro nombre más depresivo) me presentaban, convoqué mi consejo de guerra como es y ha sido costumbre entre los capitanes de estos y otros tiempos cuando es preciso combatir á un enemigo respetable.

Estaba formado el cónclave por Saldaña, Ildañeta, Tochestón y uno de los padrinos que habían asistido á Morianeja en su desgraciado encuentro conmigo en el campamento de Carabanchel.

No haré el relato preciso de la discusión entablada ni tampoco de las teorías vertidas con expresión de las personas que las formularon con arreglo á sus convicciones y á su conciencia; presentaré únicamente, en forma abstracta, un «esqueleto de raciocinio» que la amistad y la franqueza exhibieron ante mis ojos en aquella reunión desdichada que fué el verdugo de mis más caras ilusiones.

Allá vá el diálogo terrible que había de

motivar la decisión punto de partida para un trágico desenlace.

—¿Para qué te empeñas en luchar contra la aberración y la ignorancia?

—Por qué cuando la razón no logra hacerse respetar, recobra su imperio el sistema de la fuerza? Este ha sido el problema que las razas han venido resolviendo por etapas sucesivas desde la creación del mundo.

—Pero la civilización ha reformado este sistema de los tiempos primitivos.

—«*Virga férrea*» decían los antiguos y un refrán moderno ha venido á reemplazar dicha locución.

—La luz artificial de los convencionalismos sociales alumbra las acciones humanas en tal forma, que el vulgo se equivoca frecuentemente y llama moralidad á lo que no es otra cosa que repugnante hipocresía.

—Pero la muchedumbre ignara, imbécil y prostituída arroja el baldón de infamia sobre cualquiera, antes que permitirse abrigar la duda más remota acerca de la virtud propia.

—La sociedad exige que sean salvadas las apariencias de lo que hoy se llama «*honor*», aun cuando tenga que «hacerse la sorda la moral» y se impongan, en secreto, la venalidad y el descaro.

—Morianeja calumnió á Isolda..... todas las almas honradas admiten el atrevimiento de la calumnia..... pero esta quedó ahogada con la sangre de su mantenedor que murió sin retractarse ni arrepentirse.

—¿Pero es que los malvados tienen voz y voto en esa Asamblea social donde se legisla acerca de las mundanas reputaciones?

—La virtud y el vicio son dos pesas colocadas en los extremos de una palanca con brazos iguales: la primera no hace otra cosa que servir de contrapeso al segundo.

—Lávanse con sangre las manchas que caen sobre el honor del hombre: obscurécese el cristal que resguarda el honor de la mujer cuando con sangre quieren ser cubiertas las picaduras que lo empañan.

—El mundo es implacable.... .

—No es el amor disculpa ....

—De la calumnia..... algo queda.....

—No se defienden los muertos.....

—Si el muerto hablara.....

— Dudar es casi creer.....

—Contra la audacia... la indiferencia.....

. . . .

¿Qué contestar á todo esto?

Que Morianeja había sido un miserable en vida y que continuaba siéndolo aún mucho más después de muerto: que la sociedad actual es una PROXENETE (lo digo en francés para que no se alarmen los castos oídos de aquellos que hayan de escuchar mi relato): que decididos los que tenemos precisión de vivir en ella á desempeñar el papel que se nos reserva, le abandonamos el cuerpo reservándonos el dominio del alma y cifrando nuestra única dicha en sufrir las inclemencias del cielo, en contemplar las veleidades del mar tranquilo ó impetuoso, la calma del bosque cuando el ascenso de la sávia fructificadora dá vida á los árboles ó cuando el huracán agita las ramas de estos produciendo ruido ensordecedor; en oir el canto

del ave ó admirar, en una palabra, los prados resplandecientes de verdura, el fulgor de las estrellas y la exhibición maravillosa de todos los encantos de la naturaleza.

Ah! Morianeja vil y miserable! Aún desde las regiones del no ser, ejercías sobre mí tu dañina influencia.

Eras el Yago astuto y rastrero que, herido por la mano del vengador Otelo, exclama: «aun cuando manan sangre mis heridas no he muerto todavía».

Eras un mónstruo repugnante: algo así como *una serpiente que ruge*.

XVII

¡VŒ VICTIS!

Y hénos aquí enfrente del problema aterrador.

¿Es posible la lucha con las aberraciones, infamias, crueldades é hipocresías de esta sociedad actual que, vista de frente ó de perfil y juzgada por sus ideas ó sentimientos, tiene todas las apariencias y atributos de un malvado con ribetes de imbécil?

Sí; imbécil y no otra cosa es ese *todo el mundo* que se erige en árbitro supremo, que no tiene confianza sino en los más embusteros, en aquellos cuya existencia es una mentira constante, osada y manifiesta; porque es tan grande el imperio de la hipocresía, que

los que hoy pasan por honrados, son precisamente aquellos que no pueden ni podrán nunca comprender la honradéz.

Párias eran en los tiempos antiguos aquellos que no podían disponer ni de un pedazo de pan blanco que llevar á la boca, ni del derecho de bañar la frente con los rayos de ese sol de la libertad que brilla en el firmamento donde lucen todos esos astros que se llaman los derechos del hombre.

Pária es ahora, ante las exigencias mundanas, el que á estas no se somete aceptando el triste papel que desempeña una bestia de carga á la que, con los ojos vendados, se la obliga á dar vueltas por tiempo indefinido alrededor de una noria.

La sociedad que impone leyes á capricho; la que clasifica el personal que de ella ha de formar parte excluyendo con formas corteses y melosas á aquellos que han esgrimido con mano fuerte la espada de la convicción desafiando á la fatalidad y al encono, pero pisoteando la hipocresía; la que se permite ser juez inexorable desde el estrado de la

falsedad y cubriendo su rostro con la máscara de la cobardía, es la misma que ampara con la impunidad al violador miserable que aparece en lo alto de la escalinata del templo del Señor llevando del brazo á la vírgen desposada, mientras que la víctima del atentado libidinoso contempla á su verdugo revuelta en el fango, sintiendo que en sus entrañas se agita el engendro que ha de ser quizás carnaza de presidio ó racimo de horca.

En cuanto al tribunal secreto que lanza su veredicto en la sombra sin tener siquiera el valor que es inherente hasta á las más truhanescas audacias, su composición no puede ser ni más original ni más adecuada á las sentencias que dicta.

Vayan unos cuantos bocetos trazados al carbón, de los jueces de tan asqueroso areopago.

Un comensal de todos los banquetes que corresponde con las obscenidades de mujerzuela á los deberes de estómago agradecido: no vende su conciencia pero la alquila y esto

le permite, como á los carruajes de alquiler, servir de encubridor para todos los acoplamientos clandestinos: para el *orbe* y para el *urbi* se ha quedado en semi-César porque solamente pudo aspirar á la categoría de mujer de algunos maridos: vive de la chismografía, conserva su reputación de grande hombre y pertenece á la aristocracia del género que Peña y Goñi calificó en uno de sus inimitables artículos de *perduta gente.* Este señor come, bebe, vive y legisla en materia de moralidad: es preciso hacerle la debida justicia reconociendo que ha modificado un célebre aforismo de los moralistas en esta forma: «no hagais lo que yo digo, pero podeis hacer lo que yo hago».

Otro de los jueces es un personaje, ó *personaja*, digna de estudio.

De grande alcurnia, usa y abusa de la patente de corso que le proporciona un marido desgraciado ó imbécil escudo viviente para dar la batalla á la vergüenza.

Preséntase en público con su *pandilla* de Lovelaces inofensivos mientras que, entre

bastidores, hace el duo á la canción de Fortunio, con aquellos que siguen el consejo de Yago que dice así: «llena tu bolsa con dinero».

Esta mujer, que legisla en materia de moralidad, es de aquellas que si hubieran empleado en favor de la virtud una centésima parte de lo que han hecho en favor del vicio, es casi seguro que lograran el triunfo de aquella.

Sigamos la relación.

Un cobarde que alardea de cobardía insultando á todo el mundo y exhibiendo, cuando llega la ocasión, un certificado facultativo para no batirse.

Una aventurera exótico-cosmopolita acoplada á un *primo-dono*, Des Grieux en su juventud, argonauta del dote, lacayo de casa grande y aristócrata moderno al que, parodiando las palabras empleadas por un Rey de insigne memoria al crear uno de los títulos más brillantes de la nobleza española, podría adjudicar aquel que creó el título moderno:

á su cuartel tres pendones
y á su apellido un pendón.

Un *Tartuffe* que especula con las desgracias de la pátria dando «un maravedí al diezmo y cien ducados al bolso» como en los tiempos antiguos.

Y todos los aduladores, hipócritas, rufianes y farsantes, como también todas las mogigatas, vocingleras y mistificadoras que salieron por la puerta grande y entraron por el postigo después de formar la célebre contradanza que describe el autor de «*Le Demi-monde*».

No, no puede tolerarse este tribunal infame que actúa como el odioso Santo Oficio en la obscuridad, en la sombra y cuyos jueces cubren con el ropaje de la hipocresía las formas de la liviandad ostentando en su cabeza la caperuza del misterio.

¡Venga el juicio á la luz del día y que se pongan de manifiesto las verdades en toda su desnudéz sin villanías ni artificios!

Pero esto es pedir lo imposible: es querer que la sociedad moderna sea dirigida por la lógica y por el buen sentido y esto equivale al intento de coger el cielo con las manos.

Las grandes ciudades donde el vicio, la desfachatéz, la cobardía y la especulación vergonzosa han encontrado asilo, pueden hoy compararse á las selvas agrestes de los países salvajes donde se albergan las fieras pertenecientes á las variedades contenidas en la fauna más caprichosa.

Para luchar con los tigres, chacales y panteras se necesitan cuchillos de buen temple, armas de precisión y corazón entero.

Para luchar con las fieras sociales, ávidas de honra como las del desierto de sangre, no hay más remedio que emplear la impudencia, la duplicidad y el egoismo implacable.

Todo aquel que no disponga de estas armas está perdido, porque no hay villanos más temibles que aquellos que disfrazan su villanía con el ropaje de la moralidad.

Y si á estas infamias sociales se unen las cobardes asechanzas de la política, de esa mujerzuela sin entrañas, impúdica como meretríz y tan cínica como la mujer de Sganarelle que quiere ser azotada, entonces no hay más remedio que pedir á voz en grito que

sea sustituída la conciencia por la guardia civil, única manera de no ser arrollado por tantos malhechores.

Morianeja había buscado como auxiliares para sus inmundas fechorías la bajeza y la calumnia.

Isolda presentóse ante el mundo envuelta con la ténue y resplandeciente túnica de la pureza de alma y de cuerpo porque había sido intachable su vida de soltera, de casada y de viuda. Amaba y era amada; contestaba á la asechanza cobarde con el desprecio único paladín que puede romper lanzas en favor de la tranquilidad de conciencia.

¡He aquí lo que la fiera mundana no quería perdonar en forma alguna!

Presentábase la eterna cuestión de la justicia arbitraria, ciega é ignorante.

«Pruébame que eres inocente».....

No y mil veces no!..... «Pruébame que soy culpable!».....

Esta es la única respuesta lógica y admisible.

Perdona la sociedad á la Magdalena arre-

pentida; á la que no se arrepiente pero que sigue haciendo alarde de su cinismo: tolera á las mujeres virtuosas cuya virtud aún no fué puesta en entredicho. Pero á la que salpicada por el barro, protesta contra la infamia y hasta sella con la sangre del calumniador el veredicto de su conciencia, á esa no le perdona su audacia y, aun cuando por temor á que tenga un segundo acto la tragedia no la ataca de frente, la hiere á traición haciendo uso de esas armas terribles que se llaman la indiferencia y el vacío contra las que no hay defensa posible porque nadie puede cortar las cabezas de cien víboras que, después de morder, se ocultan en el agujero.

Ah! al obrar así esta sociedad cobarde y corrompida, trae á la memoria el proceder cruel de los sultanes de Oriente que cuando quieren librarse de los visires que les estorban, envíanles por medio de eunuco el tradicional cordón de seda para que con este ellos mismos se ahorquen.

Desde el punto de vista del extremo pesi-

mismo á que me ha conducido el análisis del crímen que á esta sociedad he visto cometer con el ensañamiento de la humildad y de la bajeza, me parece el mundo una especie de teatro en el que, con muy raras excepciones, cada uno representa un personaje simbólico cuyo carácter está en razón inversa de lo que es en realidad el alma que posee el individuo, es decir, que á medida que el personaje está más elevado, es más vil el alma de aquel que lo representa y recíprocamente..... y esta misma relación inversa suele aparecer entre el singular y el plural de la palabra honor: ¡cuántos que carecen de honor andan por ahí sobrecargados de honores!

Y no hay que darle vueltas. Pudo Cervantes destruir el idealismo con los botes de lanza de su ingenio maravilloso; no hay Quijote que pueda matar el despotismo de la desvergüenza que hoy impera, porque ni aún le sería posible á Sancho Panza exclamar en estos tiempos que corren: «me place ver que

se respeta el espíritu de equidad y de justicia entre los mismos ladrones».

Hoy es á la mujer honrada á quien lapidan con injurias disfrazadas de sonrisas la muchedumbre compuesta de libidinosos y de hipócritas. No hay Salvador que determine quién puede arrojar la primera piedra: verdad es que si un nuevo Redentor apareciera hoy en el mundo, quizás incurriera en excomunión mayor si se permitiera predicar, como lo hizo el que murió en el Gólgotha, la caridad cristiana.

Cúmplase la ley del más arbitrario! *Væ victis*..... ¡ay del vencido!

No es la espada de Breno la que cae en el platillo de la balanza para realizar el supremo despojo.

Es la premeditación cobarde, la sonrisa hipócrita, la sumisión aparente, el ensañamiento villano, la envidia miserable, la calumnia despiadada, la soberbia latente, el descaro de la impudicia y todas, absolutamente todas las manifestaciones de la vileza.

¿Cómo es posible poner en el fiel la ba-

lanza cuando para cargar el otro platillo no se dispone de otra cosa que de ese dardo de los débiles que se llama el desprecio?

Pero dejémonos de lirismos y filosofías, y parodiando al inspirado autor de la «Ultima lamentación de lord Byron», digamos:

¡Lira, déjame en paz: venga una tralla!

XVIII

LA VUELTA AL MUNDO

No tengo la pretensión de formular tésis alguna, ni de someter á exámen ningún problema social intercalando entre los términos de este último, hechos que tienen para mí el carácter de personal exclusivismo.

El dolor y la amargura que la resignación y la paciencia empujaron al fondo de mi alma para que, con careta de felicidad aparente, sonriera cual histrión fin de siglo que tapa con la joroba de su hilaridad las llagas del infortunio, sirviéronme de aisladores efectivos para cerrar el paso á la corriente impetuosa de la desesperación que hubiera motivado una nueva catástrofe.

Pocas palabras cambiamos Isolda y yo cuando, puesta en punto de saturación nuestra repugnancia, nos vimos precisados á adoptar una resolución impuesta por los acontecimientos.

¡Hierro al hierro!..... ¡Guerra á la guerra!..... ¡Risa para el desencanto!..... ¡Desprecio para la indignidad y el dolo!..... porque cuando el águila real no quiere presenciar las asquerosas contorsiones de los inmundos reptiles que se revuelven en el fango, bástale con recordar que la naturaleza ha dispuesto su órgano visual en forma propicia para mirar al sol cara á cara y que basta un esfuerzo de su voluntad para que se agiten sus alas en virtud de potencia maravillosa y hienda magestuosamente el espacio.

No era muy grueso y consistente el cable que unía el bajel de nuestra felicidad al movible cabrestante de las conveniencias mundanas.

Salimos «cara al sol», como Lord Byron, dejando detrás de nosotros vilezas, mezquindades, traiciones, envidias, complacencias,

aberraciones, cobardías, miserias, canalladas y bajezas y cuando, rotas las amarras que nos unían al bloque formidable de la rutina, pudimos encontrarnos navegando en alta mar y meciéndonos entre esos dos abismos que se llaman la voluntad y el destino, apareció ante nuestro espíritu y en todo su esplendor, la sensación voluptuosa que debe agitar los miembros del esclavo en el instante supremo que la civilización y la humanidad han escogido para romper sus ignominiosas cadenas.

Nuestro primer punto de etapa fué la hermosa Valencia, la joya conquistada por el Cid á la morisma, la ciudad *Libre* y *Leal*, la pátria de Ausías March, de Luis Vives, de Sorolla y Timoneda, el vergel de España, el pedazo de tierra española donde penetran con mayor profundidad las raíces del patriotismo. Allí admiramos nuestras glorias arquitectónicas paseándonos con voluptuosidad artística por debajo de los arcos ideales de aquella Lonja que es modelo acabado del estilo gótico sencillo: saludamos la está-

tua del Beato Juan de Dios de Ribera modelada por el gran Benlliure para ser ideal representación de la caridad cristiana; contemplamos desde lo alto de la torre del Miguelete aquella campiña que no tiene rival en el mundo y que recuerda la dominación que durante el espacio de siete siglos ejercieron aquellos artistas y valientes que han dejado el virus de indomable fiereza privilegio exclusivo de nuestras razas meridionales; saludamos la *Señera* ilustre que representa toda una época de glorias y grandezas; adoramos de rodillas la imágen de la Madre del Redentor del mundo tallada, según la tradición, por los ángeles del cielo y al embarcarnos en el puerto del Grao, humedeciéronse nuestros ojos, palpitaron nuestros corazones con violencia y al unirse en un caprichoso ángulo triedro, la línea de la costa española, la intersección del mar y el cielo y la recta ideal de lo desconocido, apoderóse de nuestras almas una emoción indescriptible y comprendimos que hay un «más allá» que rebasa el límite de la exis-

tencia humana digan cuanto quieran los ilusos pesimistas.

Barcelona! la Liverpool de España, con sus paseos magníficos, sus barrios maravillosos y sus fábricas gigantescas. Con sus teatros donde el arte no se decide á labrar su nido y sus campiñas donde jamás podrán recitarse las églogas virgilianas. Con sus altares profanos donde podrá imponerse el culto de Vénus impúdica, pero donde jamás se apreciarán los encantos de Vénus Anadyomena. Con sus pedestales que servirán de asiento á Vulcano ó Mercurio, pero que no permitirán el encumbramiento de Marte ó de Belona.

Y después Marsella la verdadera hija de los Cartagineses: la reina del Mediterráneo: la cortesana del mar: la meretríz provenzal: la odalisca de Occidente..... y luego Génova incolora y condescendiente: Nápoles, *amorosa legendaria* ofreciendo sus azuladas sonrisas columpiándose voluptuosamente en lecho de espumas, corales y esmeraldas.

Y las Islas Jónicas dominadas por las

sombras gigantes del Helicón ó de la Acrópolis de Athenas.

Suez..... Aden..... Ismalia..... el mar Rojo..... la India..... Singapoore..... Hong-Kong..... y después *«el país de la calma matutina»*, la península de Corea, la antigua Shinra que tuvo su orígen en el año 6.° del Tempio Shoho que corresponde al mes de Febrero del año 754 de la era cristiana. Los que después se han revelado contra el poder de la China, responden á la tradición de aquellos nobles japoneses Ohan no Komaro y Kibi no Mabí que en el siglo IX arrancaron á la Corea del territorio de Manchuria respondiendo al espíritu de independencia proclamado por Ki Tsze 1122 años antes de Jesucristo que dió á este territorio, cuya extensión no bajaba de 43.000 millas cuadradas con 8.000.000 de habitantes, el nombre de Kishi, Keitsa, Kysse, después Chösen y en europeo Corea que significa «el país de la calma matutina».

De allí marchamos á las islas japonesas. Yeddo la capital del imperio cuyo poder se acrecienta de cada día hasta el punto de in-

fundir recelos á Europa que tendrá que preocuparse de su desarrollo cuando en 1903 presente en órden de combate 85 buques de guerra armados con arreglo á los últimos adelantos. Esta ciudad hermosa con sus hoteles, consulados y edificios públicos á la europea, nos mereció singular atención. Un tren expréss nos trasladó á Yokohama donde habíamos tomado pasaje en el vapor de la Compañía «*Pacific Mail Navigation Company*» que nos condujo á San Francisco de California en el continente americano.

Es este gran puerto del Occéano Pacífico una ciudad *sui géneris;* participa de la animación europea y de la febril ánsia de negocios que es la característica de los grandes centros de población en el territorio norteamericano.

Los grandes capitalistas, los reyes de la banca son hoy los descendientes de aquellos que á tiro limpio, defendían el cinturón de cuero repleto de polvo aurífero encontrado en el criadero ó en la tienda convertida en garito, merced á un buen golpe de dados.

Sacramento ciudad casi española en nombre y en costumbres: el lago Salado asilo de los mormones que ya entraron en su período de decadencia: Saint Louis la reina del Missisipí: Rock Island donde se halla establecido un arsenal poderoso: Chicago la sultana del Oeste recostada voluptuosamente sobre el lago Michigan é inundando de trigo al mundo entero: Cleveland una de las ciudades más hermosas y pintorescas del mundo: Toledo que quiere remedar las bellezas de la capital histórica y donde se publica un periódico titulado «*The Toledo blade*» (La hoja de Toledo): Rochester punto de empalme para llegar á las cataratas del Niágara: «Niágara Falls» de celebridad universal cuya grandeza solo puede apreciarse colocándose al pié de aquella colosal caída de aguas que ni aun el genio de Chateaubriand ha podido describir con propiedad verdadera: Syracusa con su Comuna de Oneida borrón infame que la excesiva tolerancia arroja sobre el panorama expléndido de la civilización: el condado de Herkimer cuya pobla-

ción principal es la moderna Ilion, donde estableció sus fraguas ese Vulcano que se llama Remington, propietario del fusil que sirvió á nuestros soldados para arrojar á los carlistas allende las fronteras del Pirineo: Albany la capital del Estado de New-York con su maravilloso puente curvo sobre el Hudson, el más grande de este género que existe en el mundo: Poughkeepsíe célebre por su cosecha de hielo y por sus trineos de vela, y luego Harlem donde se dibuja el contorno de la isla de Manhatan, y por último New-York la gran metrópoli del Nuevo Mundo cuyo puerto no tiene rival en el otro lado del Atlántico y donde se calcula que entra un buque por minuto.

El itinerario que acabo de citar fué el que recorrimos durante los primeros cinco meses trascurridos desde que salimos de Madrid en los primeros días de Noviembre del año en que tuvieron desarrollo los acontecimientos que dejo relatados.

Estábamos á fines de Marzo del año último y era nuestro intento pasar el verano en

América regresando á Europa á la entrada del invierno.

Bien conocidas son de todos aquellos que han viajado por la América del Norte las facilidades que encuentra allí el viajero para moverse en todas direcciones sobre las líneas de comunicación que, formando una inmensa red de hierro, cubren el territorio de la Gran República.

Allí el que toma un billete en cualquiera estación de ferrocarril es un señor feudal que, dentro de los límites que marcan los reglamentos, impone su voluntad á todos los empleados, sea cual fuere la categoría de éstos, pudiendo abrigar la seguridad de que no han de perdonar medio para servirle.

En esto la nueva América puede dar lecciones á la vieja Europa donde los empleados de ferrocarriles consideran al viajero como una especie de pária al que hacen objeto de toda clase de atropellos, explotaciones y groserías.

Algo tiene que envidiarnos aquel país donde no estando arraigada la idea de la

tradición, suelen brillar por su ausencia la caballerosidad y la hidalguía; pero en cambio se rinde un culto exagerado á la honradéz y se proclama como principio fundamental que «es el trabajo la comunión del hombre con la humanidad».

En pocas semanas recorrimos las poblaciones más importantes de los Estados del Sud, deteniéndonos en Baltimore, célebre por la hermosura de sus mujeres: en Washington, residencia del Jefe del Estado y capital del Gobierno Federal: en Richmond, cuya toma por el general Ulysses Grant constituye el hecho más saliente de la guerra de secesión: en Memphis, Charleston y Nueva-Orleans, donde quedan aún vestigios de la dominación francesa. Cuando regresamos á New-York en los primeros días del mes de Mayo, una de esas maravillosas agencias que solamente existen en la gran metrópoli norteamericana donde el Rey Dollar ejerce un poder absoluto hasta en la región de las conciencias, nos facilitó el arriendo de una *Country-House* (casa de campo) encantado-

rá, situada en la ribera del Hudson y separada de New-York por un trayecto que podía recorrerse en menos de tres cuartos de hora haciendo uso del célebre ferrocarril «New-York Central», único en el mundo que tiene cuádruple vía en una extensión que alcanza algunos centenares de leguas.

Allí nos trasladamos para descansar de las fatigas y emociones de nuestro largo viaje y en aquella mansión he conocido al propio tiempo que la felicidad sin límites, el comienzo de mi más terrible infortunio.

¡Cuántas veces he contemplado en aquel recinto encantadór á la mujer hermosa que, hacía de su belleza un ropaje ideal; de su imaginación un torrente de halagos y seducciones; de su corazón un manantial inagotable de ternura y de todo su cuerpo el pedestal grandioso donde alzábase arrogante y magestuosa la estátua de la felicidad verdadera, sombra impalpable para una gran parte de los que en el mundo viven, pero que ante mí aparecía rodeada de ese am-

biente de verdad que se escapa de las páginas sublimes del Evangelio.

Mire usted ese retrato, exclamó Moncelez, señalando un cuadro donde en forma de medallón, se representaba el busto de una mujer cuya cabeza envolvía uno de esos chales que emplean para su tocado las bellezas orientales.

En el Cairo compró Isolda una tarde ese traje caprichoso que fué después su atavío favorito para esos ratos de intimidad y expansión que constituyen las estrofas más inspiradas de un poema de amor; y en ese traje trasladó al lienzo un pintor de fama aquella cabeza divina que ha sido grabada en relieve sobre mi alma por el formidable troquel del destino.

Perdone usted la digresión: pero hay recuerdos que nos obligan á poner á discusión con nosotros mismos ciertas teorías que pierden su sabor axiomático en cuanto las rodea esa atmósfera que tiene por principal elemento de composición la suprema injusticia.

Es muy posible que la materia llegue á inmaterializarse y que el alma abandone su laboratorio natural que es el cerebro; porque en este kaleidoscopio que se llama el Universo donde se producen esas combinaciones variadas en las que toman parte bajo la forma de multicolores destellos las existencias humanas, es muy difícil encontrar una representación exacta del ideal, porque este no es otra cosa que la conciliación de elementos heterogéneos que, dentro de la realidad humana, no pueden conciliarse nunca.

Y lo que ha dado en llamarse pomposamente la vida futura, es la elaboración de lo ideal y de lo bello: si esta elaboración encuentra obstáculos ó es preciso luchar para realizarla, más vale que el que tenga el alma de soñador ó de poeta, la arroje en el candente crisol de la fatalidad para que, evaporándose rápidamente, vaya á mezclarse con los rayos que envía el astro-rey desde las regiones del infinito.

XIX

EL REGRESO

He leído, no sé dónde, que un personaje excéntrico, un prosélito de la teoría de la inmaterialidad, mandó construir tres cajas de oro cinceladas en su parte exterior, pulidas con perfección sus paredes interiores y pudiendo ser cerradas herméticamente y en tal forma, que tan solo conociendo la clave de la cerradura, era dado abrirlas al conocedor del mecánico secreto.

El dueño de los cofrecitos mencionados dejó abierto el que llamaremos número 1 en el aposento nupcial para que recogiera una parte del ambiente que formaba la atmósfera de voluptuosidad en la noche de bodas.

Al despuntar el alba del día que siguió á la noche indicada, el sibarita del amor cerró el primer continente sellando con escrupulosidad y precisión las junturas para que fuera matemático el aislamiento con el medio exterior que rodeaba á la «*redoma encantada*» de invención moderna.

Igual procedimiento fué empleado con la caja misteriosa número 2 en una de esas noches en que, convertida la larva en mariposa, puestas en tensión extrema todas las cuerdas del sentimiento y recorrido sobre tan ideal teclado toda la gama de la pasión, se hace de la tierra un cielo.....

Por último, el tercer cofrecito fué abierto en la cámara mortuoria del ser amado y á los pocos segundos de exhalar éste el último suspiro, cerró la tapa el amante atribulado empleando para fundir la substancia selladora las calorías del sufrimiento.

Y aquel hombre decía: «En estas tres ca-
»jas de oro cincelado conservo el primer es-
»pasmo de voluptuosidad de la mujer ama-
»da: el perfume que despidió su cuerpo al

»sentir la felicidad suprema y el postrer »aliento que dejaron escapar sus lábios cuan»do el ángel de la muerte prestola sus alas »para volar á las regiones de lo infinito.

»Jamás abriré estas cajas misteriosas: he »olvidado el secreto de sus cerraduras.

»No quiero que dejen escapar el precioso »perfume que contienen.

»Hay en ellas algo de inmaterial cuyo »reino, como decía el Salvador, no es de »este mundo» . . . .

. . . .

Si yo hubiera seguido el ejemplo del personaje que acabo de citar, tendría que haber construído una caja número 4 para encerrar el ambiente del máximo sufrimiento.

La vida agitada que desde nuestra salida de Madrid habíamos adoptado: las emociones propias del viaje: el cambio de climas, países, costumbres, medios y latitudes: la excitación constante y ese abandono inherente á la existencia nómada del viajero, habíanme impedido fijarme en ciertas particularidades que puso de relieve la calma re-

lativa en que nos encontramos al tomar posesión de nuestra poética morada de las orillas del Hudson.

Habíame dado Isolda pruebas múltiples y concluyentes de su valor y de su entereza; era para mí aquella mujer como la Nomaï legendaria, la arrogante y hermosa hija de Zamm, la vírgen locustra que arroja en el brasero sagrado del amor infinito las entrañas palpitantes del rival execrado y aborrecido.

Pero la calma y la tranquilidad pusieron de manifiesto la huella fatal, del propio modo que sucede en el combate la fiebre que produce en el cuerpo la herida, á la excitación que despierta el entusiasmo en el alma.

Isolda empezó á experimentar síntomas de una dolencia que no podían escapar á esa perspicacia natural que reside en el organismo y que se trasmite á las facultades intelectuales del hombre que vive con la vida del ser amado y que regula los latidos de su corazón con las oscilaciones de ese cronómetro ideal cuyo balancín se halla movido por el aleteo de dos almas gemelas.

Una tristeza profunda retratábase en el semblante de Isolda sin que fuera bastante para ocultarla una fuerza de voluntad decidida y una explosión exagerada de arrebatos de alegría que sonaban en falso produciendo á lo mejor, manifestaciones de crísis nerviosas que determinaban una excitación patente del sistema nervioso, una relajación visible en el apetito y una flojedad en la columna vertebral que daba por resultado la inmovilidad completa.

En ocasiones distintas propuse á Isolda el recurso de consultar una de las muchas notabilidades de la ciencia médica que ejercen su profesión en un país donde se pagan á peso de oro todos los servicios.

Isolda resistióse con tenacidad insistente al exámen facultativo: pero llegó un día en que dominada por una crísis dolorosa, debilitado su organismo por una continuada inapetencia, inmovilizadas sus piernas por una atrofia insistente y puestas en desvarío sus facultades intelectuales á consecuencia de una perturbación mental producida por un

fenómeno patológico cuyas virtuales y efectivas manifestaciones consistían en una contricción dolorosa que abarcaba el cráneo y la nuca produciendo una sensación parecida á la que vendría á experimentar un paciente al que se encerrase la cabeza en un estrecho y articulado casco de hierro, no tuvo más remedio que pedir á la ciencia el auxilio que no habían podido encontrar su valor y entereza en ese sistema limitado que tiene por coordenada y abcisa, la abnegación y el sacrificio.

Llegó el hombre frío é implacable y el histerismo en una de sus múltiples manifestaciones, tuvo que rendirse ante el mandato de la ciencia: porque así como el pulmón respira, el estómago digiere y la materia cumple su misión asimiladora, sigue el pensamiento la trayectoría que le ha trazado la fatalidad y no encuentra otra fuerza retardatríz que aquella que tiene por generador el agente de la memoria.

La materia existe: se la vé, se la siente, se la toca y no puede negarse su existencia.

El vacío no tiene sino una función artificial: porque la bocanada de aire material aparece en todo su esplendor en el momento mismo que una mano poderosa levanta el recipiente separándole del platillo de la máquina pneumática.

¿Dónde está el vacío?

En la incompatibilidad del espíritu y la materia.

Porque, apretando los tornillos de la sensibilidad..... ¿qué lugar puede ocupar el alma en el verdadero sentido ethymológico?

Queda tan solo el aliento, una bocanada de aire, un latido del corazón y ese flujo y reflujo de sangre que determinan las energías vitales.

El médico vino una noche en que la crísis había sido terrible y pronunció un nombre que al pronto no produjo alarma ninguna.

Repetido después y acompañado de síntomas mucho más alarmantes, produjo ese espanto que acompaña á lo desconocido.

Una palabra cayó como aereolito gigante

que destruye el equilibrio en un sistema planetario.

Por primera vez escuché uno de esos vocablos fatídicos que anidan en las hojas de los libros de medicina y que pierden su carácter enigmático en el momento de presentarse como heraldos del infortunio.

La enfermedad que se había desarrollado lentamente en el organismo de Isolda obedeciendo quizás á la existencia de un germen hereditario ó al trabajo intelectual que en su imaginación exaltada habían desarrollado los sucesos trágicos que se mezclaron á su existencia ó bien ambas cosas de consuno, era esa dolencia conocida por el nombre de *neurasthenia*, afección nerviosa que es una derivada del histerismo.

¿Para qué hablar del tratamiento que impusieron los primeros pontífices de la ciencia que fueron consultados?

Reposo, tranquilidad, distracciones y los paliativos que son de rigor para estos casos.

Una de las particularidades de esta enfermedad cuando no ha llegado aún á su pe-

ríodo agudo, es la fluctuación constante entre la mejoría relativa y el empeoramiento rápido generador de las crísis nerviosas que despiertan en el enfermo la idea del suicidio.

En una de estas crísis me exigió Isolda el juramento solemne de emprender nuestro viaje de regreso á Europa en cuanto se iniciase una sensible mejoría.

—Y á dónde iremos?—le pregunté.

—A Biarritz, á la «*Villa Isolda*». Allí he conocido la felicidad verdadera y allí recobraré la salud ó moriré en aquella atmósfera impregnada de deliciosos recuerdos.

Tal fué su respuesta.

Consulté á los médicos y aquellos señores aprobaron la resolución con gran contento, bien fuese porque creyeran en la bondad del remedio ó quizás deseosos de eludir la responsabilidad que vá unida á la asistencia prestada á un enfermo grave.

No tardó mucho en iniciarse la deseada mejoría, que aprovechamos sin demora de ningún género porque eran muy pocos los

preparativos necesarios para nuestro viaje á Europa.

Nos embarcamos al comenzar la segunda quincena del mes de Julio último á bordo del magnífico trasatlántico *La Champagne*, llegando al puerto del Havre después de siete días y algunas horas de felicísima travesía.

Nuestra estancia en París fué de 24 horas escasas: el Sud-expréss nos condujo á Biarritz y en las primeras horas de la mañana de uno de los últimos días del mencionado mes de Julio, entrábamos por segunda vez en la «*Villa Isolda*» después de unos nueve meses de ausencia.

¡Qué contráste tan doloroso entre nuestra entrada triunfal del año anterior y el regreso motivado por la más grande de las desdichas!

Parodiando una frase del inspirado autor de «*El nudo gordiano*»:

¡Cuánta alegría al marchar!
¡Cuánta tristeza al volver!

XX

¡BESANDO TU ALMA MUERO.....!

No tengo valor para relatar con todos sus detalles los incidentes que forman lo que pudiera llamarse «el tránsito final por la calle de las Amarguras de mi existencia».

¡Sarcasmo terrible!..... Esta hermosa playa de Biarritz, este oasis encantador, con su cielo azul, sus frondosas alamedas, sus villas caprichosas, sus hoteles-palacios, su clima envidiado, su anfiteatro de montañas, su costa especialísima, su hospitalidad sin ejemplo y su belleza incomparable, tenía que ser para mí, por decreto cruel del implacable destino, picota sangrienta donde mi alma y mi cuerpo estaban sentenciados á conocer la multiplicidad de la tortura.

¡Vengan los psicólogos á someter al análisis de su exaltación sistemática esas llagas que engendra la amalgama del supremo infortunio en la membrana de la sensibilidad extrema, emponzoñando el organismo humano en forma adecuada para que se realice ese contacto que describe Baudelaire diciendo que: «se mezcla la espuma del placer con las lágrimas del tormento».

Insomnios, tristezas, dolores físicos y morales, crísis monstruosas, alternativas incomprensibles..... *toda la gama* (como dice Alfonso Daudet) del sufrimiento amargaron mi existencia desde que vine por segunda vez á Biarritz hasta la llegada del desenlace que presenció usted há pocas horas y que es para mí, telescopio colosal que me permite contemplar á través de la lente poderosa de la desesperación, el cielo sombrío cuyas estrellas envuelve esa nube negruzca que fabrica sus elementos vesiculares en el laboratorio del infortunio.

La «*Villa Isolda*», en una de cuyas dependencias vierte ahora mi alma en el reci-

piente de la amistad improvisada el fluido que se contiene en el tanque de cubicación poderosa al que sirven de paredes la desesperación y el desconsuelo, ha sido teatro de un drama terrible que no pudo anidar en la mente de esos grandes dramaturgos que, para avasallar á toda una cadena de generaciones, proclaman á son de trompeta, que la vida es la lucha perpétua del llanto y la risa; de la seriedad y el ridículo; de lo hermoso y lo repugnante; de la grandiosidad y la medianía; de lo épico y lo vulgar..... en una palabra, del ideal y la materia.

Acudieron todas las eminencias médicas llamadas por mi afán de luchar cuerpo á cuerpo con la fatalidad y sacrificando algunos *talentos* de oro acuñado, pude encontrar á mi servicio la observación metódica del médico inglés, la frialdad especulativa del norteamericano, el desprendimiento científico del alemán, la pedantesca palabrería del francés, la modestísima sobriedad del español y esa frialdad del médico scandinavo, que nos presenta su diagnóstico como si la

mano de Ibsen trazara una frase en una llanura de nieve de las estepas siberianas.

Declarábase impotente la ciencia.

El sufrimiento moral recobraba su derecho de prioridad y en las ruinas de mis ilusiones aparecía el ave nocturna lanzando su grito melancólico en paisaje alumbrado por la luz de la luna abriéndose paso á través de un cendal de nubes sombrías.

Mi existencia durante el período de tiempo comprendido entre mi llegada á Biarritz después de recorrer en toda su extensión un meridiano terrestre y la hora menguada escogida por el destino para inundar con Occéanos de negruras todas las planicies de mi alma, puede ser descrita diciendo que: «error por error, es preferible el que mece nuestra cuna al que viene á adormecer nuestras facultades en el lecho de muerte».

Isolda estaba condenada á morir.

Convencíme de ello en una de esas entrevistas que celebran las almas cuando éstas se desprenden del caparazón informe de la materia.

La enfermedad seguía su curso y la medicina y la farmacopea permitíanme tan solo medir con exactitud matemática el espacio de tiempo comprendido entre el fallo del implacable tribunal del destino y el momento que aguarda el ejecutor de la sentencia, el *maestro de altas obras* en el cadalso de la humanidad, para arrojarse sobre la presa.

Y llegó la hora terrible: esa que los espíritus exaltados describen diciendo «que el hombre empieza á conocer el hedor que exhala su cadáver, aspirando el perfume de las rosas».

Isolda vivía tan solo de esa perturbación del organismo que nos hace exclamar: «¿Dónde reside la suprema sabiduría?..... ¿En convertirse en ángel del mal ó en decidirse á ser una contrafigura de la divinidad?»

Hace tres días justos, mi Isolda, mi amor, mi encanto, mi dueño, mi ilusión..... mi vida, abrazábase á mi cuerpo cual

rama de altiva y trepadora yedra
por cuyas hojas perlas mil resbalan
cuando juntas escalan
el solitario capitel de piedra.....

. . . .

Y abrasada por la calentura, congelada su alma por esa negación del calor que tiene su orígen en la suprema indiferencia, Isolda se abrazó á mi cuello y me dijo estas palabras:

«Tristán de mi alma!..... te amo como no »es posible que un ser humano pueda pro»digar su amor en la tierra.....

»Voy á morir porque siento que se dis»gregan las fibras de mi organismo y que »mi alma se disuelve en ese medio ideal cu»yas ondulaciones tienen por móvil único el »formidable aliento de la divinidad.....

»Te amo!..... y muero besándote!. . . .

. . . .

Y en efecto: sin dolor aparente, viviendo y muriendo el uno en el otro, condensando en un espasmo sublime las aspiraciones de dos vidas gemelas, Isolda murió en mis brazos..... besándose nuestras almas y nuestros cuerpos y haciendo del amor un puente ideal que pone en comunicación la miserable y efímera existencia humana con esa

eternidad que permite al hombre encontrar en el horizonte de la nada el sublime espejismo que sirve de compensación á las miserias de la vida.

¿Quién fué el verdugo de Isolda?

¿El remordimiento?..... ¡Imposible!

¿La maldad?..... ¡Acaso!

¿La villanía?..... ¡Seguramente!

. . . .

. . . .

Esta sociedad villana, vil, cobarde, abyecta, ruin y miserable..... arrojó en mis brazos á mi Isolda..... ¡muerta!..... ¡muerta!..... como el sino fatal puso el cuerpo de Leonor á los piés de Don Alvaro el indiano!.....

Maldición!..... maldición!..... maldición!.....

XXI

MAR Y CIELO

Cuando Moncelez llegaba al último tercio de su relato, había cerrado la noche por completo: una lámpara encendida en tiempo oportuno, alumbraba aquel rostro varonil surcado por las huellas del sufrimiento.

Aislados del mundo exterior y atentos, él á la concentración de sus recuerdos y yo á escuchar los dramáticos incidentes de su interesantísimo relato, no nos habíamos apercibido de que la tempestad iniciada al amanecer de aquel día, estaba en su apogeo acompañada del crugir de los árboles al ser desgajados por el viento, del ruido que producía la lluvia torrencial azotando con fuerza

el techo, paredes, ventanas y claraboyas del edificio y del rugido del mar que llegaba hasta nuestros oídos como eco de trueno lejano ó de catarata monstruosa.

Había dejado Moncelez caer su frente sobre la mesa que tenía delante sosteniendo aquella con ambas manos, y en silencio respetaba su dolor porque no hay consuelo posible en lo humano cuando vibran con fuerza inusitada las cuerdas del sentimiento.

Ruido de voces, lamentos y exclamaciones que se oyeron en la estancia vecina distrajeron de pronto nuestra atención: levantóse Moncelez precipitadamente y abriendo la puerta del despacho, preguntó con imperio:

—¿Qué pasa, Julián?

—Señorito — respondió éste acudiendo presuroso—acaban de llegar gentes de Biarritz y aseguran que reina allí una agitación grandísima, pues parece que está á la vista del Puerto Viejo una embarcación con el velámen destrozado y en peligro inminente de estrellarse contra las rocas.

—Pero habrá algún medio de prestarla auxilio—dije levantándome.

—Por lo que he podido comprender—contestó Julián—la situación de los náufragos es casi desesperada porque no hay posibilidad de socorrerles.

—Eso es imposible!—gritó Moncelez—esa gente debe haber perdido el juicio. Engancha la *charrette* inmediatamente.

—Pero señorito.....

—Haz lo que te digo y no me repliques: á escape!

No admitía réplica una órden semejante y Julián salió á cumplirla sin añadir una palabra.

—Quiere usted venir conmigo?—preguntóme Tristán—¡quién sabe si podremos actuar de providencia reparando la injusticia de la suerte que tuvo su desenlace esta mañana!

—Vamos donde usted quiera—contesté dirigiéndome á la antesala para ponerme el abrigo.

Permaneció Moncelez algunos minutos en

el despacho mientras el criado cumplía sus órdenes y me pareció que trazaba algunas líneas sobre un papel que guardó después en la mesa de escribir, porque se oyó el golpe seco que produjo, al cerrarse, uno de los cajones y el ruido de la llave al salir de la cerradura.

Cuando salió Tristán al pasillo, noté que colocaba en su cartera un buen puñado de billetes de Banco y sorprendiendo en mi rostro un gesto de natural extrañeza, me dijo en tono casi festivo:

—Como es muy probable que haya necesidad de luchar con pasiones humanas, no está de más proveerse del nervio de la guerra.

—El carruaje está dispuesto—anunció Julián, añadiendo: —¿Voy con ustedes?

—No hace falta—dijo su amo— porque es preciso correr y no quiero lastre innecesario.

Quiso insistir el criado, pero una mirada de Moncelez dióle á entender que no había lugar á género alguno de insistencia.

Mientras se envolvía Tristán en un mackintosh impermeable y colocaba en su cabeza un sombrero de fieltro, me proporcionó un abrigo de la misma clase y una boina del país, diciéndome:

—Póngase usted un traje de fatiga que no vamos á ninguna ceremonia de etiqueta.

No era de desperdiciar el consejo: hice lo que se me decía y monté en el carruaje donde ya Moncelez ocupaba el pescante y había empuñado las riendas.

—Listos!..... pues en marcha.

Y animando al caballo con un grito que debía serle familiar, partimos al trote largo encontrándonos en un abrir y cerrar de ojos al extremo de la calle de árboles que desembocaba en la carretera.

No era muy fácil el tránsito por esta en aquellas circunstancias. Había cerrado la noche por completo, azotaba la lluvia con fuerza nuestros semblantes y á cada instante teníamos que detenernos para sortear los innumerables obstáculos que obstruían el camino sembrado de ramas que el vendaval

había arrancado de los árboles y que yacían en mitad de la carretera,

Muy cerca de media hora tardamos en recorrer el espacio comprendido entre la «Villa Isolda» y la subida que conduce á la esplanada del Faro. Cuando llegamos á este punto, ya nos fué posible marchar con mayor rapidéz y con relativo desembarazo.

Un grupo numeroso de gente estacionado á la entrada del Hotel du Palais nos dió algunos informes á la ligera. Sabíase que el barco en peligro era una goleta holandesa que, desarbolada por completo, luchaba con la corriente temiéndose á cada instante el choque de la embarcación contra los peligrosos arrecifes que pueblan el trozo de costa comprendido entre la Côte des Basques y el remanso de la Gran Playa. Casi toda la población de Biarritz había acudido al lugar del peligro organizando los recursos de salvamento de que podía disponerse.

Emprendimos de nuevo la marcha á todo correr tomando el camino que se extiende por detrás del establecimiento de baños de

la Gran Playa y que conduce á la Plaza de Santa Eugenia dando la vuelta á la terraza del restaurant del Casino y al gran malecón del Hotel de Inglaterra. Atravesamos el túnel por donde se vá á la «Roca de la Vírgen» y al llegar á la esplanada que se halla al pié del Semaforo, echamos pié á tierra confiando el carruaje á un mandadero que se acercó á ofrecer sus servicios á nuestra llegada.

Nos dirigimos al puente de hierro y madera y agarrándonos con ambas manos á la barandilla y sufriendo á cada instante los golpes de oleaje que le barrían por completo, abordamos por fin la «*Roca de la Vírgen*» punto más avanzado de aquel conjunto de rocas sobre el Occéano.

El espectáculo que se presentó ante nuestra vista era grandioso, aterrador, imponente!

Más de tres mil personas ocupaban las alturas de la Atalaya, esplanada del Semaforo, la plataforma de la Herradura, la pequeña Atalaya y la roca donde se alza la «Villa Belza».

La ansiedad de la muchedumbre era inmensa: todos gritaban á la vez dando órdenes y consejos contradictorios predominando ese terror que desarrollan la desesperación y la impotencia.

El gran dramaturgo español de este siglo, el inolvidable García Gutierrez, pinta una situación parecida en su magnífico drama titulado «*Un duelo á muerte*» con estos cuatro versos:

Todo era allí angustia y llanto.
Favor! Socorro! exclamaban
todos; mas todos temblaban
sobrecogidos de espanto.

Para alumbrar aquella escena terrible, habíanse encendido hogueras en el Puerto de los Pescadores, en la Roca de la Artillería, en todo el trozo de costa que rodea la Atalaya y que se llama Costa del Ermitage; en la Atalaya misma: en la roca llamada *Trou de Madame*, en el Cheulong, en el Bouhoum, en el parque de la «Villa Belza» y en algunos puntos de la Costa de los Bascos.

No puede concebirse un golpe de vista más fantástico y maravilloso.

La luz rojiza de las hogueras proyectaba los destellos producidos por las múltiples llamaradas, sobre aquella muchedumbre cuyos rostros retrataban ese catálogo de emociones que integran en nuestro organismo todos los agentes intermedios comprendidos entre esos dos límites que se llaman el heroismo y la cobardía.

La cruz de la Atalaya extendía sus brazos que se proyectaban sobre un cielo negro como la obscuridad misma é iluminada aquella con rayos color de sangre, debía recordar á los infelices asidos con las grapas de la desesperación á un armatoste ingobernable que giraba alrededor de la inmensa boca bordeada de blanca espuma que servía de entrada al abismo, la terrible escena del Gólgotha cuando eclipsado el sol, enrojecida la luna y abiertas las losas de los sepulcros, exclamaba el hijo de Dios: «todo está consumado».

Y seguía la campana de alarma llamando á todo vuelo un socorro que no llegaba nunca para que fuese más horrible el sarcasmo

y en aquel grandioso oficio de difuntos, no faltasen lenguas de bronce que sirvieran de acompañamiento al aterrador «*Dies iræ*».....

La «*mise en scene*» no podía ser más grandiosa.

A un lado ocupaban los asientos de accidentada gradería, montones informes de carne humana flagelada por la impotencia que aullaba de dolor ó elevaba al cielo sus preces según era el sacudimiento que imprimía á sus fibras la creencia.

Y al otro, el desarmado David de la voluntad humana luchando con el Goliath gigante del hado adverso.

El hombre que lucha y la fatalidad que no cede.

El egoismo al que le viene estrecho el ropaje de la abnegación y las palabras del Evangelio ahogadas por el fragor de la tormenta.

Y como recursos de escena los más grandes que puede concebirse..... ¡¡el mar y el cielo!!

XXII

LA «GRETCHEN»

La embarcación que aparecía en aquel instante á la vista de los espectadores convertida en un pontón lleno de vías de agua, destrozado el velámen y la arboladura, hecho trizas el timón y agotadas las fuerzas de los tripulantes, era una goleta holandesa llamada «*Gretchen*», que había intentado en la mañana de aquel día reconocer la entrada del puerto de Bayona. El espantoso Noroeste que redobló su fúria en las primeras horas de la tarde, había hecho estériles los titánicos esfuerzos de los seis hombres que componían la tripulación y el valor y serenidad del capitán que logró realizar algunas

maniobras enmedio de aquella desenfrenada orgía á la que se habían entregado los elementos.

En una de estas arriesgadas maniobras habían desaparecido dos hombres y de avería en avería, llegó á encontrarse desamparada é inerme la coqueta embarcación que llevaba el mismo nombre que dió Juan Wolfango Goethe á la heroína de su inmortal poema que, según la frase de un historiador ilustre, «abarcó al Universo entero, desde Dios hasta el sapo, desde el Paraíso hasta el espectro, desde el palacio hasta el hornillo del alquimista».

Y en verdad que la influencia fatídica del nombre ejercíase sobre la nave en la misma forma que imaginó el gran poeta para la ideal Margarita y lo mismo que en la catedral con acompañamiento del órgano, resonaba en el mar mezclada con los rugidos del huracán, la frase tremenda: «*Quem patronum rogaturus?* *

Al divisar los vigías del semaforo la go-

* ¿A qué santo me encomendaré?

leta cuando aún intentaba luchar con la tormenta, dieron la señal de alarma acudiendo los pilotos de Biarritz, gran parte de la población y los aduaneros de la Barra que habían colocado en batería un cañón porta-amarra y dos ó tres fusiles de que disponían con el mismo objeto.

Pero ¡oh influencia fatal de la imprevisión malhadada y del imperdonable abandono!

Los auxilios que la ciencia ha puesto en manos ignaras, conviértense en alardes ilusorios y en aquel instante el Dios omnipotente aprovecha la oportunidad para demostrar al hombre cuán grande es la pequeñéz de lo creado ante el poder incomensurable del creador.

Las máquinas no funcionan: el fogonazo de la pólvora reduce á pavesas las amarras dispuestas de cualquier modo y en contraposición con los principios científicos: las cargas de que se dispone son mezquinas é inútiles: los encargados de manejar los aparatos de salvamento no conocen el mecanismo de estos y la operación que debió resul-

tar sublime porque representaba la lucha gigante de la inteligencia humana con la fatalidad avasalladora, se convierte en grotesca pantomima que tiene por espectadores la desesperación enfrente, la impotencia y el terror á la espalda.

Así estaban las cosas cuando Moncelez y yo, después de enterarnos de lo que se había hecho antes de llegar nosotros, nos convencimos de que aun cuando Dios ha suministrado al hombre todos los medios para combatir á los elementos, no ha logrado enseñarle á que se combata á sí mismo.

El enemigo verdadero de la especie humana es el hombre que, después de algunos millares de siglos de existencia durante los cuales no ha cesado de arrancar sus secretos á la naturaleza, aún no ha llegado á convencerse de que no hay sacrificio, cuidado ni cantidad de previsión bastante para compensar lo que vale una sola existencia humana.

Moncelez se dirigió á un grupo formado por los pilotos de la matrícula de Biarritz.

He aquí el diálogo que se entabló entre aquellos marinos y el infortunado marido de Isolda.

—¿Qué creeis que vá á suceder?

—Que antes de una hora ó se ha hundido la goleta ó lo que de ella quede, se estrellará contra las rocas.

—¿No hay medio alguno de salvación?

—Un milagro del cielo.

—Sin embargo—dijo uno de los pilotos—si fuera posible sacar un bote salva-vidas por la embocadura del Puerto Viejo, quizás corriendo un riesgo terrible podrían ser disputadas al mar las vidas de esos infelices.

—¡Eso es una locura!—exclamaron á coro todos los demás marineros.

Moncelez, que no perdía una palabra de aquel diálogo, puso la mano sobre el hombro del que había creído vislumbrar un rayo de esperanza y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Huberto Brasdefer; pero se me conoce más bien por el mote *El Tozudo*—contestó el interpelado.

—¿Y crees tú que con una buena barca se puede llegar hasta donde se encuentra el casco de la «*Gretchen*»?

—Muy difícil es pero no imposible.

—¿Cuántos hombres han de tripular la barca?

—No deben ir más que dos ó tres á lo sumo porque al regreso deben venir en ella los náufragos que, al parecer, son cinco.

—¿Te atreverías á ser tú uno de los tripulantes?

—Eso ya es harina de otro costal.

—No hay costal que valga—dijo Moncelez con voz firme—yo te doy la barca y diez mil francos si vienes conmigo á salvar á los que están allí enfrente al borde del abismo.

—¿Habla usted de veras?

—Aquí tienes los diez mil francos y otros dos mil para que compres la mejor lancha que haya en el puerto de los pescadores. Además ahí van cincuenta luises para los que traigan el bote en vilo y me lo pongan antes de un cuarto de hora en la embocadura del Puerto Viejo.

—Moncelez!—exclamé—¿qué vá usted á hacer?

—A proponerle á la Providencia que me dé el desquite de lo que ha visto usted esta mañana y de lo que escuchó después esta tarde.

Huberto Brasdefer estrujaba entre sus manos los papeles de color azul que acaba de entregarle Tristán: miró á éste clavando en él su mirada por espacio de un minuto y cediendo, sin duda alguna, á esa fascinación que ejerce el destello de la voluntad sobre la materia susceptible de tan extraña influencia, se dirigió al grupo de donde se había destacado y habló de esta manera.

—Jacobo, toma este dinero y llévaselo á mi madre: si no vuelvo ya tiene asegurada su existencia. Renato, aquí tienes dos mil francos por tu barca «*Gaviota*»: si mañana la arroja el mar á la playa hecha astillas, puedes hacerte dos como ella con esos cien luises, y vosotros ahí vá ese billete de mil balas que os dá este caballero por vuestro trabajo..... Orza y adelante!

En tropel marcharon aquellos hombres con el *Tozudo* á la cabeza acompañados de muchas personas que se habían enterado de lo que ocurría.

Quedamos solos Moncelez y yo por espacio de algunos minutos.

—¡Amigo mío!—dijo Tristán poniendo su mano sobre mi hombro, aun cuando me alienta la fé y marcho á arrancar esa presa al abismo, tengo que hacer á usted un encargo por lo que ocurrir pudiera. Aquí tiene usted las señas de Florencio Saldaña y Guillermo Tochestón que son los encargados de cumplir mis últimas disposiciones encerradas en la mesa de mi despacho cuya llave le entrego por si llega el caso, que como digo espero no llegue, de ampliarlas. Pero si así fuese, le ruego que se asocie usted á ellos, pues aun cuando nos conocemos desde hace pocas horas, en los instantes supremos el coeficiente del tiempo puede tener un valor ilimitado.

—¿Pero es verdad que vá usted á embarcarse en la lancha con ese hombre?

—Indudable..... no añada usted ni una palabra porque no hay poder humano que sea capáz de hacerme desistir de mi empeño.

Mire usted aquella *Gretchen* que se balancea sobre el borde de una tumba de colosales dimensiones.....

Voy á ver si logro que, como la creada por Goethe, se salve á pesar de los funestos abrazos del mar y de la atracción monstruosa del abismo.

XXIII

HORRIBLE Y TERRIBLE

Huberto Brasdefer (álias) *El Tozudo*, era un hombre de mar en toda la extensión de la frase. Para pilotear una embarcación evitando los escollos y corrientes peligrosas manteniéndola con mano firme en el sector de seguridad que, sobre la superficie del Golfo de Gascuña, trazan las dos prolongaciones imaginarias de las orillas de la ría de Bayona, no tenía el experto piloto rival conocido.

Su hoja de servicios como salvador de náufragos, era brillantísima y faltaba espacio en su extenso y abultado torax para contener las medallas que, sujetas con cintas cu-

yos colores representaban todas las nacionalidades del globo, atestiguaban su abnegación y su heroismo.

Jóven, soltero, alegre, decidor, valiente, buen hijo, mejor amigo y en cuanto á musculatura y estética, pertenecía á aquella raza cuyos ascendientes calificaba Pindaro de «ágiles atletas».

En menos tiempo del que había exigido Brasdefer, condujeron 18 ó 28 forzudos marineros la barca que había sido bautizada con el nombre de *Gaviota* y que era conocida de toda la población marinera de Biarritz, Guetary, San Juan de Luz, Hendaya y Bayona por haber sido vencedora en la mayor parte de las regatas celebradas en dichos puntos del litoral Cantábrico.

Cuando la esbelta embarcación fué depositada al pié de la escalera que conduce á la playa del Puerto Viejo que en su casi totalidad inundaba el mar agitado, centenares de espectadores se agruparon sobre el pretil cuya curva tiene por extremos la esplanada del Semaforo y la roca que sirve de asiento

á la poética y caprichosa «Villa Belza» que figura en el catálogo de las bellezas de Biarritz.

Acompañé á Moncelez hasta el pié de la escalera: veinte manos velludas y nerviosas retenían por una borda la lancha donde tomaron asiento el español caballeresco y el francés arrojado que iban á jugarse la vida á un golpe de dados de la fatalidad para disputar á la muerte otras cinco vidas que esta había conseguido estrechar entre sus brazos descarnados.

Empuñaron los remos aquellos dos Quijotes sublimes..... ¡soltad la «*Gaviota*»!..... gritó *El Tozudo*..... y la barca partió como una flecha después de orientarse tomando la dirección de la bisectriz de aquel ángulo fantástico cuyos lados estaban formados por líneas de arrecifes, perdiéndose sus extremos en la inmensidad del Occéano.

Todas las cabezas se descubrieron para saludar el paso de aquellos dos colosos de la abnegación y del heroismo y los más creyentes cayeron de rodillas pidiendo al Dios

misericordioso que desarmase su cólera permitiendo que una vez más trazase el destello mágico de la clemencia divina sobre el fondo sombrío del infortunio, aquella máxima evangélica que dice así: «amáos los unos á los otros».

Muy pronto convirtióse la barca salvadora en punto apenas perceptible que tan pronto escalaba las montañas de agua festoneadas de blanca espuma, como se hundía en el abismo para aparecer nuevamente ganando terreno y aproximándose más y más al lugar donde unos cuantos séres humanos, atrofiadas las fibras orgánicas por la corriente inversa del indiferentismo y envuelto el cerebro por la pesada niebla de la insensatéz, hallábanse casi dispuestos á imitar á las turbas de Jerusalem cuando le decían al Redentor del mundo que espiraba en una cruz: «si eres hijo de Dios, díle á tu padre que venga á arrancarte de ese ignominioso madero».

Añadióse combustible á las hogueras para que no pudiera perderse detalle alguno de

aquel drama grandioso que se estaba representando en plena naturaleza.

Cualquier trozo de costa podría haber servido de modelo en aquel instante para uno de esos cuadros que el génio de Rembrand elevó á la categoría de escuela pictórica.

El clamoreo que llegaba de la costa; la intuición, que es el más poderoso auxiliar de la esperanza; las voces que daban á cada momento con acento vigoroso los heróicos tripulantes de la *Gaviota* y esa doble vista que tienen los marinos para distinguir los objetos enmedio de la obscuridad de la noche; todo este conjunto de circunstancias imprevistas, vino á ejercer su benéfica influencia sobre el decaído espíritu de los tripulantes de la «*Gretchen*» derramando sobre la sangrienta llaga de la desesperación el bálsamo consolador de la esperanza.

Y tres mil séres humanos asomados á aquel ajiméz grandioso suspendido sobre las rocas y con vistas á la inmensidad del abismo, contemplaban la lucha titánica en-

tre la fatalidad y la fé: entre el infortunio y el arrojo: entre la muerte y la vida: entre la fibra humana y la mole avasalladora: entre el hombre, que alardeaba de su semejanza con el mismo Dios, y los elementos dejados de la mano de la Providencia.

Por fin y en un anfiteatro con paredes de rocas y arrecifes y con graderías movibles de olas encrespadas y espumosas, encontráronse la «*Gretchen*» convertida en bestia desbocada, y la *Gaviota* refrenada por la mano del arrojado ginete.

El espectáculo que se ofreció entonces á una población entera, es de los que no pueden olvidarse nunca.

Moncelez, puesto de pié sobre la lancha salvadora, arrojó una cuerda que cogió uno de los marineros del barco holandés: en cuanto la «*Gaviota*» pudo arrimarse al buque desarbolado, Tristán saltó sobre la cubierta de este y comenzó á realizar la arriesgada y casi inconcebible operación del trasbordo de los cinco náufragos á la «*Gaviota*».

Brasdefer parecía un Titán de los tiempos antiguos manteniendo á distancia del buque náufrago la frágil barquilla que á cada instante podía ser volteada por las olas ó hecha pedazos contra las rocas ó contra el casco de la «*Gretchen*».

Quedaban á bordo de ésta tan solo el capitán que, en uso de su derecho y en cumplimiento de un deber legendario, había querido ser el último en abandonar el despojo de su flotante dominio y Moncelez, que quería poner el sello de la sublimidad á su acto grandioso, colosal y magnífico, en el momento mismo en que depositaba al patrón de la goleta en los brazos de dos marineros que con peligro de sus vidas manteníanse de pié sobre la popa de la «*Gaviota*», se interpuso una roca cubierta á flor de agua, entre ambas embarcaciones y empujada la «*Gaviota*» por el peso que acababa de caer violentamente en su seno y sacudido el casco de la «*Gretchen*» por la acción de un vertiginoso remolino, separáronse de pronto aquellos dos vehículos de la

existencia humana que conducían, el uno la probabilidad de la vida y el otro la seguridad de la muerte.

Un grito aterrador partió de todos los corazones ahogando por un instante los rugidos de la tormenta.

Trataba la «*Gaviota*» de salvar los obstáculos para llegar hasta lo que había sido la «*Gretchen*».

El casco de ésta giraba con velocidad vertiginosa haciendo imposible su acceso y hundiéndose á cada instante con esos síntomas precursores de la catástrofe final que conocen tan perfectamente los marinos.

Brasdefer y los nuevos tripulantes de la «*Gaviota*» intentaban seguir con inminente riesgo de sus vidas la marcha desenfrenada del último resto de la «*Gretchen*», pero todos sus gigantescos esfuerzos eran inútiles: cada minuto representaba un alejamiento de centenares de brazas entre ambas embarcaciones.

No olvidaré jamás la escena final de aquella imponente y conmovedora tragedia.

Al fondo una pantalla colosal, negra como la noche que la envuelve y sobre la que una luz sanguinolenta y rojiza proyecta las imágenes de dos abismos: el cielo tempestuoso y el mar iracundo.

La humanidad temblorosa, hincada de rodillas y formando con la resignación un parapeto para resguardar la impotencia.

El valor heróico y la gratitud izando bandera de parlamento para pactar con el espíritu de conservación y el egoismo.

Y allá en las fronteras del infinito, en el borde ideal de lo eterno, en esa región inaccesible á las miserias humanas, el gigante legendario de la despreocupación, la verdadera contrafigura de la divinidad, balanceándose entre esos dos abismos que se llaman el alma inmortal y el espacio insondable.

Tristán Moncelez apareció por un instante como pintan los textos sagrados á Jesús Nazareno deslizándose sobre la superficie de las aguas.

Estaba casi sumergido el casco de la «*Gretchen*» y la grandiosa y arrogante silue-

ta de aquel hombre que rescataba con su vida las de cinco de sus semejantes, era algo así como una imágen reducida del Salvador del mundo, agrandada luego al ser vista á través de la convexa lente del heroismo.

Y me pareció escuchar las mismas palabras que Wagner pone en boca de su Tristán cuando después de haber sido herido por Molot, hállase en presencia de Isolda y arrancándose el vendaje para acelerar su muerte, exclama: «Quiero que desaparezca de mi mente la visión del mundo entero».

Una ola gigantesca, colosal, apocalíptica, levantó por última vez la figura de aquel hombre hasta colocar su frente á una altura incomensurable y en aquel momento me pareció que repetía Don Alvaro su espantosa imprecación contra las inclemencias del sino.

Y luego..... un artefacto que se hunde en virtud de unas cuantas leyes explicadas por la ciencia: varios hombres que renacen á la vida alimentando el hogar de su alegría con el combustible del remordimiento: una multitud que llora y ríe al mismo tiempo como

cualquier juglar de los tiempos pasados: un alma que torna al lugar donde fué creada y una injusticia más en la tierra y en el cielo.

Las olas no devolvieron el cuerpo de Don Tristán Moncelez de Altovara.

¡Bien hecho!..... En cualquier cementerio de la tierra hubiese sido enterrado en tumba mezquina donde una mano indiferente trazara quizás un epitafio ramplón, vulgar é indigno de su memoria.

En el fondo del mar tiene un sarcófago cuya grandeza corresponde á su heroismo: cúbrenle caprichosas plantas marinas y sírvele de losa sepulcral la mole inmensa de agua que se acrecienta dos veces al día con la subida de la marea: trazan un epitafio cuyos caracteres se renuevan á cada instante, las estelas que marcan las quillas de las lanchas pescadoras mientras que los tripulantes de éstas se descubren con respeto al pasar por las inmediaciones del sitio donde ocurrió la catástrofe.

Allí no hay verja que cierre á nadie la entrada, ni sauces cuyas ramas se despojen

de verdura cuando llega el invierno: ni sepulcros de primera y segunda clase; ni mausoleos cuyo mal gusto está en razón directa del oro que han costado..... Allí no hay más que la fosa común, la igualdad ante la muerte con esta inscripción arrancada de los textos proféticos: «*Horrible y terrible*».

Y cubriéndolo todo, la bóveda inmensa del firmamento con su brillante claraboya diurna, sus innumerables lámparas suspendidas durante la noche y con su punto zenital enclavado en la región del infinito.....

Ah! quién sabe si cuando el trueno retumba y el rayo dibuja su luminoso zig-zag en las nubes, más bien que reflejo de la cólera celeste, es el aterrador fenómeno atmosférico manifestación lejana del remordimiento de la Providencia!



ÍNDICE

ERRATAS

Son tan insignificantes las que aparecen en el texto de la obra, que constituiría una ofensa para el buen criterio del lector el intento de enumerarlas.

Una sola es digna de mención por exigirlo así la verdad histórica. En la línea 8.ª de la página 21, léase en vez de «Alfonso VI», *Alfonso I de Aragón.*


Isolda

